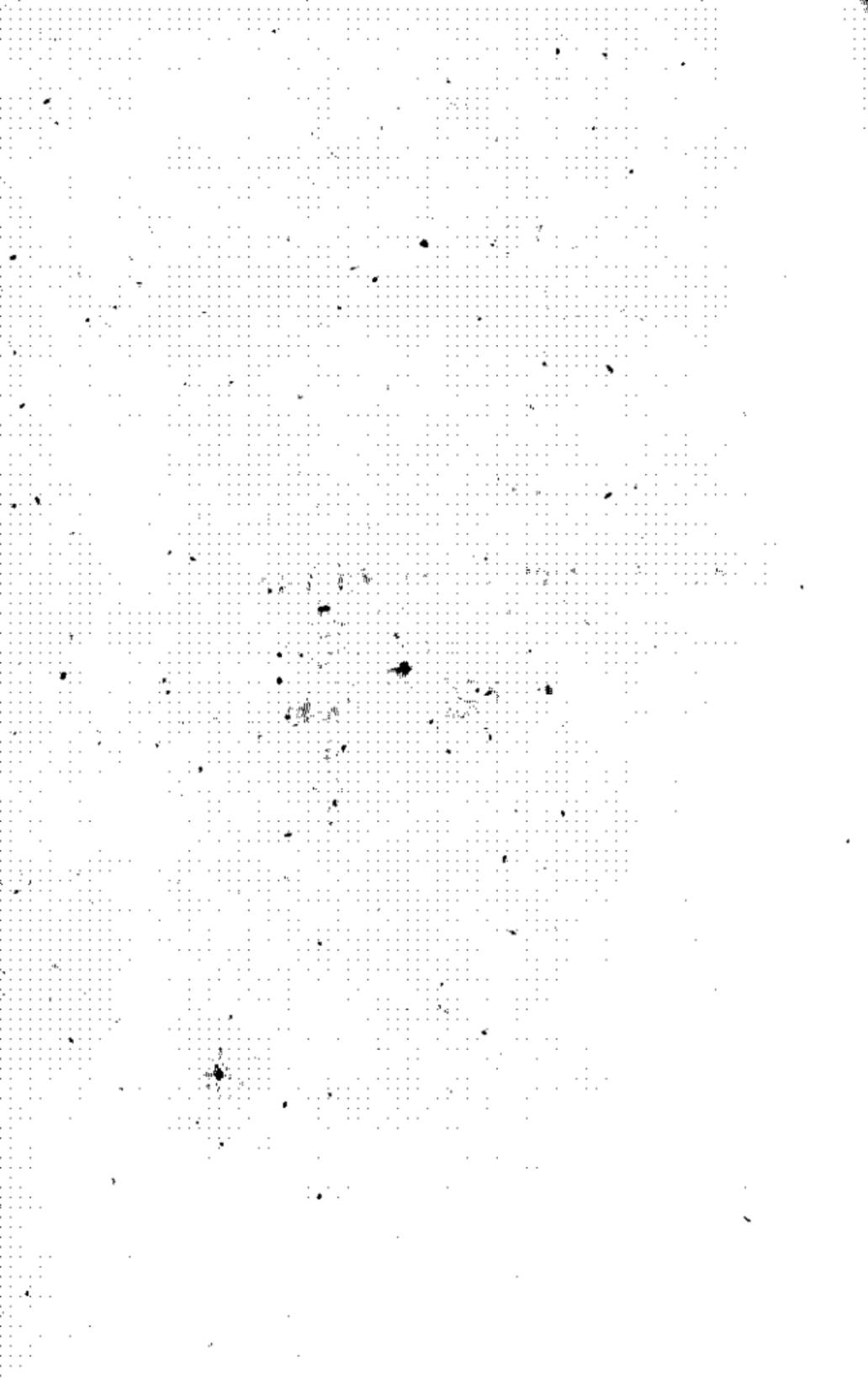






t. vi. Biblioteca económica popular.



EL AMANTE



Por Paul de Koch.

Traducida por

D. José Ignacio de Michelena.

—
TOMO VI.



Cádiz.

IMPRESA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.º 58½.

—
1848.

Es propiedad de la casa de Arjona.



1.

Las dos hermanas.

DESPUES de la escena que hemos descrito y en la que Mr. Riberpré habia sorprendido á Camila con Monvillars y despues de haberle dicho los nombres mas infames y afrentosos, la habia obligado á entrar en los salones; esta, á pesar de todos sus esfuerzos por disimular, habia aparecido de nuevo en la concurrencia pálida, llorosa y contráida. Al momento vióse cercada por infinitas personas que le preguntaban, que tenia, ó si se hallaba in-

dispuesta. Camila habia contestado que en efecto se sentía mala ; pero que aquello no sería mas que una ligera indisposicion.

Entonces , como las gentes de talento conocen que están de mas donde quiera que hay enfermos , la reunion se habia retirado poco á poco , excepto los jugadores ; porque esos no conocen nada. Bien pueden ir y decirles que , la dueña de la casa acaba de morirse , que ellos se contentarán con responder:

«Ah! que desgracia!.. en paz descansa su alma ; pero es menester concluyamos la partida.»

Viendo Camila que ya no habia damas á quien hacer los cumplidos , retiróse á su cuarto ; pero Elvina acababa de entrar tambien en el departamento y se arrojó en los brazos de su madre , diciéndole:

—Qué tienes , mamá , estás mala? Mr. Fortincourt acaba de decirme ahora mismo al buscar su sombrero sobre el piano... Ese caballero no encuentra nunca su sombrero... Pero qué tienes , mamá?

—Nada , mi querida Elvina , respondió Camila haciendo un esfuerzo por sonreír. Nada... un resfriado... que se pasará durmiendo.

—Quieres que pase esta noche á tu lado?
(Oh! verás como te velo ; anda , permíteme que

me quede en tu aposento esta noche.

Camila abrazó á su hija y la besó mil veces.

—Gracias, hija mia, gracias, tus cuidados los agradezco; pero no los necesito.

La jóven Elvina retiróse á su aposento. Entonces Camila, viéndose enteramente sola, abandonóse á su dolor. Arrojó con violencia las flores y diamantes que la adornaban y se dejó caer en un confidente, exclamando con enojia.

—Perdida por mi culpa, por mi imprudencia, por mis celos!.. Oh! pero podia acaso contenerme cuando veia á ese ingrato... engañarme, venderme?... Podia dejarlo seguir á aquella muger?... Ah! maldita muger!.. ella es la causa de mi ruina!.. Pues y el monstruo? cómo me ha tratado!.. qué términos tan groseros!.. qué indecentes!.. Mas oiria algo?... Qué decia yo á ese cruel de Santa-Lucia?... No me acuerdo... Ah! sí, le decia que su conducta era indigna, era infame... Oiria Riberpré algo de esto? No, es imposible: por otra parte, yo le decía que habia oido mal... que ese hombre me hablaba de su amor hácia Elvina... Pobre Elvina! si por mi indiscrecion comprometiera yo su porvenir... Ah! y esa lady Wilbmore, ó lady demonios, tiene la culpa?... Oh! cuánto daria por tenerla entre mis manos,

por deshacerla , por desmoronarla y verla espirar á mis piés!

En medio de su furor , Camila se habia levantado y habia empezado à pasearse por su gabinete: despues se detiene , escucha , mira el reloj y le parece que anda muy despacio. Ella espera á fuerza de astucias , de mentiras y de ternezas , destruir las sospechas del banquero; ò á lo menos, debilitar su conviccion. Camila es capaz de hacer este prodigio : no cabe duda, que hay cierta clase de mugeres que hacen milagros. Camila sabia el poder que tenia sobre el banquero , el efecto de sus encantos , de sus miradas y de sus suspiros. Camila prometiase redoblar su seduccion , sus medios provocativos y amorosos conque reducia á Riberpré al estado de un niño

Pero para llegar à este objeto, es menester verse cara à cara con el banquero, ved aquí la causa de la impaciencia de Camila, y el por qué los momentos se le hacen siglos. No obstante , el reloj marcha como siempre y señala las tres de la mañana. Camila levántase y dando paseos por su estancia , se persuade que los jugadores no habrán concluido aun, y espera como siempre que Riberpré venga à darle las buenas noches.

Pero Camila espera en vano; decidese à

abrir sigilosamente la puerta del aposento y siguiendo un largo corredor, llega hasta la puerta del salon del juego.

La oscuridad y el silencio reina por todas partes. La sociedad ha partido y Riberpré se habrá ido á su aposento sin acordarse de Camila. De consiguiente, hay que esperar al dia, para terminar negocio tan importante. Pero esta espera se le hace mortal, y mas de una vez ha estado ella tentada por ir á buscar al banquero. Pero si este la rechazara de sí, seria un nuevo insulto: ademàs, podia ya estar dormido, y si lo despertaba para aquello, seria irritarlo mas. Camila calculó todo esto y volvióse á su cuarto á esperar la mañana pròxima.

Despues de una noche en vela, y durante la cual los celos la han combatido, mucho mas que el insulto de Riberpré, Camila vé al fin aparecer el dia; levántase y empieza su tocador con mas esmero que nunca: pues se trata de agradar y seducir. Es decir, por medio de la belleza y hermosura, encontrar el insulto y el perdon.

Elvina, siguiendo su costumbre de cada mañana, vino á dar los buenos dias á su mamá. Admirada de verla tan elegante, no pudo menos de esclamar:

—Ah! mamá, que hermosa estás hoy por

la mañana ; me pareces mas divina que nunca!

—Tan hermosa te parezco , hija mia? He querido ensayar hoy este otro peinado... Con que dices que no estoy mal con él?

—No , estás encantadora ; estoy segura que papà te encontrará lo mismo.

—Lo has visto hoy por la mañana?

—Todavía no; bien sabes tú que no lo veo hasta la hora del desayuno. Como me tiene prohibido que entre en su escritorio.

—Ah! sí... es verdad... Escucha... cuando hoy por la mañana venga, correràs inmediatamente à él , le besaràs la mano y le pediràs informes de su salud.

—Eso , mamá , es escusado que me lo prevengas , bien sabes que todos los dias lo hago así:

—Pero hoy, hija mia , es mas indispensable que nunca.

—Ya lo sé , mamá , ese es mi deber : es verdad que papà no es cariñoso conmigo ; no obstante , debo amarlo y quererlo.

—Ahora , hija mia , retírate antes que venga el profesor de dibujo, para que des leccion antes de almorzar.

—Está bien , mamá.

La jóven dió algunos pasos para retirarse, cuando vuélvese otra vez á su madre, como

herida de un nuevo pensamiento.

—Mamá, le dice, sabes que me ha dicho Mr. Fortincourt, que va á dar un baile suntuoso.

—Ah! ese caballero va á dar un baile?

—Sí, mamá; y nosotras iremos, no es verdad?

—Será probable, hija mía.

—Como que lady Willmore es la reina de él.

Las facciones de Camila se cambiaron instantáneamente.

Así como el silbo del maquinista nos transporta del Paraíso al infierno; así un nombre solo, fué suficiente para que al aspecto gracioso, seductor y lleno de encanto, sucediera la expresión del furor, del despecho y de los celos más devoradores.

Espantada de ver esta revolución que acababa de operarse en la fisonomía de su madre, Elvina exclamó:

—Dios mío, mamá, que te ha dado?.. de noche acá tienes unos ataques!..

—Nada, hija mía, no tengo nada, solamente quiero que me dejes sola.

La joven se retiró.

—Siempre esa mujer, exclamó Camila sentiendo al furioso impetu que la dominara.

Una fiesta, y consagrada à ella. Oh! ese Fortin-court, es un viejo tonto è impertinente... Cuando, Dios mio, dejaré yo de oír hablar de esa muger que me es tan aborrecida... Pero, cuan insensata soy, me ocupo de ella y no de mí... de mí, que no se cual será mañana mi posición... mucho mas, cuando Riberprè no fuè anoche á mi estancia, ni hoy por la mañana tampoco. Temerà acaso encontrarse cara á cara conmigo? tal vez llegue á ese extremo su debilidad.

La hora del desayuno llegó en fin. Un criado vino á anunciar à Camila, que su almuerzo estaba en la mesa. La orgullosa muger encaminòse al comedor, y pasmòse sobremodera al no encontrarse en èl mas que á su hija Elvina.

—Se os ha olvidado, quizá, prevenir al amo que es la hora del desayuno? dijo Camila á Picard, el cual contestòle inclinándose:

—Perdonad, señora, pero el amo acaba de partir en su carretela, previniendo que no almorzaba hoy en casa.

—Ah! el amo á salido?

—Sí, señora.

—Y él á tomado la carretela hoy, en vez del cabriolé que usa diariamente?

—Sí, señora.

—Y ha ido al campo?

—Eso es lo que no puedo decirlos.

Camila permanece sombría y pensativa. La ausencia repentina del banquero la alarma en sumo grado y empieza ya á comprender, que no será tan fácil el calmarlo y disuadirlo. Acuérdate de las últimas palabras que le dijo la víspera: «*Ya vereis pronto, como yo me vengo.*» Camila, empieza á imaginar de que medios se valdrá para vengarse; y de repente se estremece horrorosamente, porque un pensamiento terrible á surcado por su cerebro.

—No, dice para sí, es imposible, porque detesta á esa muger y nunca hará lo que imagino... si fuera en busca de su hija? Ah! cuanta dicha es, que le hayamos hecho desaparecer... Si ahora llega á tener noticias de eso, se enfurecerá terriblemente contra su esposa... Ah! cielos, cuan necia soy en alarmarme... que golpe tan chistoso será, que vaya por su hija para vengarse de mí, y se encuentre con cara de palo.

Concluido el desayuno Camila se volvió á su aposento. En el cual cuatro horas despues entró su camarera, que en la espresion fría y alhelada de su figura harto indicara que habia en la casa una gran novedad.

—Ha venido ya el amo? preguntò Camila.

—Sí, señora.

—Està bien.

E hizo una seña á su camarera para que se retirara, pero la jóven doncella, en vez de obedecer, oñdiò con apagado acento:

—Es que el amo... no viene solo... pues trae una señorita consigo, que tendrá unos diez y siete ò diez y ocho años y sumamento linda.

—Una señorita!.. y à qué viene aquí esa jóven?

—Eso no puedo decirlo; pero creo será para vivir, pues el amo le ha dicho á Picard: «Preparad el aposento inmediato al de Elvina, y cuidad que no falte nada de lo necesario para el dormitorio de una señorita... pues mi querida hija Emelina vá á ocuparlo.»

—Eso es falso, mentis; exclamò Camila amenazando á su doncella... Callaos y salid al momento.

La camarera obedeció sin replicar.

Camila abandonòse á la desesperacion. Este acontecimiento habia desbaratado sus planes. No quedaba duda que, todo habia concluido para ella. En un momento habia perdido el fruto de quince años de paciencia y disimulo.

Estas reflexiones detuvieron à Camila en

su aposento. Recostada en su butaca, meditaba y reflexionaba en el exceso de imprudencia en que habia caído. De repente entran en su aposento... pero era Elvina, que gozosa de alegría, entrò diciendo á su madre:

—Mamá, tú no sabes... papá ha venido hoy con mi hermana, y tú no me lo habia dicho, mamá.

—Qué dices, Elvina?

—Digo, que papá ha venido hoy con una señorita... que tú debes conocer; pues dice es mi hermana... tú no eres mi mamá?... pues entonces no lo comprendo; porque ella llora por su madre.

—Esa jòven no es mi hija... yo no tengo mas hija que eres tú.

—Pues...

—Hay ciertas cosas, hija mia, que dan vergüenza hasta el referirlas... Esa jòven es fruto de unas relaciones que tuvo tu padre antes de casarse conmigo... de consiguiente, de Mr. Riberprè es hija; pero para mí no es mas que una estrangera que viene à ocupar la plaza de mi Elvina; así es que, sin conocerla la odio y la detesto.

—Ah! mamá, si tu la conocieras, seguramente no dirias eso... Esa jòven Fanelina, es tan hermosa... tiene un aire tan dulce y tan

seductor... y llora tanto, que da lástima el verla... sí, la pobrecilla suspira à cada momento y exclama: «Oh! madre mia, cuando te volveré á ver.» Luego su madre vive todavía, es verdad?

—Si existe y se llama madama Clermont. Pues, bien, la madre de esa jóven tiene la desvergüenza de llamarse la legitima consorte de Mr. Riberprè; has visto que infamia, hija mia?

—Sí, es verdad, es un atrevimiento; pero en fin, todo el mundo sabe que, los hombres no pueden tener dos mugeres à la vez.

—Y donde está esa jóven, hija mia?

—En el cuarto inmediato al mio. Allí es donde papà ha mandado que se coloque; y estoy tan contenta, porque al fin, ya tengo quien me haga compañía... Estoy segura que esa jóven ha de ser muy amable cuando no llora.

—Pero, hija mia, no comprendes que esa jóven viene á robarte el cariño de tu padre?... que su presencia aquí, te causa un perjuicio terrible; por último, que debes odiarla, como yo, y hacer todo lo posible porque la echen de casa.

—Mira, mamá, será verdad lo que tú me dices; pero yo no puedo hacer eso, yo no puedo odiar á esa jóven que llora tanto y que

está tan desconsolada por verse separada de su mamá. Además, estoy segura que ella no está aquí por su gusto; porque sino, no estaría tan desconsolada.

Camila, no contestó nada y creyó conveniente disimular en algun tanto su aversion, pues sería despertar la conciencia dormida de Elvina, insistir mas en aquel asunto. Así es, que aparentando una fisonomía mas tranquila, sonrió à su hija con amabilidad.

—Ya veo que, se te ha pasado la cólera, y que estás menos incòmoda con esa jòven... Me permitirás à lo menos que hable con ella?

—Sí, hija mia, lo consiento, con tal que luego me cuentes lo que ella te diga.

—Oh! mamá, cuan buena eres, y cuanto te quiere tu hija Elvina!

La jòven alejòse saltando y bricando de contento, por tener à su lado una jòven à quien amar y querer, como à una amiga tierna.

Camila quedòse sola, dando rienda suelta à su ira y exclamando con furor:

—Pero no me habian dicho, que esa Emelina la habian robado?... me habrá quizá engañado ese Santa-Lucía?... No, es imposible; pues he sido testigo de la tristeza de Isidoro... Ah! y no poder saber en qué habrá consistido

esta mutacion... Si pudiera verlo, que suplicio? verme espiada y vijilada, sin poder hacer lo que me plazca. Oh! maldito Riberprè, cuanto te odio.

Por último, llegó la hora de la comida, Camila se arma de audacia, proponiendose desatiar las miradas del banquero, y despues de haberse adornado de nuevo, con mas gusto y precision, dirijióse con resolucion y paso firme al comedor.

Hacia tiempo, que Riberprè estaba ya allí; su boca entreabierta y su mirada sombría disimulaban mal su preocupacion, miró al soslayo à Camila cuya calma è indiferencia lo admiró en extremo, mas no le dijo nada. Elvina llegó tambien: cuatro cubiertos habia sobre la mesa, y al ver el banquero à Elvina que venia sola, le dijo con acritud:

—Porque no has llamado á tu hermana para comer? no ves que está aquí su cubierto?

Elvina contestò con sencillez:

—Pero, papá, no es culpa mia si Emelina no ha querido venir... me ha dicho que no tiene hambre: pero no es extraño; llora tanto...

—Pues vuelve otra vez à buscarla, dile que yo lo mando; pues en mi casa, antes que todo, se hace mi voluntad; y que no llore, pues sus lágrimas son ridiculas y me ofenden. Anda.

Elvina desapareció corriendo.

Riberprè respaldòse en su silla y miró en fin á Camila; esta por su parte lanzóle una mirada fiera y desdenosa que queria decirle: «Yo me burlo de vos.»

El banquero, que aguardaba una mirada triste y suplicante, quedòse confundido. Entonces fué él, el que quedò consternado.

Elvina volvió con Emelina trayendola de la mano. La hija de Clemencia procuró retener sus lágrimas; pero sus párpados, rojos é hinchados, harto decian la pena que tuviera por haber abandonado á su madre. Entró en el comedor y saludò en general, sin mirar á nadie. Elvina la condujo á su sitio, y sentòse en él sin notar siquiera que habia allí una muger que no la abandonaba con sus miradas.

A pesar de la aversion que Camila sentía por Emelina, vióse obligada à confesar, que era hermosa en extremo, su estatura encantadora y su modo de andar gracioso y espresivo; en fin, que su hija Elvina, comparada con ella, era lo que una triste flor al lado de una rosa.

Mr. Riberprè hizo sentar á Emelina à su lado, prodigándole con amabilidad todas las atenciones de la comida, sirviéndola la primera y haciendo que todo lo mejor que hubiera

en la mesa , fuera para ella. La pobre jóven no respondia sino por monosilabos á todo lo que su padre le dijera , y dejaba intacto cuanto le pusieran delante , á pesar de las sonrisas de la tierna Elvina y de las señas que le hacia para que comiese.

Camila no hablaba sino á su hija , aparentando infinita indiferencia , á lo que hiciera el banquero.

No obstante , la comida fué bien triste en verdad ; pues las cuatro personas que á ella asistieran , permanecian mudas y silenciosas.

—Ese pueblecito de Corbeil , dijo el banquero rompiendo el silencio y dirigiéndose á Emelina con dulzura , ese pueblecito , digo , debe ser muy triste , hija mia.

—Oh! no , señor , contestó Emelina sin levantar los ojos ; todo lo contrario , es un pais encantador.

—Segun eso , hija mia , os gusta mucho el campo.

—Sí , señor caballero.

—Por qué me llamais caballero? no sabeis que soy vuestro padre?

—Perdonad , padre mio.

—En el aposento que os han preparado , no falta nada . hija mia?

—Oh! padre mio , tengo todo lo necesario.

—Eso es lo que yo quiero, y cuando apetezcáis alguna cosa, dirijios à mí directamente. ¿Comprendéis? no temais el pedírmelo à mí; pues quiero que en mi casa, que es tambien vuestra, hija mia, no os falte nada. Quiero que se os obedezca como à mí mismo... entienden ustedes, señores? prevenirselo tambien así à vuestros compañeros.

Estas últimas palabras la pronunció Riberprè dirijiéndose à los criados que servian la comida, los cuales respondieron inclinándose hasta el suelo.

La interesante Emelina contestó con amabilidad à los obsequios de su padre.

A pesar de los esfuerzos que hacia Camila por reprimir su cólera, se mordía los labios con furor al oír las últimas órdenes del banquero; pero esta altanera muger, hace un esfuerzo, poderoso, terrible, sobre sí misma y cogiendo con amabilidad una hermosa manzana de la mesa, se la ofreció à Emelina, diciéndole:

—Vámos, señorita, espero que no me desairaréis este obsequio.

—La hija de Clemencia levantó los ojos sobre Camila, por la cual sentia ya instintivamente un terror vago é inquieto, aumentándose mas este estremecimiento, al ver los ojos

negros y radiantes de Camila, fijos sobre ella, con una dulzura infernal é irónica.

La admiracion del banquero crecia por momentos al ver á Camila tan política y amable con Emelina. Al cabo de algunos instantes despues, levantáronse de la mesa y dirijéronse al salon. Camila, retardóse espresamente en la comida y quedóse sola en el comedor; aprovechando entonces ocasion tan oportuna, llamó à su camarera y le dijo:

—Baja y dile al portero, que no deje entrar esta noche à nadie; pues no hay reunion en casa: entiendes? á nadie, sin distincion de personas.

Despues Camila entró tambien en el salon Elvina impulsada por sus jenerosos sentimientos hácia aquella jóven que miraba como una hermana querida, llevóla hácia el piano preguntóle con la mayor dulzura si sabia tocarlo, á lo cual contestó Emelina por un signo afirmativo.

— Oh! qué alegría! exclamó Elvina, no pudiendo reprimir su contento. Emelina sabe tocar el piano, con eso tocarémos juntas. qué alegría!.. casualmente tengo unas piezas lindísimas á cuatro manos con las cuales pasaremos el rato divertidas. Es verdad, mamá?

Camila contestó à su hija con un ligero

movimiento de cabeza y fuese á sentar á un extremo de la sala. Riberpré admirado de la contestacion de Emelina, preguntóle con avidéz:

—Qué, hija mia, sabeis tocar el piano?

—Sí, padre mio.

—Veámos... tocad cualesquiera cosa.

La pobre Emelina por no disgustar á su padre, sentóse al piano y tocó de memoria, la primera pieza que se le ocurriò; pero como en los momentos de melancolia, llevamos siempre nuestras ideas á los recuerdos mas dulces, Emelina acordóse de aquella pieza que habia tocado en casa de madama Bouchonnier, el dia que viò à Isidoro por la vez primera. Imaginóse la angelical jòven, en aquel instante, que su madre estaba á su lado, y acordándose en fin, que aquella mañana habia sido una de las mas dichosas de su vida. Estos recuerdos convatlan su corazon vivamente, y aquella emocion divina que sobrecojiera à su alma, se comunicaba sin saber como á sus dedos haciendo aquella sonata un retrato vivo de las dulces melodias que cantan los àngeles en el cielo.

Elvina era toda oídos, y leyerase en su fisonomia el placer tan celestial que experimentaba.

Camila, à pesar suyo, estaba conmovida en extremo.

Riberpré, aunque poco amante de la música, escuchaba à su hija con placer y luego que esta acabára, preguntòle con dulzura:

—Muy bien, hija mia... sois una excelente profesora... que maestro os ha enseñado?

—Mi madre, padre mio. Es el único profesor que he tenido para todo.

A esta contestacion, Riberpré hizo una mueca terrible, sacó el reloj, miró la hora que era, levantóse y desapareció del salon.

Cemila hizo otro tanto, besó á su hija y se retiró, dando las buenas noches.

Las dos hermanas quedaron solas.

—Còmo me ha gustado eso que habeis tocado, señorita; yo tambien toco alguna cosa; pero ya quisiera tocar con la mitad del gusto y precision con que vos lo haceis.

—Indulgencia que me dispensais, señorita.

—Oh! no lo creais; pero vos tendreis la bondad de enseñarme, no es verdad?

—Con mucho gusto.

—Nos retiraremos ya á nuestro aposento.

—Estoy á vuestras órdenes.

Las dos jóvenes se encaminaron y entraron en sus aposentos; Elvina, mostrándole á su hermana el gusto y esmero que habian puesto en la colocacion de sus muebles, le dijo:

—Qué os parece? os gusta vuestro cuarto?

—En estremo , señorita.

—Y los floreros que están sobre la chimenea?

—Tambien ; pero me parecen unos objetos inútiles.

—No lo creáis , señorita.

—Entonces para qué sirven?

—Para nada ; pero es la última moda y es indispensable.

—Pues yo en Corbeil no tenia nada de eso.

—En Corbeil! es posible? pues aquí en Paris, es una cosa indispensable... Pero yo lo que quiero es , sobre todo , que no lloreis y esteis contenta ; porque os quiero mucho. Mi cuarto es ese otro inmediato ; de modo que podeis llamarme si necesitais algo , à cualquiera hora de la noche... Dadme la mano , señorita.

Emelina tendió su mano á Elvina: esta continuò con afabilidad:

—Si vierais cuanto os amo!.. Y vos, me amais á mí tambien?

—Sí , tambien , porque sois muy buena para mí.

—Oh! qué placer!.. Y nos tutearémos , no es verdad?.. Es mas amistoso.

—Como querais.

—Esperarémos à mañana , pues ya hoy es tarde y tendreis necesidad de descansar... So-

bre todo ¿no llorareis mas?

—Ah! eso no puedo prometèroslo... pero haré todo lo posible.

—Pues buena noche... hasta mañana...
Quereis darme un abrazo?

Emelina por toda respuesta dió un beso à Elvina; la cual, mas contenta que unas pascuas, se retiró á su aposento.

Luegó que la divina hija de Clemencia vióse sola, incóse de rodillas y pidió à Dios que cuanto antes la volviese con su madre.



2.

Aquella misma noche.

CAMILA, como hemos dicho, retiróse á su aposento.

—Ah! no puedo aguardar mas! exclamó al momento que se vió sola: es preciso que lo vea... además, que no será esta misma noche cuando el otro empezará á espiarme... como ha de imaginarse que esta noche salgo yo!.. En cuanto á él, está de tertulia y no volverá hasta la una. Ahora son las nueve y media, tengo tiempo para todo.

Ayudada Camila por su camarera, hizo una especie de capuchon negro, pùsose un traje del mismo color y cubierta con un espeso velo negro, poniendo en la mano de la sirviente una pieza de oro, le dijo:

—Julia, baja delante de mí sin luz, pídes la llave al portero y yo saldré al mismo tiempo que tú para que no me vea. Despues, à eso de las once y cuarto, aguàrdame en la calle à una cierta distancia y entraremos tambien juntas.

La buena de Julia no contestò mas que estas palabras:

—Bien sabeis, señora, que para todo podeis contar conmigo.

Diez minutos despues, Camila estaba en la calle seguida de su camarera. Despues de haber andado unos treinta pasos, volviòse Camila y le dijo:

—Julia, puedes retirarte y volverte à casa... Al entrar, dile al portero, que tu amante te ha dado esquinazo y que no vuelve hasta las once... Ah! si por casualidad Mr. Riberpré viniera antes que yo, decidle... pero no... yo procuraré volver pronto... A Dios.

La camarera alejóse y Camila, con precipitado paso, se dirige hácia una plaza donde hay coches de alquiler; pero como quiera que

estaba cayendo una especie de lloviznita caladera, no habia ningun carruaje en la plazuela.

Entonces decidese à ir á pie hasta la casa de Monvillars; redobla el paso tocando apenas con sus plantas el mojado suelo y sin notar el frio y la nieve que caia. Pero què hay que estrañar esto! una muger que và à ver á su amante, no ve ni siente nada. Su deseo es uno solo; satisfagase este, que poco importa lo demás.

De consiguiente, Camila no habia reparado en un hombre que estaba en la calle cuando ella saliera, el cual la habia seguido en toda su caminata.

.....
Dêmos un paso atras.

Era por la mañana cuando Mr. Riberpré habia llegado á Corbeil á casa de Clemencia y se habia llevado tan precipitadamente á su hija Emelina.

Despues de la partida de esta, vimos quanto fué el dolor de madama Clermont. Creps é Isidoro estaban á su lado consolándola y prodigándola las mas halagüeñas palabras y las mas lisongeras esperanzas. Al fin Clemencia habia cedido á los ruegos de sus amigos que le atestiguan tanta deferencia y se habia consolado en algun tanto.

—No os ocupeis mas de mí, les dijo; yo procuraré ser razonable y soportar esta separacion que será momentánea. Pero si quereis que yo me tranquilice mas sobre la suerte de mi hija Emelina, volvedos cuanto antes à Paris y vedad por ella. Vos, Mr. Isidoro, supuesto que teneis entrada franca en casa del banquero... id á menudo á consolar á esa pobre niña y habladla de mí... ella se creerá aun al lado de su madre... en fin, os dirá como la trate su padre y como ecsiste en aquella casa, estrangera para ella... Ah! vos me lo contareis todo y yo estaré mas tranquila... bien conozco que no podeis desde hoy mismo ir à casa de Mr. Ribierpre... eso seria demasiada precipitacion; pero mañana... oh! mañana, ireis sin falta, no es verdad?

—Si, madama, iré, contestó Isidoro: por que toda mi dicha, toda mi felicidad, será ir cuanto antes à casa del banquero para ver à mi adorada Emelina, para consolarla, y à llevarle noticias de vos... reanimaré su valor decaydo y vendré al momento à contaroslo todo.

Clemencia estrechò con fuerza la mano del doncel: en seguida sus miradas se volvieron hácia el Amante de la luna, que parecia aguardar tambien lo que ella iba à decirle, à mas bien, lo habia adivinado yá, porque sin de-

jarla hablar ; exclamó Creps:

—Vos , señora , deseais tambien que yo vele sobre vuestra amada hija , que sepa si está bien en esa casa donde su padre la ha llevado... quereis , en fin, que yo haga que aquellos techos, aquellas paredes, no encierren para vuestra hija la menor traicion.

Los ojos de Clemencia resplandecian de una alegría indescribible.

—Ah! exclamó; habeis adivinado mi pensamiento... me habeis comprendido... porque aunque la he visto marchar con su padre , no estoy segura de su felicidad... Pero cómo lo hareis?.. Vos no teneis entrada en la casa del banquero.

—Pues eso no me ha de impedir por cierto el que yo sepa lo que pasa en esa casa... de informarme, sobre todo , de la conducta de esa Camila... cual haya sido la causa , por la cual, el banquero , á despecho de esa muger, haya llamado á su hija á su lado... porque esto es lo esencial que debemos saber, à fin de prevenir los complots que esa Camila pudiera formar contra vuestra inocente hija. Fiaos de mí , señora, y estad segura de que vuestra tranquilidad y ventura es para mí unas querida y deseada , que la mia propia.

Algunos instantes despues, Isidoro y Creps

habian abandonado à Corbeil y se habian vuelto à Paris.

Al llegar á esta ciudad, Creps se habia dirigido à casa de la apreciable Felicia que tomaba el mas vivo interès en la felicidad de aquella à quien, à pesar de ser su rival, habia vuelto à los brazos de su madre. El Amante de la luna le refirió todo lo que acababa de pasar. No ignoraba Felicia que Emelina era la hija de un rico banquero y Creps le habia contado la historia de Clemencia y la conducta que Riberprè habia observado con ella.

—Y què, Dios mio! dijo Felicia, esa pobre jóven ha abandonado á su madre, para ir à casa de ese hombre que la ha hecho tan desgraciada?.. Ah! yo no lo hubiera consentido.

—Pero ignorais, hija mia, que ese hombre es su padre? y que rehusando sus deseos, era asegurar el triunfo de esa malvada muger que tiene à su lado?

—Pero esa muger debe ser el mas mortal enemigo de Emelina... y vá à vivir con ella!.. Ah! me parece que esa pobre jóven no está mas segura en casa de su padre, que en la de aquella miserable vieja en que yo la habia encontrado.

—Participo de vuestros temores, mi querida Felicia, y sin embargo, era imposible

rehusar el que esa pobre niña fuera á vivir algun tiempo con su padre. Pero ahora, lo que yo quiero conocer es, la conducta de ese hombre y sobre todo, prevenir el mal que esa Camila pueda hacer á nuestra amada Emelina, y para esto yo obraré mejor que ese Isidoro, los amantes no ven ni conocen mas que lo concerniente á su amor. Desconfiadisimos cuando estan celosos, son muy crédulos y confiados cuando ningun rival se les presenta. Tal es en este momento la posicion de Isidoro, que ha sido el primero en desear que Emelina se fuera con su padre, supuesto que este, le ha prometido que lo casará con ella. De consiguiente á mi me toca la vijilancia, y á él, el pasar el tiempo hablando de su amor. Vijilémolos desde ahora mismo y tranquilicémos á esa pobre madre... á Dios, mi querida Felicia.

—Y cuando volveréis, amigo mio?

—Lo ignoro, todos estos cuidados me alejan de vos... de vos, que me seria tan dulce poderos llamar mi hija, sin temor de que nadie desluciera mi ilusion... Pero ocupémos ahora de esos que nos son tan queridos.. y puede ser que la Providencia nos conduzca, mas pronto que lo esperamos al descubrimiento de la verdad.

Creps abandonò entonces á Felicia. Dirigióse á su casa y volvió á ponerse los miserables andrajos del amante de la luna, porque con este vestido le seria mas fácil saberlo todo sin escitar las sospechas; supuesto que en Paris nadie hace caso de un hombre mal vestido.

Ya sabemos, quien es esa persona que seguía á Camila desde la salida de su casa.

El amante de la luna paseandose desde el anochecer ante la casa del banquero y esperando ver salir algun criado ó dependiente, habia notado aquellas dos mujeres que habian salido con tanta precipitacion y habia oido estas palabras: *Si Mr. Riberpré viniera antes que yo...*

Creps no habia oído mas; pero era lo suficiente para que adivinase que aquella mujer cubierta y enlutada, y que huía tan ligeramente delante de él, no podia ser otra que aquella Camila, querida infame del rico banquero. Además, si es bien cierto que no podia descubrir el rostro de la incógnita y asegurarse si se parecia al retrato que le habian hecho, tambien lo era que el modo de andar y gallardia de su cuerpo era exactamente igual á las señas que le habian dado.

.....

Volvámos à seguir otra vez nuestra narracion.

No tardó nada Camila en llegar à la calle de Montelon y parase ante la casa donde vive Monvillars. Llama , abren y entra en ella, sin volver siquiera la cabeza atras.

Creps llega á su vez ante esta puerta que se ha abierto à aquella muger incògnita.

Examina con cuidado la casa y està cierto de reconocerla. Pero qué casa es esta donde ha entrado la querida del banquero? Qué viene ella á ver allí misteriosamente de noche, á pié y en un tiempo tan cruel.

Creps buscaba en su imaginacion como obraria para saber esto; porque cierta cosa le decia, que esta nocturna visita tenia relacion con la llegada de Emelina á casa de su padre.

Pero pronto la puerta se abre de nuevo y Camila vuelve á parecer. Su amante no estaba en casa, habia salido serian las siete, y el portero ignoraba adonde estaria el caballero.

Camila contrariada por este acaso inesperado maldice su adversa fortuna. Pero absolutamente quiere verlo. Puede disponer aun de dos horas y no volverá à su casa sin hacer todo lo posible por encontrar á Monvillars.

Creps lo observaba todo, y adivinó al momento la causa de la desesperacion de aquella

muger. De repente acordóse Camila que su amante la habia dicho que casi todas las noches las pasaba jugando al villar y fumiando en un café situado sobre el boulevard de la pescaderia en frente de la calle Sautier. Camila redobla el paso y llega allá, pero conoce que no puede entrar en un café público sin arriesgar mucho. Entonces vuelve la cara atrás, haber si podia encontrar algun individuo que efectuará esta comision.

Camila repara en Creps à una cierta distancia de ella. Los miserables vestidos de que estaba cubierto la inspiran confianza, llégase á él, y le dice:

— Sois tal vez mandadero?

Creps se quedó tético y helado al oír aquella voz: no queda tan aterrorizado el viajero que durante su camino, en una terrible tempestad, vé caer el rayo sobre su cabeza, como quedó el Amante de la luna al oír el dulce acento de Camila. Su turbacion llega hasta el extremo de hacerlo olvidar, por qué está allí y para lo que ha ido. Levanta los ojos y los fija en la persona que le habla con la esperanza de ver quien era: pero el velo negro que cubre à Camila es tan espeso, que no deja descubrir sus facciones.

Impacientada Camila de no recibir res-

puesta, redobló sus preguntas con un tono más brusco aun.

Creps ha escuchado con más atención. Reconoce aquella voz y sabe perfectamente á quien pertenece.

Entonces, disfrazando un poco la suya, contesta:

—Yo no soy mandadero, señora; pero cuando la ocasión se presenta, echo mano de todo.

—Pues bien, ahora vais á entrar en un café á preguntar por un sujeto... Seguidme.

Camila echa á andar y Creps la sigue esta vez más cerca. Redobla toda la fuerza de su alma, todo su valor, por disimular la agitación terrible que lo combate; porque más de una vez ha estado tentado por arrancarle el velo y decirle á aquella mujer:

—Me conoces?

Pero comprende que este no es el momento oportuno.

Llegan ante la puerta del café, Camila se detiene volviéndose al hombre que la sigue y le dice:

—Entrad en ese café y preguntad por Mr. de Santa-Lucía... entendeis? Mr. de Santa-Lucía... Luego que este se presente, que es un caballero elegante y guapo, le diréis: «Mada-

ma Camila os espera aquí fuera, pues tiene que hablaros.»

—Madama Camila!

—Justamente... Entrad, aquí os espero yo.

Creps entrò en el café, y un momento despues salió y se reunió á Camila que se paseaba sobre el boulevard desafiando el frio y la nieve que caia.

—Señora, le dijo Creps, Mr. de Santa-Lucía acaba de partir para el teatro de la òpera.

Camila dió una patada de coraje esclamando:

—Maldicion! no lo he de ver esta noche?... no importa... hagamos el último esfuerzo... vamos al teatro de la òpera.

Pero Camila reflexiona que tampoco debe de ir allí, supuesto que Mr. Riberpré vá algunas veces y entonces seria la última imprudencia que podia cometer.

Camila mira de nuevo al hombre que está á su lado y le dice:

—Vos no vais tambien al teatro de la ópera?

—Vaya!.. aunque esté mal vestido no le hace nada... yo entro por todas partes; porque maldito si conozco la vergüenza... Conque así, deme usted, señora, cualquier billete para ese caballero, que os aseguro quedareis satisfecha de mí.

—Oh! ya veo sois un hombre hábil; pero donde he de escribir ese billete?

—Podéis entrar en cualquier almacén y... en pagando, todo se facilita.

—Es inútil... ahora recuerdo llevo conmigo un lápiz y mis tarjetas, y con eso tendré bastante... Pero donde he de escribir?

—Venid, señora... allí, junto á aquel farol de gas, tendreis claridad suficiente.

El único pensamiento de Creps era, el de llevar á Camila cerca de la luz, con la esperanza, en fin, de ver su rostro; porque si sus oídos le habian revelado que aquella era su muger, era preciso tambien que sus ojos lo convencieran de la realidad.

Camila se dirije precipitadamente hácia un farol de gas que alumbraba el boulevard. Sacó sus tarjetas, su lápiz, y disponiéndose á escribir, echase el velo atrás. El Amante de la luna, colocado á unos cuantos pasos y á la sombra proyectada por el farol, podia contemplar las facciones de aquella muger que tenia delante. Cuando esta se descubrió, un estremecimiento terrible lo sobrecojiera; no podia ya dudar lo que le atestiguaban sus ojos; porque á pesar de los diez y siete años que habian pasado, el tiempo no habia cambiado las facciones de aquella que se llamaba

hoy día Camila... Era su muger la que tenia delante; era su muger la querida de Mr. Ribberpré, la que habia sido causa que este hombre repudiera á Clemencia, su lejitima consorte.

En un momento escribió Camila su billete. A pesar de sus esfuerzos por ocultar su turbacion, la mano de Creps temblaba al recibir el billete.

—Qué teneis? dijo Camila: por qué temblais?

—Porque tengo frio, contestó Creps con voz sorda.

—Ah! sí, en efecto... pero como yo no lo siento, me parece que á todos le sucederá lo mismo... Pero despachèmos cuanto antes, el camino no es muy largo.

En poco tiempo llegaron Camila y Creps al extremo de la calle de Favarl. Entonces el segundo, dijo á la primera:

—Quedaos aquí, señora, y aguardadme; pues si os quedais á los alrededores del teatro, podrian insultaros. Yo voy al momento á despachar vuestra comision, si ese caballero está en el teatro, os respondo que tendrá vuestra carta.

—Bien... aquí os aguardo.

El Amante de la luna se alejó acelerada-

mente. Luego que llegara à la plaza de los Italianos , en vez de entrar en el teatro , dirigióse á la calle de Marivaux , y parándose en una esquina perfectamente alumbrada por un farol de gas, coje la tarjeta que le ha entregado Camila y lee estas palabras:

«Es indispensable que os vea y os hable: no son celos por cierto de los que me voy á ocupar. Es de Emelina , de la hija de esa madama Clermont , que han dejado escapar , y hoy dia està con su padre. Ahora es el momento preciso de obrar , si pensais aun en el porvenir tan brillante que habiamos proyectado. Venid , que os aguardo.—

«CAMILA.»

—Pobre Emelina! murmurò Creps guardándose la tarjeta. Oh! infame!.. Pero ese Santa-Lucia... el amante de... Camila debe ser un miserable , supuesto que se sirve de unos proyectos tan abominables. Es indispensable que ese malvado no reciba esta carta... á lo menos retardaré la entrevista , siempre gano tiempo.

Despues de haber estado haciendo tiempo, como para hacer creer á Camila que habia recorrido todo el teatro , Creps volvió á donde

esta lo aguardaba y presentándole su tarjeta, le dijo:

—He aquí vuestra carta, señora. He recorrido todo el teatro y he preguntado uno por uno á los acomodadores y me han dicho, que en efecto habia venido á la ópera; pero que al momento se habia marchado con unos cuantos amigos.

—Maldición! murmuró Camila haciendo pedazos su tarjeta.

Dieron las diez y media. Camila, desesperada por no encontrar á Monvillars aquella noche, decidese, sin embargo, á dejarlo para el otro dia y retirarse á su casa antes que vuelva el banquero. Despues de haberle dado una pieza de cinco francos al Amante de la luna, desapareció con prontitud por la acera de los boulevard.

Creps no la siguió: despues de haber dado la moneda al primer pobre que encontró, dirijióse precipitadamente á casa de la amable Felicia.

Eran las once, Felicia estaba aun despierta, y al ver llegar á Creps á esta hora tan extraña, no pudo menos de exclamar con el mayor sobresalto:

—Qué hay, amigo mio? que os ha sucedido?... ese temblor... esa agitacion...

—En efecto... he venido esta noche, hija mia, para deciros que ya he encontrado... á vuestra madre.

—Dios mio!.. será posible... habeis vuelto á ver á vuestra esposa?

—Sí.

—Y ella os ha reconocido?

—No, gracias al cielo... me cree muerto.

—Y donde está?

—No puedo deciroslo, hija mia.

—Oh! si es mi madre, llevadme, amigo mio, á su lado, me parece que conforme la vea, la he de reconocer.

—No es tiempo aun, hija mia, bien sabéis que tanto deseo yo, como vos, el que llegue el momento de poder descubrir el secreto de vuestro nacimiento; pero para obligar á mi indigna esposa á que confiese la verdad, es preciso aguardar que sus esperanzas se confundan y sus planes se destruyan... Un poco de paciencia, hija mia, y nuestra dicha será completa. Si he vuelto esta noche á veros es, porque queria abrazaros y estrecharos contra mi corazon, á fin de olvidar con vuestras caricias toda el mal que me ha hecho sentir la vista repentina de esa mujer.

Deciendo estas palabras, Creps rodeaba con sus brazos á Felicia con todo el alborozo

de un padre, derramando lágrimas copiosas de placer.

—A Dios, hija mía; le dice al fin, desprendiéndose de sus brazos.

—Hasta cuando, amigo mío?

—Hasta que tenga cosas nuevas que contaros.



5.

Una de tantas.

Al día siguiente de la instalación de Emelina en casa de su padre, el banquero dirigióse con resolución á la estancia de Camila: esta era la vez primera que se encontrara cara á cara con ella despues de su ida á Corbeil.

Mr. Ribérpré esperaba lágrimas, súplicas, accesos de furor; pero la activa Camila se habia concretado á un silencio espantoso, y no salia de su estancia sino para las cosas indispensables.

Cuando el banquero entrara en el aposento de Camila, en vez de encontrar allí una mujer llorosa y arrepentida, encontró una alta-nèra é indiferente.

—Señora, le dijo el banquero, he determinado que el juéves prócsimo haya reunion, en celebridad de la vuelta de mi hija Emelina. Ella asistirá tambien, pero como quiera que, estando poco acostumbrada à estas escenas del gran mundo, pudiera aparentar un aire demasiado sencillo y reprevivo, os prevengo, señora, que esteis à su lado para prevenirla y decirla todo cuanto debe hacer... Habéis comprendido, madama?

—Perfectamente, caballero; contestó Camila con calma; pero os prevengo, que nada de eso he de hacer.

—Qué quereis decir, madama?

—Quiero decir, caballero, que estais en vuestra casa y que, por lo tanto, obreis en ella como os dé la gana... Y habeis hecho perfectamente en traeros à vuestra hija Emelina; pero tener reuniones, como hasta aqui, y brillantes conciertos; será para que ella sola haga los honores de la casa. No pensais que despues de haber pasado en el mundo por vuestra esposa, seria muy chistoso el que se rieran y burlàran ahora de mi? Qué papel haria

yo junto á esa señorita que os llama su padre y que es estrangera para mí?... Yo bien sé, que podian creer fuera esa una hija de vuestro primer matrimonio ; pero tambien sé , que sois muy capaz de desmentirme y afrentarme... oh! entonces que diversion tan grande para la reunion! Ya me parece estoy oyendo las palabras , los dicterios , las zumbas , las indirectas á que darian lugar ; pero os lo repito , no conteis conmigo para nada , pues permaneceré encerrada en mi aposento como hasta aquí.

—Y si yo no lo consiento , señora?

—Me quedaré , caballero , estoy decidida.

—Pero , señora , yo soy aquí el amo.

—Quien dice lo contrario! bastante lo dais á entender... Vuestros actos son significativos.

—Y si yo no quiero que permanezcais en vuestro aposento?

—Entonces , caballero , me hareis salir escoltada por dos gendarmes... eso será lo mas chistoso para la reunion ; y os aconsejo , que pongais en las papeletas de convite ; sucederán escenas improvisadas , hijas de vuestro sutil ingenio.

Riberpré mordíase los labios de ira: pues al querer dominar con su voluntad omnínoda, se veía soyugado á su pesar.

—Sabéis , señora , que estais demasiado

impertinente , y mas altanera de lo que se podia creer?.. Despues de vuestra indigna conducta , teneis valor para desafiarme y arros- trar mi cólera?... Ah! al momento debia echa- ros de mi casa.

—Y bien , caballero , que os detiene?... Yo estoy dispuesta á partir con mi hija , estoy convencida á alejarme para siempre de vuestro lado , hombre inícuo y desleal... por lo que deris de mi indigna conducta, no os responda nada ; pues si he de decir verdad... os tengo lástima.

Riberpré quedó mudo y estupefacto , no queriendo creer lo que oia y mirando á Cami- la con asombro. Esta por su parte continuó:

—Si , caballero , os tengo lástima ; porque antes de ayer , por celos, infundados, me tra- tasteis inicuamente. me disteis los nombres mas indignos è indecorosos , y traspasastis los límites del decoro que todo caballero debe tener con una señora... Yo sé, y conozco, que de- bia callarme y no deciros nada , supuesto que, para contestaros , se necesitaba emplear las mismas palabras innobles que vos empleasteis... Cuando un hombre ha perdido la cabeza, cuando está loco y no sabe lo que se dice, ¿ qué quereis que se le conteste? nada ; sino tened lástima... Hoy , caballero , quieto deciros qué

La escena que hicisteis la otra noche , no tenia sentido comun y nada la habia provocado. Qué! caballero , porque vos me encontrarais en una pieza , que sirve de paso à todo el mundo , hablando con un jòven de nuestra sociedad , es motivo ese para imaginarse que este jòven sea mi amante , ò mi querido tal vez?.. Mas honor , caballero , hacedme mas justicia y no me creais tan novicia ni tan ilusa. Cómo! yo tener un amante , una íntriga amorosa , y conociendo vuestro caràcter , celoso y desconfiado? escojer vuestros mismos salones , á vuestra misma vista , para hablar con mi amante de nuestras ternuras y placeres? Sin duda seria eso para que todo el mundo se enteràra , para que todo el mundo conociera el interés de mi corazon... Es preciso , caballero , que para portarme de ese modo , debia ser ò muy tonta ò muy loca... Antes de dejaros arrastrar por ese furor insensato , que turba vuestra razon , debiais haber reflexionado un solo instante , y entonces conoceriais que vuestros celos son infundados y temerarios.

Camila habia pronunciado esta narracion con un aplomo y un sentimiento de verdad aparente , que hacia honor á la mejor actriz del teatro francès. La conviccion de Riberpré , no era ya la misma y contestó:

—Pero y lo que deciais , madama , à ese caballero Santa-Lucia , me direis tambien que son efectos de mi capricho?.. Las palabras no son ilusorias , madama , sino hechos incontestables.

—Yo no sé , caballero , que palabras sean las que yo dijera á ese jóven ; pero estoy convencida de que me seria bien fácil explicarlas y haceros ver que no tienen nada de criminales.

—Curioso estoy en demasía por saber como os sincerais de ellas.

—Pues recordadmelas, caballero... os confieso que absolutamente las retengo.

Al hacer estas preguntas Camila à Ribeprié, queria asegurarse de cuales fueran las palabras que pudiera haber oido el banquero. Aunque este no fuera un tonto , sin embargo , estaba muy lejos de poseer la finura y sutileza de su querida. No viendo malicia en esta cuestion , se apresuró á contestarle:

—Señora , es inútil negar , porque todo lo he entendido perfectamente ; vos deciais á ese jóven: *Por ella soy engañada , ultrajada y abandonada... convenid conmigo en que sois un malvado...* He aquí , señora , vuestras mismas espresiones.

Camila sintió un secreto estremecimiento

de placer al ver que el banquero no habia oido mas que el fin de su conversacion con su amante. Asi es que , escapando una lijera sonrisa contestó:

—En efecto , caballero , esas son mis expresiones , gracias á vos , las recuerdo perfectamente... Oh! seguramente que no puedo negarlo ; pero cuando uno escucha debe procurar por lo todo , no es suficiente recoger una frase , una palabra á caso , porque entonces es muy facil en darles un sentido muy diferente del que ellas tengan. Asi , caballero , si hubieseis oido el principio de mi conversacion con ese Mr. de Santa-Lucia , vereis como , sorprendida de verlo abandonar tan pronto nuestra reunion , le habia reprochado su conducta. Como quiera que el pretestase una indisposicion , lo confieso , me molesté de él y casi lo insulté ; porque bien conocia yo , el porquè nos abandonaba tan pronto... En efecto , durante toda la reunion , se habia mostrado galante y obsequioso con lady Wilmore , sin abandonarla un momento , sin apartar de ella sus ojos... Pues què , caballero , vos no habeis reparado en nada de esto?

—Yo no ; pero proseguid.

—En seguida , acordándome de que ese jóven habia estado por tanto tiempo tan ob-

sequioso con mi hija Elvina, no pude menos de decirle... pero siempre moviéndome de él, y con tono de ironía. «Sois bien voluble, caballero... me parece que hay aquí una persona que podía estar celosa de vuestro entusiasmo por lady Wilmore; pero mi hija es tan inocente! sin embargo, justamente podía deciros: *por ella soy engañada, ultrajada y abandonada... convenid conmigo en que sois un malvado...*» Y cuando vos aparecisteis tan bruscamente dirijiendome aquellas miradas tan amenazantes, iba á añadir para mortificar mas á ese Santa-Lucia: «Pero tranquilizaos, caballero, ella no os dirá nada; pues en medio de su candidez, no ha puesto atención á vuestros cuidados y galanteos.» He aquí lo que le iba á decir á ese jóven, cuya conducta, demasiado lijera, merecia una reconvencion.

Riberpré no sabia que responder, porque tampoco sabia que creer. Por otra parte, cuando en el fondo de nuestro corazon deseamos encontrar á nuestra querida inocente, siempre hay mil cosillas secretas en nuestra alma que nos obligan á inclinar la balanza á su favor; esta balanza no puede ser ni tan justa, ni tan íntegra como la de la justicia, y sin embargo, esta se corrompe tambien á la luz de unos buenos ojos.

El banquero mirando al soslayo á Camila, cada vez le parecia mas divina y hermosa; item mas, cuando hacia dos dias que no gozaba de sus gracias. Tal vez la encontrara mas hermosa, porque la habia creído infiel, pues hay hombres, que mientras mas los engañan, son mas ciegos y apasionados. En fin, habituado Riberpré á las caricias y cuidados de esta mujer, sentia que se moriria de tristeza si continuara por mucho tiempo en aquel estado.

Camila adivinaba todo lo que pasaba en el interior del banquero, y harto conocia que habia caído en el garlito. No obstante, el banquero á pesar de querer aparentar el mismo aire y continente, su fisonomia era muy diferente y sus miradas mas dulces.

En este momento un criado entró y anunció al banquero que Mr. Isidoro de Marcelay, queria hablarle:

—Diablo, tan pronto, murmuró Riberpré; pero tanto mejor, con eso cuanto antes saldré de ella.

Diciendo así, salió del aposento de Camila y se dirigió al salon donde Isidoro lo aguardaba.

...Ah, sois vos, querido Marcelay? exclamó el banquero con alegría... el proceso contra vuestro tío, cada vez se hace mas tenaz,

pero creo , no será esto hoy el motivo de vuestra visita.

—En efecto , caballero.

—Me han dicho que estais enamorado de mi hija Emelina.

—Y no os han engañado.

—Y que vuestra intencion es el casaros con ella.

—Ese es mi mas ardiente deseo.

—Apruebo esta union , y en honor de este enlace transijirè con vuestro tio y terminaremos nuestro pleito amistosamente... En cuanto al dote de mi hija , ya lo arreglarèmos... pues bien conoceris que, al fin y al cabo, ella es mi única heredera.

—Caballero , no es el interés el que me atrae hàcia vuestra hija ; es solo sí , su belleza y su virtud... Ah! me permitireis que presente à vuestra hija mis respetos?

—No hay inconveniente.

Riberpré tocò una campanilla y apareció un criado en la puerta del salon.

—Picard , continouó el banquero , decid à la señorita Emelina que se presente aqui , ahora mismo.

El criado desapareció.

La interesante hija de Clemencia no tardó nada en acudir al llamamiento de su padre.

Al ver á Isidoro Marcelay , un vivo encarnado coloreó sus mejillas y la espresion del placer animó sus hermosos ojos.

—Ah! amigo mio , exclamó la jóven , me traeis noticias de mi madre?

—Sí , señorita.

Riberpré , que de todo le gustaba oír hablar , menos de su esposa , se retiró diciendo:

—Hija mia , os quedais aquí con vuestro futuro esposo ; yo os permito que habléis con él. A Dios , caballero , dentro de unos dias , escribiré à vuestro tio y espero que dentro de poco terminaremos este asunto.

El banquero desapareció: Isidoro estaba loco de contento al ver tan cercano su enlace con su querida Elnelina.

—Lo ois , amiga mia? exclamó Isidoro radiante de alegría y queriendo hacer participar à Elnelina de su excesivo placer. Lo ois? dentro de unos dias , sereis mi esposa , y ya nada me separará de vos.

...Pero habladme de mi madre , amigo mio , de mi madre , á quien amo tanto ; y os aseguro , que no estaré contenta mientras no me halle à su lado.

Entonces , Isidoro , conociendo el placer que le causaba à su amada habliándole de su madre , refirióle circunstanciadamente todo lo

que habia pasado en Corbeil desde su partida; contòle como su madre, cediendo à sus sùplicas y à las de Creps, se habia consolado, en algun tanto, de aquella separacion, que no seria muy larga. Despues, preguntòle el doncel, que tal le iba en casa de su padre y de que modo la trataban.

Emelina refiriòle entonces los esmeros y cuidados de su padre y los encantos y maneras de la jòven Elvina; el modo tan dulce conque la habia recibido y la amistad tan grande que le profesaba.

Por ùltimo, la interesante jòven no olvidó nada; concluyendo su narracion, con las siguientes palabras:

—Sobre todo, no olvideis contàrselo todo à mi madre. Porque quiero que sepa cuanto me pasa, en los mismos términos que os lo estoy refiriendo.

Isidoro prometió contarle todo à su madre aquel mismo dia. Entonces los dos amantes pasan à hablar de su amor, de su union proxima y de la dicha tan grande que tendrá Clemencia al reunirse con ellos para siempre... Qué horas tan felices; justo Dios! son aquellas en que, sentado uno junto al objeto de su corazon... al lado de la persona única que ama sobre la tierra, se embebe en contemplacion

amorosa, y estasiandose con las miradas de su ídolo, participa hechizado de placer los destellos de su gloria!

Sin embargo, no queriendo Emelina abusar, por mas tiempo, de la libertad que su padre le habia encendido, dijo al fin, dirigiendo á su amado una tierna mirada:

—Id, amigo mio, id cuanto antes al lado de mi madre y decidla, que yo estoy contenta y gustosa, en el grado que puedo, al verme separada de su lado.

Isidoro salió de casa del banquero con el corazón tan alegre y contento, como puede tenerlo un amante que ve no hay obstáculos que se opongan á su amor. Pero antes de volverse á Corbeil dirígese á casa de Creps, á ver si el protector de Clemencia tiene algo que decirle para su protegida.

El Amante de la luna, estaba abandonado á sus tristes pensamientos, cuando el jóven doncel penetró en su cuarto.

El feliz Isidoro le participó su visita en casa de Riberpré y la promesa de este en casarlo con Emelina.

Creps sonrió con melancolia, diciendo al jóven:

—Tened cuidado, me parece que vuestra felicidad no está tan cerca como presumís.

—Por qué decís eso?

—Porque vuestra amada , está rodeada de gentes dispuestas, à todo, para destruir vuestras esperanzas.

—Habeis descubierto algo?

—Conocéis vos , un jóven llamado Santa-Lucia?

—Santa-Lucia? Oh! sí, íntimo amigo mio, á quien he referido todo... pero ocultando siempre que Emelina era la hija del banquero.

—Habeis confiado mal vuestra amistad, porque ese Santa-Lucia , es el amante de Camila , la querida de Mr. Riberprè.

—El! Santa-Lucia!.. amante!.. vámos no es posible.

—Os aseguro lo que digo , jóven.

—Me confundís?

—Ese hombre , secunda los proyectos de esa muger y ellos son los que... Empero no quiero deciros mas; porque seriais capaz de cometer otra indiscrecion que me impidiese el averiguar sus proyectos ; mas no olvidéis que Santa-Lucia es un malvado.

—Emelina rodeada de peligros!

—Yo velo por ella... pero quisiera conocer á ese Santa-Lucia.

—Queréis que os presente en casa de Mr. Riberprè?

—No, porque no pudiendo usar allí la metamorfosis del Amante de la luna, seria aventurar mucho... Pudiera alguno conocerme... Ya buscaremos otra ocasion... Ahora vuelveos á Corbeil, tranquilizad y consolad á esa pobre madre que llora y que espera noticias de su hija... Decidle toda la dicha que esperais y no le participeis mis temores... bastantes penas tiene que soportar.

Isidoro abandonò á Creps ; pero creia sus temores infundados. Bien podia Santa-Lucia ser el amante de Camila , sin que esto perjudicara en nada su próximo casamiento con Esmelina. Por último, su corazón radiante por la hermosa acojida que le habia hecho el padre de su amada, no veia á su rededor mas que placer y felicidad.

En este estado volviase para irse á Corbeil, tomando un cabriolé para llegar mas pronto al embarcadero ; cuando hete aquí que se da de boca con su primo, el barrigudo Bouchonnier, y su linda esposa del brazo , que iban á tomar el sol.

—Ah! es él... el primo! exclamò Bouchonnier soltando el brazo de su mitad y corriendo á detener á Isidoro. A donde vais con tanta bullicio de poco tiempo á esta parte, nos habeis olvidado completamente... nosotros estamos en

Paris hace un siglo y vos no habeis ido aun á visitarnos.

—Dios mio! Tiburcio , no detengas á Mr. Isidoro ; dijo Elmonda haciendo un gesto de coqueta. Què le importa à él. que nosotros estemos en Paris ó en el campo? bien sabes que no contamos con sus visitas.

—Pero , prima mia , convengo en que merezco vuestros reproches, balbució Isidoro; pero creed que no es culpa mia... sino que no tengo tiempo para nada.

—Pero , querido primo , no creais que estas son quejas... no tengo derecho para eso... vais á ver las pèrsonas que os agradan, y haceis perfectamente... Solamente sentimos el que nosotros no sèamos de ese número.

—No lo creais , querida prima.

—Al contrario , estoy persuadida.

—Oh! estais encantadores , palabra de honor , exclamò Bouchonnier riendo. Como se tiran el uno á él otro los epigramas! No creeria cualquiera que son dos amantes quejosos que se han encontrado? Es chistoso!.. y yo tendré el aire de un Juan lanas , con mas cuernos que un ciervo de veinte años... ¡á! ¡á! ¡á! están los niños graciosísimos!

Elmonda no pudo menos de reirse: Isidoro hizo otro tanto: Bouchonnier hubo mucho de

aproximarse á su primo y le dijo al oído:

— Desembarázame de mi muger por dos horas ; tengo una batida de conejos que hacer y no sé como escaparme.

— Lo siento mucho ; pero me es imposible. Me están esperando.

— Vais todavía al campo , querido primo? replicó Elmonda.

— Sí , querida prima , y en este momento voy à embarcarme para Corbeil. Vos queréis alguna cosa para allá?

— Muchas gracias ; no tengo nada que mandaros.

— Cómo! con el frio que hace , vas todavía á Corbeil? añadió Bouchonnier.

— Oh! el tiempo me importa poco.

— No sabeis, que la hija de madama Clermont ha sido robada , hay ya algun tiempo, por el hijo de madama Michelette.

— Sí , lo sé , y cuando Mr. Almenor parezca ya vereis su castigo.

— Lo que hay de mas extraordinario , continuó Elmonda con aire de mofa, es que dicen que la señorita Emelina ha vuelto à los brazos de su madre tan pura é intacta como antes. Sin que su raptor le haya tocado la punta de las narices... he aquí cosas prodigiosas y admirables!

Isidoro palideció y contestò reprimiendo apenas su cólera:

—Siento mucho el veros , querida prima, tan dispuesta á creer siempre el mal ; lo que es yo, estoy perfectamente convencido que la señorita Emelina es siempre un ángel de inocencia y de pureza; y luego que sea mi muger, lo que no tardará mucho , espero y me lisonjeo de que nadie hablará de ella lo mas mínimo.

Sin aguardar respuesta , Isidoro montó en un cabriolé y partió.

Elmonda muda y estupefacta, y Bouchonnier inmóvil y admirado, no cesaban de repetir:

—Su mujer!

—Va á casarse con ella!!!

—Y yo apuesto cualquier cosa á que no tiene dote.

—Oh! los hombres!

—Que barbaridad! debia, sin embargo, tomar ejemplo de mi , que le he dicho mil veces , que el casarse es una bestialidad.

—Ah! vos le habeis dicho eso , caballero? me haceis mucho favor.

—Un instante, querida amiga, lo que yo le he dicho es , que es una bestialidad el casarse tan jóven.

—Eso es otra cosa.

—Si no añado, el *tan joven*, murmurò Bou-
chonnier, es capaz de arrancarme la lengua.

Y el gordo esposo, tomando el brazo de
su mitad, continuó su paseo sin la menor
novedad.



La enfermedad.

HAN pasado algunos dias desde la visita que hizo Isidoro en casa del banquero. La existencia de Emelina continua siendo la misma. La reunion proyectada por su padre no habia tenido lugar aun. Todas las noches Camila dá orden al portero de que no permita la entrada á nadie. Queriendo Riberpré hacer de una vez las paces con Camila, sale poco, siempre buscando un medio para terminar, cuanto antes, tan penoso estado. Camila eterniza este

momento á fin de darle mas valor y obtener por este medio todo lo que quiera del banquero. Despues de sus vanas escursiones por encontrar á su amante. Camila no se habia determinado à ir á casa de Monvillars, conociendo que seria una imprudencia aventurar su porvenir cuando se hallaba proxima, à afianzarlo para siempre.

Una mañana, al salir del comedor despues de almorzar, en el momento de dirijirse á su gabinete, Riberpré que hacia tiempo se resentía de unos ataques cerebrales y que no habia querido consultar á su facultativo, pretendiendo que nunca estaba malo, se sintió repentinamente acometido de un vértigo cruel y cayó sin sentido sobre el pavimento.

En un instante toda la casa se puso en movimiento. El enfermo fué llevado á su cama, y los criados salieron á todo escape à buscar un facultativo. Camila hizo llevar su cama al aposento de Riberpré, prodigándole los mayores cuidados. Elvina y Emelina, habiendo sabido el accidente ocurrido à su padre, quisieron tambien instalarse en su aposento, para cuidarlo y velarlo en caso necesario. Empero Camila habia prohibido terminantemente que se dejase entrar à las dos jóvenes en el cuarto del banquero; diciendo que el facultativo asi lo

había mandado para evitar al enfermo la menor emoción. Elvina y Emelina, obligadas á estar retiradas en su aposento, no hacían más que rogar y pedir á Dios por la salud de su padre.

El doctor del banquero declaró que el paciente había sido atacado de una apoplejía. Camila estremeciéndose al ver tan terriblemente amenazados los días de Riberprè; entonces su pesar y su tristeza era sincera y verdadera; no porque ella sintiera el menor cariño por este hombre que, durante tantos años, le había colmado de caricias y riquezas: bien sabemos que lejos de eso, Camila lo odiaba; pero si Riberprè moría repentinamente, ella no tendría nada, y su legítima esposa vendría á tomar la plaza que ella ocupaba; Clemencia y su hija heredarían toda la fortuna del banquero, y ella y Elvina serían echadas á la calle, sin poder hacer la menor reclamación.

Camila previó todo esto y es inconcebible el ardor con que esta mujer cuidaba y velaba á aquel enfermo, del que dependía su suerte y la fortuna de su hija. Durante dos semanas en que el enfermo no dió muestra del menor alivio, Camila no lo abandonó un momento, ni de día ni de noche, temiendo que durante su ausencia, se operase una funesta crisis. Cada

dia se encuentra esta muger con nuevas fuerzas para prolongar la existencia del banquero. La madre mas tierna y cariñosa , no hubiera hecho otro tanto , cuidando de su hijo. La esposa mas fiel y enamorada , no se hubiera mostrado mas atenta y cuidadosa con su adorado esposo. Y sin embargo , que diferencia entre los sentimientos que animarian á estas y los que animáran á Camila! á aquellas *el amor* à esta *EL INTERÉS.*

En fin , el enfermo vá mejor. Pero el doctor declara que la convalecencia será muy larga , porque le ha quedado al banquero una especie de parálisis en el costado izquierdo que será muy difícil de curarse (si es que llega á curarse) lo cual debilitará mucho las facultades del paciente ; no obstante , el doctor asegura , que con el tiempo y mucho cuidado, el enfermo sanará completamente.

Camila estaba mas tranquila , porque tal vez preveia en este acontecimiento efectos ventajosos para sus proyectos. Consiguiente en su propósito continúa teniendo separadas de su padre , à las dos jóvenes para que este no recibiese cuidados ninguno de Emelina y temiendo que Elyina en los transportes de su amor por su hermana , no dijera à su padre , todo el pesar que aquella sintiera por su enferme-

dad. Por último, Riberpré no veía à su lado á nadie mas que á Camila estando intimamente convencido de que su salud la debía á los esmeros y cuidados de su amada.

Pero mientras que el enfermó no está en estado de notar sus ausencias, Camila sale y entra sin temor de ser sorprendida. El décimo sexto dia del ataque ocurrido à Riberpré; Camila aprovechó el tiempo en que este dormía y salió furtivamente de su casa, à las siete de la mañana, para ir à casa de su amante.

Monvillars no dormía. Despues de su última escena con Camila, escena que habia tenido consecuencias tan fatales, estaba inquieto y atormentado; él temia, esta vez, de haber perdido enteramente el amor à Camila; conocia que habia hecho una niñeria; porque por medio de esta muger, podria llegar algun dia à la fortuna que se habia imaginado; mientras que dejando de verla, su posicion era incierta y precaria. Hacia algun tiempo era mas prudente en el juego; no queriendo aventurar el que le echasen de las casas donde habia llegado à ser recibido; pero como quiera que sus recursos iban à menos, se desestieraba, por que bien sabia que no era por Valeria por la que habia de llegar à la fortuna. Estos pensamientos aumentaban el ódio que tenia à esta

muger ; y sus deseos de vengarse eran cada dia mas ardientes.

Monvillars aguardaba uno y otro dia sin cesar á Camila. Habia sabido que esta muger habia preguntado por él en el café ; pero cada dia la esperaba en vano. No ignoraba la enfermedad acontecida á Mr. Riberpré y esto mismo le hacia aumentar su desesperacion, al no ver venir á Camila , cuando bien pudiera hacerlo, usando de la libertad que tenia ahora.

Es inesplicable la alegria que Monvillars experimentára al ver entrar en su casa á esta muger ; cuya afreccion y cariño temia haber perdido enteramente.

—Sí , yo soy , dijo Camila sentándose en un sillón , vos , no me aguardabais , no es verdad? Y en efecto , es preciso conocer que tengo poco amor propio para volver á vuesta casa.

Monvillars no echa mano de frases ni de discursos estudiados para implorar su perdon; sabe que hay otro medio mas eficaz y seguro. Por consiguiente , él emplea este medio sobre la marcha.

La paz se hizo y acordó perfectamente; despues de haberse ocupado del amor, pasaron á otras cosas... yo no diré mas serias , por que hay amores bien serios, y el de Camila

era de este número. En fin, se ocupan de negocios de otros géneros.

—Sabeis, dijo Camila, que al día siguiente de la reunión, en que me sorprendió con vos el banquero, fué á Corbeil á buscar á su hija Emelina y se la ha traído consigo?

Monvillars ignoraba esta circunstancia, supuesto que, no había vuelto á ver á Isidoro desde la noche en que este le contara que Emelina había sido vuelta á su madre.

—Cómo! á ido por su hija?... la ha instalado en su casa? exclamó Monvillars, con estremecimiento.

—Dios mio! sí; según parece, los que robaron á esa jóven no la supieron guardar.

—Ved aquí lo que tiene echar mano de tontos... Ese Almenor es un imbécil, y su compañero un borracho... No debía haberme fiado de ellos; pero qué quereis? la ocasión!... Y esa jóven está aun en vuestra casa?

—Sí, y según parece, las intenciones de su padre son las de casarla con su amante Mr. Isidoro.

—Y á qué altura os hallais con el banquero?

—Después de haberme dado lo nombres mas villanos é indecorosos, ese hombre horrible; he concluido por destruir sus sospechas y hacerle creer que mi conversacion con vos

no tenis nada de criminal... era asunto bien difícil, no es verdad?

—Hay algo difícil para vos?

—A fe mía, que me ha costado mucho trabajo el convencerlo. Luego esa repentina enfermedad... ah! he tenido miedo, porque si hubiera muerto!..

—Es cierto, no es este el momento oportuno en que debe hacernos ese favor.

—El facultativo responde ya de sus días... y ved aquí todas las ventajas que pueden resultar de este accidente, tiene un lado enteramente paralitico, del cual, dicen que sanará, pero no es seguro. Entre tanto, este hombre no es ya el mismo. Es un niño que no ve sino por mí, es un pedazo de cera blanda que puedo hacer de ella lo que quiera... ahora es momento oportuno para que licierais cualquier cosa importante.

—Os entiendo, teneis razon; este es el momento preciso de obrar.

—Si, deis eso y luego no haceis nada, amigo mio; pues si to los vuestros proyectos, salen como el de Eufelina...

—Ah! os juro que no me motejareis mas... dentro de poco, Riberprépo irá casarse con vos.

Eso es, si, eso es lo que se necesita; respondió Camila con voz sorda é inclinando

su cabeza sobre el pecho de su amante. Estoy bien cierta de que si el banquero estuviera ahora viudo, poco trabajo me costaría el decidirlo à que se casara conmigo.

—Què dia es hoy?

—El 30 de Marzo.

—Pues antes que concluya el próximo Abril, el banquero podrá casarse con vos.

Los ojos de Camila se fijan en Monvillars con una espresion terrible y poderosa, exclamando con voz fuerte y seca:

—Ya veremos como os portais.

—En cuanto à su hija, contestò Monvillars despues de un momento de silencio; creo que por ahora, estando su padre enfermo, no pensará en casarla... Es cosa singular que ese Isidoro no haya venido à contarme eso.

—Desconfiarà de vos, por ventura?

—Porque?.. ha vuelto el, à casa del banquero?

—Si, à ido à informarse de su estado y no ha tenido con su amada sino entrevistas muy cortas.

—Es preciso tambien impedir ese enlace.

—Es verdad. Porque entonces su padre la dotaria y todo eso disminuiria mas nuestros fondos.

—Yo hallaré medio para que tampoco ten-

gamos que temer nada por ese lado.

Los ojos de Camila se fijaron otra vez sobre su amante, brillando de un fuego sombrío é infernal, mientras que con apagado acento, murmura:

—Ah! ahora que conozco á esa Emelina, la odio mas que antes... es mas hermosa que mi hija y tiene mas talento y discrecion.

—Tranquilizaos, ya arreglarémos todo eso.

—Yo me vuelvo al lado de mi enfermo; dijo Camila levantándose y disponiéndose á partir.

—Sí, id y prolongad su convalecencia; no hay necesidad por ahora de que su salud vuelva tan pronto.

En el momento de salir Camila, estrechó la mano de Monvillars y le dijo con dulzura:

—Acordaos que hoy es el 30 de Marzo.

—Comprendo, no olvidaré mi promesa.

—Si es que no viene alguna muger á trastornar vuestra cabeza y haceros olvidar vuestros mas caros intereses.

—Silencio, no hablémos mas de eso supuesto que me habeis perdonado.

—Teneis razon, no toquémos mas á ese punto.

Camila partió: Monvillars quedòse embobado en sus intimas cavilaciones y las faccio-

nes de este hombre, á pesar de ser tan hermosas y características, estaban contraídas con una espresion salvaje y repugnante; efectos sin duda de los proyectos sombríos que agitaban su alma.

Serian las doce y media de la mañana, cuando llamaron de nuevo á la puerta del aposento de Monvillars. Esta vez era el bien aventurado Fortincourt que entrò exclamando:

—Vedme aquí, mi amigo, vedme aquí encantado de hallaros en vuestra casa.

—Y yo de veros.

—Siempre tan amabilísimo... ah! pero antes que todo, decidme si mi visita os es molesta... Puede ser que esperéis alguna encantadora niña, que venga á preguntaros como habeis pasado la noche.

—No, amigo mio, no espero á nadie.

—Me alegro, con eso hablaremos un buen rato: hace tanto tiempo que no nos vemos! Esa repentina enfermedad de Riberpré ha venido á variar nuestras costumbres cotidianas. No sabeis que el pobrecillo ha sido atacado terriblemente?

—Si, lo sè; pero ya dicen que està mejor.

—Mejor! y tiene un lado eminentemente imposibilitado; y aseguran que se quedará loco!.. Oh! esto es cruel, amigo mio! verse un

lleno de medios por la mañana, y por la tarde imposibilitado, y á la noche tal vez en el sepulcro!.. Oh! amigo mio, esto es cruel y si diera uno mucho en pensar en ello, de hecho estiraba la pata en pocos dias... Pues que siendo... De qué estaba yo hablando? No me acuerdo. Pero no le hace... Ah! sí, decia, pues señor, busquemos à ese Santa-Lucia y retocémos un poco con él.

—Oh! habeis tenido una idea soberbia.

—Además, tengo que consultaros acerca de mi baile, no os acordais ya que voy á dar uno?

—Me habiais hablado de ello; pero creí que hubieseis cambiado de ideas.

—No por cierto, si hasta ahora lo he retenido, Riberpré ha tenido la culpa; pero al fin, algun dia habia de darse: ya ha pasado el carnaval y estamos á fines de Marzo, de manera que casi no tenemos tiempo.

—Os aconsejo que lo deis inmediatamente; despues... si madama Riberpré y su hija no asisten, entre tanta jente como conoceis, no os han de faltar señoras.

—Somos del mismo parecer... se verificará dentro de... ocho dias. Qué os parece?

—Es idea como vuestra...

—Repartiré los billetes... ya tengo he-

cha la lista... con vos... creo que no tendremos que usar de esta fórmula.

—Puesto que me convidais de viva voz, me es aun mas lisonjero.

—Si quereis traer algunos amigos, no dejéis de hacerlo. Procurad solamente que sean bailarines; pues es lo que con mas dificultad se encuentra en un baile.

—No preveo que amigos presentaros.

—No será necesario deciros quien será la reina de la funcion?... bien conocéis el secreto de lo mas recóndito de mi corazón...

—Oh! sí, y todavía continuais enamorado de... lady Willmore?

—Oh! caro amigo, ese amor no hace mas que crecer y lisonjearme... cuando digo lisonjearme, es solo por hablar; puesto que decirlo de otro modo, me desanima en *grado superlativo*... No me encontrais cambiado... flaco y bastante pálido?

—No por cierto, teneis una fisonomia encantadora.

—Aduladorcillo... Sin embargo, no dejo de conocer que estoy algo desmejorado; pero no le hace, lo principal es, que mis amores vayan viento en popa.

—Oiga! contadme...

—Caro amigo, me ha recibido en su ca-

sa! lo ois? pero antes es menester advertiros que, he solicitado tenazmente este favor, del que se muestra muy avara, y que la hace aun mas encantadora; pero por fin, me permitió ir á visitarla, y esto de un modo tan amable, tan... siempre riéndose; mientras la hago la corte no hace otra cosa: vive en la calle de la Four d'Auvergne... muger celestial... què estaba yo diciendo?... No me acuerdo, pero no le hace, estoy enamorado de ella à tambor batiente... En fin, he estado à visitarla y la he preguntado, si me hará el honor de favorecer con su presencia mi baile; á lo que me ha dicho, que asistirá con gran placer.

—Os doy la enhorabuena, mi querido Fortincourt, ya veo que estais de marea alta, respecto à esa dama.

—Francamente, estoy seguro, segurísimo, de que me vé con placer... quiero en mi baile colmarla, hasta el esceso, de flores, de dulces, de cumplimientos y sorpresas; quiero en fin, que llegue á conocer hasta la evidencia, que es la reina de la funcion; mandaré componer versos espresamente para ella, y se los entregaré al par de los dulces. Qué tal?..

—Eso será una exquisita galanteria.

—Ahora que reflexiono, no siento mucho que las señoras de Riberpré se hallen imposi-

bilitadas de concurrir à mi baile... he advertido que la esposa del banquero, contemplaba à lady Willmore con unas miradas, que se yo... habia en ellas cierta mezcla de celos y de envidia, la soberbia Camila, estando acostumbrada á que la alaben y la adulen, habrá advertido que yo la abandonaba, de algun tiempo à esta parte, por la linda viuda.

—Ciertamente, haceis demasiadas conquistas... eso prueba de que no recibia vuestras caricias con indiferencia; habrá otra como ella?

—Oh! no digo eso, no llevo mi pretension hasta ese punto; y despues, la bella Camila es demasiado fuerte para mi... habladme; habladme de la deliciosa Willmore, tan esbelta, tan linda.

—La habreis visitado muchas veces?

—Tres.

—Recibe á mucha gente?

—No podré deciroslo á punto fijo, puesto que de las tres veces que la he visitado, dos de ellas no estaba visible, pero el dia que me recibió, estábamos solitos. Cásputa! trabajo me costó estar me quieto en mi silla... Oh! pero mi fiesta la encantará, tendré una orquesta dirigida por los mejores profesores de Paris... Pero sobre todo, lo que dará mas golpe seran

mis versos improvisados. Oh! si en ellos pudiera hacerle una declaracion amorosa!

—Os asiste el derecho como amante.

—El amor, esto es admirable, en fin, estamos convenidos, dentro de ocho dias daré mi baile. Querido Santa-Lucía, os repito que cuento con vos, y espero?..

—Buen cuidado tendré de no faltar á un baile en el cual espero distraerme tanto.

—El pobre Riberpré, siento bastante que no pueda moverse; si hubiese tomado las pil-doras de mi farmacéutico Georgello, estoy persuadido que no se hallaria en ese estado. A Dios, caro amigo, voy á ocuparme de mi funcion y de la bella á quien está dedicada.

Fortincourt partió y Monvillars exclamó, frotándose las manos con aire de triunfo:

—Y yo, vive Dios! tambien me alegro que esa Camila, no concorra á la reunion. A lo menos podré, aunque no sea mas que á hurtadillos, ver á esa lady Willmore, á quien amo tanto y á quien tanto debia odiar, escrutaré sus mas íntimos pensamientos, porque, aun todavia puedo leer en sus ojos las emociones diferentes que afectan su alma. Oh! no hay la menor duda, que Isidoro Marcelay, será uno de los concurrentes á ese baile... tambien veremos si se ocupa ella de él. Pero porque pensar siempre

en esa mujer?.. No he prometido, diré mejor,
no debo cuanto antes asegurar para siempre
mi brillante porvenir.



Unos tras otros.

HAN pasado algunos dias en los cuales Monvillars, á salido poco. Mil pensamientos, mil proyectos siniestros, han surcado por su cerebro, sin embargo, no ha podido aun decidirse por ninguno.

Estámos en la víspera del dia en que ha de tener lugar el baile proyectado por Fortincourt. Monvillars, temiendo que Camila supiera el baile que iba à dar su panzudo amigo, salió cuanto antes de su casa, no fuera que su celo-

sa amante, le impidiese el asistir à la reunion. Harto conociera Monvillars que el recuerdo de Valeria, era una inestinguible sombra que contrarrestaba todos sus planes, los mejores combinados. A pesar suyo, atormentado por sus celos y venganzas, marchaba al acaso por Paris, sin ocuparse siquiera del camino que tomaba.

De repente oye gritos y exclamaciones de alegría y que, cojiéndolo fuertemente por el brazo murmuran estas palabras à su oido:

—Sí, èl es.

—Es el bravo Renonculo... que dicha, haberlo encontrado en un Paris, donde se pierden tantos angelitos.

—Amigo mio, he olvidado completamente las señas de vuestra casa, y sino es por Saucissard que me dice: rahi vâ nuestra inseparable de Corbeils yo, mi querido señor, no os hubiera conocido.

—Oh! yo soy un fisonomista de primera; conforme os vi, os conocí.

Monvillars acababa de reconocer, à su pesar, à los dos calaveras, Almenor y Saucissard. En un principio, los dos inseparables, sabemos nosotros que tenian unos vestidos sumamente indecentes; pero lo que es ahora, están doblemente peores; pues se parecen à los

que llevaba Creps cuando pasaba las noches á la claridad de la luna. No era nada agradable en verdad para un hombre tan elegante como Monvillars, al verse detenido tan familiarmente en medio de las calles de Paris, por dos individuos que tenian trazas de colilleros y vendedores de contraseñas.

Monvillars mira á su alrededor y vé con placer, que se halla en una calle bastante desierta. Toma entonces su partido y responde estas palabras tan lisonjeras, á los dos derrotados peleles:

—Cómo! sois vosotros, señores, con los que yo he pasado en Corbeil una mañana tan agradable?

—No, bravo amigo, no, nosotros fuimos los que pasamos con felicidad mañana tan deliciosa... Pero diantre! despues... iba á contaros todo lo que nos habia sucedido; pero, me parece que en la calle no estará bien el hacerlo: entrémos en un café y con un vaso de cualquier cosa en la mano, nos será mas cómodo el charlar.

Monvillars mirò hácia un extremo de la calle y reparò en el café de madama Milindres y conociendo que en él estará seguro de que nadie los vea con los dos perillanes que acababa de encontrar; marcha hácia el café y les dice:

—Sí, teneis razon , entrèmos en este café.

Al cabo de algunos instantes , nuestros tres individuos se hallaban instalados en una mesa situada en el sitio mas oscuro y poco frecuentado.

Almenor pide vino duro , Saucissard una copa de rom quemado , y Monvillars una taza de café.

—Querido amigo , dijo el bello señorito despues de haber paladeado su vino duro como si fuera Champaña , voy á deciros que despues de haber consumado el rapto de mi bella... ya sabeis á quien me refiero.

—Sí , á la señorita Emelina , á la cual habeis hecho la barbaridad , de traerla á Paris.

—Calla! sabeis eso? escucha , Saucissard, escucha , nuestro amigo Renonculo todo lo sabe... yo lo creo adivino. Y tú?

El doctor no contestò , sino por un signo de cabeza , hallándose sumamente ocupado en quemar su rom , que el muchacho no habia querido traer en una copa , so pretesto que el cristal no podria soportar la accion del fuego , y el cual lo habia servido en un posillo de pedernal , lo que hacia que el doctor esclamara á cada instante:

—Vaya que son brutos en este café? las copas no saltan aunque se queme en ella el

rom, cuando se toman bien las medidas... ah! diantre! este es un talento exclusivamente mio y el cual me servirá para dar lecciones en mis ultimos dias, Por otra parte, si la copa hubiera saltado, la hubiera pagado, supuesto que en la cárcel no he hecho otra cosa mas que quemar rom en copa de cristal.

—En la cárcel! dijo Monvillars con sorpresa, habeis estado en prision?

—Vaya! ayer fué cuando salimos de ella, Voy á contaros todo eso. Saucissard, dame un poco de tu rom, porque este vino no vale absolutamente nada...

Sin aguardar respuesta de su amigo, Almenor cojió el posillo y se la bebió de un trago.

—Sí, mi querido Mr. Renoncule, continuó; olvidando los buenos consejos que me habiais dado, cometí la barbaridad de traerme la muchacha á Paris. Qué quereis! el deseo de divertirse y hacer boda completa, y despues como Saucissard tenia en esta capital una amiga fiel, y me dijo: «Su casa será un asilo seguro y sagrado para ella, allá la llevaremos y verás que bien está.» Loca seguridad! picara Gisela, que tuvo la barbaridad de dejar escapar nuestro pájaro.

—Ya sabia yo eso tambien.

—Vos lo sabiais ya? escucha, Saucissard, tambien lo sabia eso.

Diciendo así, Almenor cojió su vino duro y se lo bebió diciendo:

—Nuestra robada jöven estaba muy mala; de consiguiente antes de hablarla de amor, era preciso dejarla que se curase... Mientras que aquella vieja marrullera guardaba nuestro tesoro, Saucissard y yo, que deseamos redactar un *nuevo arte de cocina*, visitábamos cada dia las mejores hosterías y los mas afamados hodgeones de Paris. Ya veis que nuestro objeto es bien filantrópico, pues se trata nada menos que del bien de la humanidad.

—Asi es, dijo Saucissard agotando el único rom que le quedaba antes de que se lo viera su amigo, mi libro será indispensable en toda casa donde quieran saber lo que es comer con regalo. El título que pienso darle á mi obra, es el siguiente: *Nuevo arte de cocina, particular y jeneral, libro indispensable para las personas que no tengan dientes*. Pienso hacer una tirada de cien mil ejemplares, y apuesto cualquier cosa á que los he de vender todos. Oh! esta obra ha de ser mi fortuna.

—Y cuando la acabas, perezoso?

Monvillars, à quien esta digresion impacientaba, esclauó:

—En fin, donde estábais, qué haciais y en qué diablos pensabais cuando os robaron à vuestra bella?

—Helo aquí, amigo mio, comiamos en una taberna inglesa, cuya cocina estaba montada perfectamente al uso de la Gran Bretaña. Por supuesto, nada de servilletas! habeis visto una costumbre mas desaseada?

—Si, replicò Saucissard, y despues de haber bebido con exceso, este diablo de Almenor que siempre será un tronera, se empeñó en meter los codos en el plato de un inglés que comia á nuestro lado.

—Pardiez! queridos mios, es preciso divertirse... la vida es tan corta!

—Mas el inglés, no entendió de bromas; los puñetazos llovieron y tuvimos que batiarnos.

—Silencio, yo solo fui el que me batí; pues lo que hicistes tú, fue meterte debajo de la mesa.

—Toma! para cojer la llave de mi caja que se me habia caído.

—En una palabra, herí al inglés y lo dejé sin narices; nos prendieron à Saucissard y à mi y nos llevaron à la cárcel, condenándonos à quince dias de prision y trescientos francos de multa... qué justicia! qué justicia! La

nariz de un inglés no vale por cierto ni cuatro cuartos.

—Hola! muchacho, exclamó Saucissard, tráeme una ensalada de cerezas, y el *Tintamarra*. He aquí un periódico que me divierte, pues no contiene mas que epigramas, charadas, artículos ridiculos y locuras de todas clases. Este sí, que es un periódico que entretiene, supuesto que hace reir y el que se rie no se duerme. Escucha, Almenor, si tu quieres redactarèmos un periódico; mis ideas son inagotables, y si Mr. Renonculo quiere ayudarnos, tendrá el derecho de firmar como editor responsable: Dicho periódico, aparecerá tres veces al año y se publicarán nuestras calaveradas, por folletin, ofreciendo además, mil garantías y rifas pecuniarias à los señores suscritores que se abonen por veinte años à la vez, haciéndole una rebaja de un veinte por ciento en todas las obras que publiquémos en nuestra biblioteca.

—Déjanos tranquilo, Saucissard, con tu periódico y tu biblioteca; no ves que este caballero no te escucha?

—Muchacho, tráeme entonces mis cerezas, que esta gente no entiende de gusto.

—Pues como iba diciendo, mi querido amigo, ayer salimos de la prision con el ves-

tido algo fantástico é ilusorio, como veis; en seguida, nos dirigimos á casa de Gisela; y qué nos cuenta? que nuestra bella habia tomado el tole; è item mas, la vieja pretendia que la habiamos pervertido y que le debiamos ochenta francos que habia gastado en lamedores, magnecias, zarzaparrilla y cerato simple que habia prodigado á la enferma... Digo! qué os parece? pagar la manutencion de un pájaro que se nos habia escapado! Lo que hicimos fué mandar á paseo á la Pettitfour; y Saucissard la aplicó una patada en la rabadilla porque habia tenido la desvergüenza de ofrecernos una poca de agua para refrescar. Por último, hoy pensamos volvernos á Corbeil y meterme otra vez en cloquera al lado de nuestra querida mamá, hasta que se olvide esta calaverada.

Mientras que Almenor contaba su historia, Monvillars reflexionaba que teniendo que ir él á Corbeil á despachar cuanto antes sus asuntos, el encuentro de los dos inseparables amigos, seria un inconveniente para la ejecucion de sus planes infernales; así es, que apenas Almenor concluyera de hablar, se volvió á él y le dijo:

— Vos me habeis contado todo lo que os ha acontecido; ahora voy yo, á mi vez, á contaros tambien lo que ha pasado mientras que voso-

vos habéis estado en prision. En primer lugar, el posadero de Corbeil, al cual alquilasteis el caballo y el cabriolé, ha dado parte à la policia de vosotros.

—Voto á bríos!... Pero de eso no temo nada, supuesto que Saucissard solo fué el que lo alquiló.

—Pero es que lo hizo en vuestro nombre.

—Cómo, querido amigo, has hecho esa barbaridad?

—Toma! á no ser así, me hubieran confiado el ómnibus?.. Segun eso, parece que los que lo encontraron en el canal, no se lo han vuelto á su propietario? Vaya, que gentes hay tan canallas!

—En fin, señores, debo advertiros, que si por desgracia vais à Corbeil, ireis al momento á la cárcel.

—No, pardiez! no iré! exclamó Almenor dando un puñetazo sobre la mesa. Mi madre tendrá el desconsuelo de no verme en mucho tiempo; pero mi seguridad personal así lo requiere. Me quedaré en Paris, yo buscaré mientras tanto donde menear las quijadas.

— Siento mucho, querido Mr. Almenor, el contrariar vuestros proyectos; pero si os quedais en Paris, otros peligros mas eminentes os amenazan.

—Voto á Cribas!.. es decir , que estamos atacados por todas partes.

—La señorita Emelina está hoy día con su padre , el banquero Riberprè; su matrimonio con Mr. Isidoro Mareclay, está ya convenido. El padre sabe que habeis robado à su hija; y el amante sabe que habeis querido seducir á su amada. El banquero é Isidoro han jurado el vengarse de vos terriblemente; el amante no quiere nada menos que mataros... el padre mandaros á galeras, y por todas partes os buscan con decision y empeño... De modo, que sino hubierais estado en prision, ya os hubieran descubierto.

Saucissard se levantò repentinamente , cogió su sombrero y alejóse diciendo:

—Me voy de Paris ahora mismo; anda, Almenor , tomaremos el camino de hierro, sino el de Corbeil , otro cualquiera; pues no tengo gana que tu loca pasion me vaya á proporcionar algun bocado difícil de tragar.

El bello Almenor se levantò tambien diciendo:

A fé mia que creo tienes razon. Volvamos otra vez á emprender el curso de nuestros viajes. Volvamos á Reims , que allí conozco á muchos vendedores de vino. Giraré, como antes, letras de cambio , pagadas á la vista con-

tra la mamá Michelette... y mas tarde, cuando la tempestad se haya apasiguado, volveremos otra vez á nuestros lares. Recibid, caro amigo, nuestros adioses, y aunque siento mucho separarme de vuestra amable compañía, no puedo estar mas tiempo en este café.

—Partámos, partámos! gritó Saucissard que estaba ya abriendo la mampara de la calle.

—Sí, sí, dijo Monvillars, marchaos cuanto antes de Paris y no volvais à Corbeil en mucho tiempo.

Los dos inseparables abandonaron el café, sin ocuparse de pagar el gasto que habian hecho: este asunto lo miraron necesariamente esclusivo del amigo Renonculo.

Monvillars, muy satisfecho de verse desembarazado de Almenor y Saucissard, deja pasar algun tiempo, paga el consumo de los dos troneras y se dispone para partir. Empero antes que se hubiera levantado, un individuo que estaba sentado en un rincon de la sala abandonò repentinamente su puesto, y vino á sentarse frente por frente de Monvillars, al cual dijo á media voz:

—Una palabra, Constandio, ya que he tenido el placer de encontrarte, espero que no te negarás como el dia en que te ví con tu padre y tu hermano en la hosteria económica.

Monvillars palideció. Acababa de reconocer al gran Riffard; pero pronto tomó su partido y estrechando y sacudiendo con fuerza la mano que su amigo le presentara, le dijo:

—Cómo! eres tú!.. pardiez! como van pareciendo todos, unos tras otros... pero francamente, prefiero tu encuentro al de...

—Sí, al de esos judas que estaban contigo ahora poco. Yo no sé, que clase de personajes serán, pero no les envidio su catadura. Es orijinal que Constancio, ó Monvillars... porque me es igual darte el nombre que quieras.

—Monvillars, si te agrada.

—Es orijinal, decia yo, que un elegante de primera clase se halle relacionado con esos prójimos tan desplumados. Bien se, que si me vieran contigo, dirian de mi lo mismo, porque tal vez esté mas facha que los que acaban de partir: pero á lo menos no cometeria la imprudencia de pararte en la calle.

—Y cómo vamos de negocios?

—Algo mal. He reñido con Lodoïska, pues pretendia que hacia pocos corretajes. He querido acomodarme en otra parte; pero es tan difícil! hay tanta miseria, tantos aspirantes, y después se necesita tantos requisitos y empeños! Podras tú prestarme medio franco?

te lo agradecerè ; pues estoy en el mismo estado que tû estaba cuando te encontrè al principio del invierno ; es decir , que hace veinte y cuatro horas que no me desayuno.

Monvillars metiòse la mano en el bolsillo de su chaleco y sacando una pieza de veinte francos , se la entregò á su amigo. Este al ver tanta generosidad , no pudo menos de conmoverse y estrechando y besando la mano de Monvillars , le dijo:

—Gracias , amigo mio , gracias , pues veo que no te has olvidado de tu amigo de colejio.

Monvillars no decia nada: solo sí , meditaba al considerar al hombre que antes si hubiera.

—En qué diables estàs pensando , y por què me contemplas tanto? esclamiò entonces el gran Riffard.

—Estoy pensando que si tu quieres puedes ganarte treinta veces la cantidad que acabo de darte...

—Treinta veces veinte francos!.. es un fortunon! eso importa seiscientos francos.

—Sí , seiscientos francos.

—Y tû me los puedes hacer ganar? oh! dime pronto lo que debo hacer... Ira de Dios, como repararè mis momentos de abstinencia. Vámos , habla.

—En primer lugar , tener corazon y fortaleza ; en segundo lugar , resolucion y no retroceder ante miserables consideraciones.

—No retrocederé , tendré valor , pues se trata nada menos que de ganar seiscientos francos. Sobre todo , cuando hace ocho dias que no come uno sino de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas. Vámos , esplicate.

—No puedo decirtelo aqui , pero espérame pasado mañana... comprendes? pasado mañana en Corbeil.

—En Corbeil?

—Sí , á eso de las dos de la tarde. Espérame à la salida de los caminos de hierro. Allí iré á buscarte y te explicaré de lo que se trata.

—Corriente , pasado mañana en Corbeil , á las dos de la tarde... No faltare.

—Entonces , á Dios. Déjame salir solo del café.

—Eso por consiguiente. Hasta pasado mañana.

—Sí , en Corbeil.

6.

El baile de Mr. Fortincourt.

Todo estaba revuelto y desamueblado en el departamento que ocupara Mr. Fortincourt, en la calle Bergère, por el baile que iba á dar en honor de lady Willmore; el piso del solteron, era pequeño como lo son en general los departamentos ocupados por hombres solos. Componiase solamente de cinco piezas, muy lindas, muy bien adornadas, pero muy chicas. No tenia Fortincourt nada de miserable en verdad y cuando daba una reunion, lo

cual era muy rara la vez, lo hacia de un modo muy brillante. Pero ahora deseaba sobrepujar, y como la pasion que sintiera por Valeria lo tenia medio loco, es fácil inferir cuanto serian sus gastos y sus cuidados para los preparativos del baile. Para embellecer mas su departamento, habia determinado echar abajo los tabiques, à fin de hacer un salon espacioso y capaz.

A pesar de las humildes representaciones de su ayuda de càmara Bautista, habian sido mandado llamar los albañiles; pero en el momento en que ellos se preparaban à echar por tierra los tabiques, el propietario, advertido quizà por el mismo Bautista, habia corrido acompañado del portero y el administrador y se habia opuesto formalmente à la proyectada demolicion, so pretesto que aquello desconcertaria la solidez de su casa, y que si à cada uno de los inquilinos le diera por hacer la misma locura, los habitantes del último piso, no tardarian nada en bajar por escotillon tras todos los demás, echándole por tierra su finca.

En vano Fortincourt se habia comprometido à mandar reconstruir los tabiques al dia siguiente de su baile; porque el incesorable propietario se habia negado à todo, prohibien-

dole terminantemente la ejecución de sus intentos. Entonces Bautista , para consolar à su amo , en algun tanto , le dijo:

—Me parece , señor , haberos oido decir, volviendo del baile: «Oh! aquello es una hermosura , es un placer , se baila por todas partes.» Pues bien , entonces por qué no ha de suceder aquí lo mismo? Por qué no han de bailar en todos los aposentos de la casa?

—No te engañas , Bautista , me he hallado en reuniones , en las que se ha bailado por todas partes; eso acontece frecuentemente, por lo jeneral siempre se convidan mas personas que caben en la casa ; de consiguiente , llega el momento en que se vé uno obligado á tener que pasar á otros aposentos para no ahogarse de calor ; entonces es cuando se invaden las otras piezas , y se baila lo mismo en las alcobas y en el comedor , que en los salones preparados. De las cinco piezas que componen mi casa , hay tres que apenas caben cuatro personas ; ya ves que será imposible ni aun el formar en ellas una pareja de contradanza. En fin , no importa , harémos lo que se pueda: lo principal es , que todo resplandezca de luces , de espejos y de flores: y los aparadores estén llenos de dulces y refrescos escojidos , y que la orquesta sea tan deliciosa que encante

los oídos y magnetice el corazón; y sobre todo, que la divina lady Willmore me de á entender con una sonrisa , con una mirada , ó con una palabra , que está contenta de mí y de mis proyectos por complacerla y agradarla. Oh! entonces , Bautista , entonces si ella... De qué estaba yo hablando? En fin , no le hace , tu me has comprendido y eso basta ; sobre todo, quiero que mis órdenes sean ejecutadas puntualmente.

Los deseos de Fortincourt habian sido satisfechos: á las diez de la noche sus aposentos resplandecian como bosquecillos de flores y de luces , perfumados y alfombrados con esquisito gusto y precision extrema. Un tapiz verde y grana , cubria las escaleras , habiendo una lucerna encendida en cada tramo. La puerta de la calle, abierta de par en par, con el zaguán perfectamente adornado é iluminado , de tal modo , que era imposible pasar por la calle sin comprender al momento que en aquella casa daban un baile.

—El héroe de la reunion , se paseaba por todas las piezas de su casa con aire radiante y regocijado : sin embargo , cuando consideraba lo pequeño de los aposentos , no podia reprimir una terrible mueca y murmuraba con dolor:

—Vea usted, si me hubieran dejado quitar los tabiques, qué hermoso estaría esto... qué diferencia tan grande! Como entonces se bailaría la polka y se walsaría con una capacidad inconcebible; pero estos demonios de propietarios, son ridículos y egoístas en demasia, no entienden de dar gusto á sus inquilinos; pero sí de cobrarles los meses anticipados. Dichosamente mi bella lady está de luto y no bailará; que sinó, juro á fé de Fortincourt, que todos los tabiques irían abajo, á pesar de todos los propietarios, presentes y futuros; yo hubiera hecho de mi casa la plaza de la Revolución, ó cuando menos, la plaza de armas de Versailles... Sí, hubiera hecho la de Versailles, pues es mucho mayor que la otra. Pero dé usted gracias, señor propietario, á que la adorada de mi corazón está vestida de luto; que sinó, cáspita!

A las once de la noche, la reunion era numerosísima: todos cumplimentaban á Fortincourt por el buen gusto que habia tenido en la eleccion de los adornos y de la brillantez de los candelabros.

No tardó nada en llegar el momento en que apenas se pudiera circular por los salones. Fortincourt, temiendo que le faltáran algunos de los que habian convidado, invitó doble

mas gente de la que podia caber en su casa; y como que todos asistieron con puntualidad, resultò que pronto no se podia andar, ni se encontraba sitio donde sentarse, y los danzantes ahogándose de calor pedian à grandes gritos viento fresco.

La llegada de lady Willmore, puso radiante de gozo à Fortincourt. Valeria se quedó encantada, al ver tanta gente reunida en unas habitaciones tan pequeñas. El amo de la casa, conduce à la linda viuda à su sitio, eminentemente decorado, y dá entonces la señal à su orquesta, que toca la marcha imperial de la Gran Bretaña. Esta era una sorpresa que habia preparado à Valeria: todos se miran y se preguntan, si por casualidad aquella dama que acababa de entrar, formaba parte de la corte de Inglaterra, y la misma Valeria, sorprendida hasta el extremo, miró à Fortincourt, que estaba contento de su idea, y le dijo:

—Por qué la orquesta, acaba de tocar esa marcha inglesa?

—Por vos, bella dama, por saludar vuestra llegada.

—Permitidme, caballero, que os diga, que ni soy reina, ni princesa; y sobre todo, bien sabéis que ni soy inglesa tampoco.

—Vos sois aqui la reina, porque reinais

sobre todos los corazones ; además , sois lady , de consiguiente , puede uno trataros como inglesa .

—Os aseguro , mi querido Fortincourt , que hubiera preferido oír cualquier alegro de la Lucrecia , ó cualquiera otra canción popular...

—Quereis que os toquen el brindis de la Lucrecia?.. ahora mismo voy á mandar que lo toquen .

—Oh! gracias , basta , basta ya de obsequios filarmónicos ; y sobre todo , os suplico que no os ocupeis tanto de mí sola : ya veis que las demás señoras estarán celosas y me acarrearéis muchas enemigas .

Valeria habia dicho esto con tono lisonjero y burlon ; pero Fortincourt , tomando sus palabras al pié de la letra , contestó inclinándose sobre la silla de la linda viuda :

—Poco me importa lo que digan las otras damas ; yo las daría todas por vuestro dedo margarito .

—Dios mio! qué ocurrencias teneis!

—No es verdad?.. apenas se puede dar un paso , y cuidado que todavía aguardo mas de cien personas .

—Y donde las vais á colocar?

—Nadie me faltará mas que la familia de

Riberpré. Sabeis vos que el banquero está malo?..

—Sí, lo sé; pero ya está mejor.

—Mejor... y no puede menearse?

—Pobre banquero! lo siento mucho. Su hija Elvina es tan hermosa!.. Y madama Riberpré es bastante guapa también.

—Es verdad, eso mismo decía yo hace algún tiempo; pero ahora no veo más que una dama que sea bella, una sola que sea encantadora, una sola que me haya verdaderamente cautivado el corazón.

—Habeis convidado también á Mr. Isidoro Marcelay?

—Oh! vaya si vendrá! y me ha pedido permiso para traer uno de sus amigos... el cual se lo he otorgado al momento, supuesto que ese joven no puede tener sino amigos muy escogidos... Pero ah! ya veo allí á ese querido Santa-Lucia... bien decía yo: como había de olvidar su promesa?

Monvillars, á duras penas, pudo llegar hasta Veleria; á la cual saludó cortesmente, contestando á Fortincourt con amabilidad:

—Sabeis, amigo, que no es tan fácil el llegar hasta aquí?.. Hay una concurrencia numerosísima.

—Es verdad, querido; pero como conoz-

co tantas personas y... Pero Dios mio! què es lo que hay allí abajo?

—Es, contestò un jóven, una señorita que se llevan, porque el calor acaba de desvanecerla.

—De veras?... cómo! hasta ese extremo...

—Mi querido Fortincourt, vuestro baile nos amenaza una prócsima epidemia.

—Què jente tan insolente, Dios mio! ya murmúran de mi baile, porque una dama se haya puesto mala... y eso qué prueba? Nada: tal vez tenga demasiado apretado el corsè... como es la moda adelgazar los talles!.. No obstante, es preciso que yo haya à socorrer à esa dama, à ofrecerle esencias para que vuelva en sí.

Fortincourt alejóse. Monvillars quedóse al lado de Valeria, y como no temiera las celosas miradas de Camila, no hacia mas que contemplar à esta muger á la que queria fascinar con los ojos.

Lady Willmore, contrariada por la obstinacion de Monvillars, en estar á su lado, empezó à mirarlo con desprecio é indiferencia. De tal modo chocó esta determinacion à Monvillars, que aprocsimándose un poco mas à Valeria, le dijo al oido:

—Apuesto cualquier cosa á que desearias

que me echasen de aquí inmediatamente.

—Es verdad, contestó Valeria; pues si eso dependiera de mi voluntad, no estaríais aquí mucho tiempo.

—Y qué, no teméis, madama, que tantos ultrajes, me hagan apresurar cuanto antes el momento de mi venganza?

—Y vos, caballero, no teméis el que vuestra obstinacion me obligue à arrancaros la máscara y á decir á todo el mundo de qué industria vivís vos?

Monvillars sintió una contraccion nerviosa y experimentó un sentimiento terrible de arrojarse sobre aquella muger que tan resueltamente desafiaba su furor. Sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se separó de Valeria y se perdió en la multitud. En este momento Isidoro Marcelay entraba en los salones, acompañado de un caballero notable por su bella figura y por su noble elegancia.

Crepes, porque no era otro mas que él el que acompañaba à Isidoro, no tenia nada en su persona que pudiera recordar al Amante de la luna. En el tiempo en que dormia en la barraca de Roberdia, y en el que apenas comia lo indispensable, su rostro y persona manifestaban la pobreza y en todo él se reflejara la miseria y el sufrimiento.

Pero desde que su fortuna ha cambiado, sobre todo, desde que la vista de una muger à quien habia adorado siempre, le habia hecho conocer lo humillante de su situacion. Creps habia variado completamente, volviendo á aparecer su belleza de otros tiempos. Añadid á esto, el cambio de vestidos, y vereis si seria fácil conocer al Amante de la luna, en este caballero guapo y elegante que acompañaba à Isidoro Marcelay al baile de Mr. Fortincourt.



7.

El deudor.

DESDE la enfermedad súbita y repentina acaecida à Mr. Riberpré, Isidoro no habia visto à Emelina sino muy rara la vez; y en las que la viera, la habia hablado muy poco, escijendolo así la etiqueta y el buen tono. El jóven doncel sufría con resignacion este contratiempo; pero despues que el banquero se habia mejorado, despues que el facultativo habia declarado que estaba fuera de peligro, el tierno amante de Emelina, habia tomado valor, li-

sonjeandose que su casamiento no tardaria ya mucho.

No obstante, interin no poseyera al objeto de su amor, Isidoro no tenia gusto para nada, y si habia aceptado la invitacion de Fortincourt, era porque Creps, al cual le habia hablado de este baile, le habia rogado lo presentara en él.

—Donde está el amo de la casa? donde se oculta el amable Fortincourt? dijo Isidoro atravesando con su compañero una cuadrilla de rigodon mientras hacian la pastorela.

—En medio de tanta confusion, no será fácil el encontrarlo; dijo Creps siguiendo à duras penas à su compañero.

En este momento, los ojos de Isidoro se encontraron con los de lady Willimore. La linda viuda saludò al jòven doncel con amabilidad, dicièndole con una voz sumamente agradable.

—Buscáis, caballero, á Mr. Fortincourt, ahora poco estaba á mi lado... iba à contarme una interesante noticia, cuando una dama se desmayó... pero no puede tardar mucho.

Encerraban estas palabras una invitacion tan clara y un deseo tan conocido para que se quedáran á su lado, que el mismo Isidoro, à pesar de su escesiva indiferencia, cono-

ció que habia hecho la conquista de la rica lady Willimore.

— Quien es esa dama? preguntó Creps à su compañero.

— Es la viuda de un lord inglés muy rico. La he visto algunas veces en casa de Mr. Riberprè, donde ha sido presentada no hace mucho tiempo.

— Ella no es inglesa por cierto.

— No, es francesa, muy amable y... no sé más. Ah! sí, también sé que el caballero, en cuya casa estamos, está perdidamente enamorado de ella; pues este baile es en su obsequio.

Valeria mirara á Isidoro, como una mujer mira á un hombre que desea le diga alguna cosa. Mas el jóven doncel le dirije algunas frases insignificantes, que se cambian en los bailes; pero Valeria, en vez de contestarle en el mismo lenguaje, le dijo con una lijera conmocion de voz:

— Me parece, caballero, haberos visto no hace mucho tiempo en una reunion de Mr. Riberprè: pues parece que fué el mismo dia en que fuí presentada... tal vez sea indiscreta en deciros eso; pero la espresion melancòlica de vuestras facciones, me habia interesado mucho.

—Ah! sois mil veces amabilísima, madama, en haber notado la tristeza que, en efecto, yo no podía disimular entonces. Si, me acuerdo de esa noche; debía parecer muy ridículo... porque en un sitio de placer y de alegría, me aparecía yo como una sombra contradictoria.

—Ridículo! oh! no, os aseguro que no fué ese el efecto que causasteis en mi corazón... Es tal vez ridículo y reprehensible el tener penas?

—No, madama, pero no está bien el mostrarla en una reunión de placer... un motivo poderoso; me conducía esa noche en casa del banquero, iba á asegurarme por mí mismo; sí...

Conociendo Isidoro que siguiendo su costumbre va á contar hasta sus mas íntimos pensamientos, se detubo en seguida y añadió:

—Ah! ahora me acuerdo que tengo que hablar á Mr. de Santa-Lucia.

—Mr. de Santa-Lucia! murmuró Valeria dirijiendo á Isidoro una mirada singular: es de veras que ese caballero sea vuestro amigo? Oh! no, eso es imposible...

—Y por qué, señora?

—Por qué, caballero? porque unas relaciones entre vos y ese hombre, me parecen muy extraordinarias; porque no puede ser eso, pues

os lo impide el honor... Oh! pero tengo mil cosas que deciros sobre este punto , y el sitio no me parece oportuno para ello...

—Perdon , reina mia , perdon , por haberos abandonado algunos momentos ; exclamó Fortincourt , volviendo al lado de Valeria ; pero no es culpa mia , y por lo tanto espero que esteis persuadida de mi pasion ; pero perdiez ! que no se lo que le suceden à las damas esta noche en mi baile . En el gabinetito de descanso , hay una docena de ellas tendidas como atunes . He mandado en busca del doctor ; pero , quia ! quien diablo ha de penetrar hasta abajo ? si la escalera está invadida , y hasta en las mesetillas y en los tramos bailan la polka que es un primor... Ah ! he aqui á Mr. Isidoro Marcelay . Caballero , os doy la enhorabuena , lady Willmore me habia preguntado si seriais uno de los nuestros... ahora , hermosa mia , espero que esteis contenta .

Valeria sonrojose extraordinariamente . Isidoro , dirijiéndose á Fortincourt y mostrándole á Creps , le dijo :

—Tengo el honor de presentaros à Mr. de Creps .

—Celebro mucho que este caballero me haga tanto honor , con asistir à mi baile .

Creps contentose con saludar inclinando

la cabeza: Fortincourt entonces, se volvió hacia Valeria y le dijo:

—Qué diablo de nombre, me ha dicho Mr. Marcelay?.. Mr. Kréche... De Krèutz!.. ese debe ser extranjero; pero muy elegante; bien se conoce que es un noble personaje.

Valeria no contestò; contrariada hasta el extremo, de que la hubieran interrumpido en su conversacion con Isidoro; llegando su despecho à mas, al ver que Fortincourt se iba poniendo ya insoportable.

—Ahora, dijo Creps en voz baja à Isidoro, enseñadme à ese Mr. de Santa-Lucia, que deseo ver à vuestro amigo.

—Estarà sin duda en otra pieza; vamos à ver si lo descubrimos en medio de la multitud.

Isidoro se internò entre el tropel: Creps iba à seguirlo, cuando un nombre pronunciado cerca de él, lo hizo pararse repentinamente, para prestar atencion à la conversacion que tenian dos caballeros, sentados en un extremo de la sala y que observaban muy detenidamente à la bella lady Willmore.

—Es verdad, decia uno de ellos, no hay duda que esa jóven lady, me parece tambien que no es otra que la muger del mayor Giroval. Bien entendido que yo no la he visto mas

que una sola vez, en casa de un amigo del mayor, y ved aquí por qué no me atrevo à asegurarlo.

—Pues yo... sí, yo la he visto bastantes veces y la reconozco perfectamente. Oh! no hay duda que es ella; pero según veo, está viuda del otro marido... Peste! y como los entierra à todos!

—El pobre Giroval tuvo una muerte bien desgraciada.

—Sí, murió en un duelo que tuvo con el amante de su muger; convendreis, querido, en que la conducta de esa dama es mas que ligera.

—Después, parece que un inglés se enamoró de ella.

—Pero y el raptor primitivo?

—Probablemente la dejaria plantada; eso es lo que se hace comunmente con las mugeres que se dejan robar.

—A fé mia, que ha hecho bien en casarse con un lord.

—Y mucho mejor en quedar viuda.

—Parece que no estais por los ingleses.

—Oh! Dios mio! he dicho esto como otra cosa cualquiera.

El Amante de la luna, contempló tambien a aquella muger que decian era la viuda del

mayor Giroval; porque el nombre de este hombre estaba grabado en su memoria, desde que el posadero de Corbeil le habia contado el duelo de los dos viajeros que se habian hospedado en casa de su cuñado.

—Ya habia pasado el tiempo y la hora de la bulla y confusion; y como acontece en todos los bailes, ya se podian circular, bailar con descanso y dirigirse de una á otra pieza. Valeria, descanando volver á encontrar á Isidoro Marcelay, se dirigió á otro salon donde principiaba el juego. Los hombres, y sobre todo los jóvenes, abandonaron al momento la danza, para ir á entregarse á los caprichosos reveses de la fortuna. Isidoro acababa de sentarse delante de una mesa cubierta con un tapiz verde: al momento la joven lady Willmore, corrió tambien á ella y sentóse á su lado.

Monvillars que, sin aparentarlo, no habia hecho otra cosa mas que buscar á Valeria llenóse de ira y encono al verla sentada junto á aquel á quien daba su preferencia. Aproximase tambien á la mesa del juego y saludó á Isidoro con la franqueza de un conocido muy antiguo y querido; pero los consejos de Creps y las indirectas de lady Willmore, habian dado mucho que pensar á Isidoro, el que

no contestò à Monvillars , sino por un saludo bastante frio.

Picado de esta acogida y sintiendo ya contra Isidoro todo el odio que se puede tener por un rival, Monvillars estaba burlon , insultante , cada vez que Valeria dirijia algunas palabras á Isidoro , apresuràbase al momento á mezclarse en la conversacion y à soltar unas carcajadas terribles ; pero esta risa era violenta , forzada y sus miradas espresaban el despecho cruel que despedazaba su corazon.

El Amante de la luna reparó en Isidoro sentado á la mesa del juego , y dirijióse hàcia él: entonces el jóven le hizo una seña para que se acercara mas , y murmuró á su oido:

—No queriais conocer à Mr. de Santa-Lucía? vedlo ahí, ese que està en frente de lady Willmore.

Apenas Creps dirijiera sus ojos hàcia Monvillars, cuando un terrible estremecimiento operóse en todo su ser, y la espresion del horror pintóse en sus facciones. Un solo instante le bastó para conocer en aquel elegante pe-timetre, al vil asesino del mayor Giroval. La figura de este hombre se habia grabado tan indeleblemente en su memoria, que era imposible el que lo desconociese aunque se hallara tan cambiado.

—Qué teneis, amigo mio? palideceis! dijo Isidoro que habia reparado en la súbita emocion que acababa de experimentar el Amante de la luna.

—No tengo nada... os aseguro que no tengo nada; contestó Creps esforzándose por disimular la turbacion que habia experimentado al reparar en Mr. de Monvillars.

Isidoro no insistió mas y continuò su juego.

Creps no apartaba sus miradas del asesino del mayor; y sabiendo que lady Willmore no era otra que la viuda de este desgraciado, quiso positivamente asegurarse que clases de relaciones existian entre Valeria y el miserable Monvillars.

Empero bien fácil era de reconocer la adversion que la jóven lady sintiera por aquel hombre, que se entrometia con tanta libertad en sus conversaciones, y que con tanto desgarro se burlaba de ella. La fisionomia de la jóven viuda, harto indicara las terribles impresiones que no podia ocultar y las cuales eran mayores à medidas que el tono de Monvillars era mas insultante é irónico.

No tardó nada el amante de Camila en encontrar sus miradas con las de aquel elegante caballero, que lo contemplaba sin cesar y con una atencion tan terrible, impropia y extra-

ña , en toda persona bien nacida y educada. Examina á Creps detenidamente y no acordándose haberlo visto jamás , estrañò aun mas su impertinente conducta y su observacion tan asidua.

—Otra vez he perdido, exclamò Isidoro; ya veo que no soy afortunado en el juego.

—Pero lo seréis con las bellas , amigo mio, dijo Monvillars , mirando á Valeria con ironía: no se puede gozar de dos dichas à la vez; no es verdad , milady?

Valeria aparentó no haber oido nada y volvió la cabeza hàcia otra parte , con desden y enfado.

Fortincourt que hacia mucho tiempo buscaba por todas partes, con desicion y empeño, à la reina de su baile , llegó entonces hasta ella seguido de un criado , con una bandeja con helados y ramilletes.

—Dios mio! querida lady , os he andado buscando por todas partes , hasta por la cocina... pero diantre! tambien amais el juego, bella ninfá?... No conocéis , hermosa mia , que las danzas no se reaniman si vos no estais allí?

Poco puedo yo reanimarlas , cuan bien sabéis que no bailo ; contestó Valeria.

—Y eso que le hace?... cuando el sol aparece todo lo vivifica.

—Y què , esta dama es el sol? jà! já! já!
esclamò Monvillars riendo , la comparacion
es ingeniosa!

—Ah! estábais ahí , querido Santa-Lucia?..
Y qué es eso , no jugais?

—No , hago lo mismo que vuestra comun
reina ; me contento solo con mirar...

—Ah! vos contemplais... De qué estaba
yo hablando?.. Bella dama , no quereis tomar
una pera helada?

—Gracias.

—Un melocoton con su divisa?.. porque
todos tienen sus divisas en versos.

—Pardiez! ya estoy curioso de oir vues-
tras composiciones poéticas ; exclamó Monvi-
llars metiendo la mano en la bandeja.

—Pero no... no , estas improvisaciones no
son mas que para las damas ; exclamò Fortin-
court haciendo señas à su amigo para que no
cojiera ninguna.

Pero Monvillars no hizo caso de las señas
de su amigo , y cojiendo una de las elegantes
vitelas , empezó á leer los siguientes versos:

Quando veo unos buenos ojos
que me incitan al amor,
sean inglesas , sean francesas
se me arde el corazon.

—Oh! bravo! deliciosa cuarteta! exclamó Monvillars despues de haberla leído; mientras que la mayor parte de las personas que rodeaban á los jugadores, se echaron á reir al oír la tal poesia.

Fortincourt bajó los ojos como tímido amante y miró á Valeria al soslayo. Lady Willmore no participó de la risa escitada por la lectura de la ardiente poesia, y aparentó no haber oído los versos, compuestos espresamente para ella.

—Yo no sé de quien serán estos versos, añadió Monvillars; pero declaro que me parecen sublimes... serán de Daurat, ó de Mariveaux.

Sean inglesas, sean francesas
se me arde el corazon.

—Estos dos últimos, sobre todo, dicen tanto! Y luego este *se me arde el corazon*, ofrece una imágen tan risueña, tan graciosa!

Fortincourt, abrumado con tantas congojas, no sabia como ocultarse, metiéndose casi debajo de la silla de Valeria.

—Dios mio! exclamó el panzudo caballero; estas son cosas que se presentan repentinamente á la imaginacion, al mirar las per-

sonas que las inspiran y no pueden, ni escoger, ni...

—Ah! os habeis hecho traicion, querido, y acabais de revelarnos que esa inspiracion poética ha sido vuestra.

—Yo... no he dicho eso; solamente que... es decir... Qué estaba yo diciendo? no me acuerdo.

—Tened, madama, pues es justo que poseais una improvisacion hecha espresamente para vos.

Al decir estas palabras, Monvillars presentó la divisa à Valeria; pero esta rechazòla tan bruscamente, que la vitela cayò sobre el tapiz.

Monvillars se mordió los lábios de cólera; pero afectando todavia su calma, mostrò á Fortincourt la divisa caída, diciéndole:

—Mirad, querido, mirad como tratan vuestros versos... Me parece que esto no incendiará mucho vuestro corazon.

Fortincourt, temiendo haber ofendido á la linda viuda, cojiò la divisa, murmurando:

—Dios mio! yo no he tenido jamás la intencion de incomodaros... credme, bella lady.

Valeria se volvió hácia Fortincourt, diciéndole con amable sonrisa:

—No creais, caballero, que me haya inco-

modado con vuestra galantería ; pero ofrecedme la divisa por vuestra misma mano y vereis como la acepto de muy buena voluntad.

Fortincourt estaba radiante: hubiera querido de buena gana postrarse á los pies de Valeria ; pero contentóse con presentarle la divisa. Monvillars , desesperado por este nuevo insulto , iba sin duda á soltar alguna nueva indirecta ; pero encontróse otra vez con la mirada penetrante de Creps , siempre fija en él. Fatigado de esta perseverancia , dirigióse á Fortincourt , diciéndole bastante alto , para que todos lo oyeran:

—Quien es ese caballero que está en frente de mí? No hace mas que mirarme desde que entré ; y cuenta que ya me va cargando.

Fortincourt respondió muy quedito:

—Es un gran personaje que me ha presentado Mr. Isidoro Marcelay... Se llama Mr. Kreché... ó Mr. Krehié... un gentil-hombre alemán.

—Yo no sé si es gentil-hombre , replicó Monvillars mas ríeio ; solo si, que es un caballero muy descortés é impolitico, y sino entiendo buenas costumbres , yo le daré lecciones de urbanidad y cortesía.

La restitucion.

FORTINCOURT tiraba à Monvillars de su pale-
tó , haciéndole señas que bajara la voz , no
fuera que el caballero lo entendiese. En efec-
to , el Amante de la luna lo habia oido todo;
pero con suma calma y tranquilidad , no ma-
nifestaba la menor impresion.

Isidoro que acababa de perder otra vez,
se levantó diciendo:

—Abandono la partida. Ofrezco mi sitio
à otro.

—Yo lo tomo: dijo Monvillars sentándose á la mesa del juego.

Al mismo tiempo, otro jugador se levantó también y ofreció su sitio. Entonces fué Creps quien lo tomó y sentóse frente por frente de Monvillars.

Un disgusto terrible y extraño experimentó este, al ver frente de sí á aquel personaje que hacia tanto tiempo lo examinaba de un modo tan particular.

Creps sacó de su faltriquera una bolsa llena de oro, contó unos cuantos napoleones con infinita calma y tranquilidad, sin apercibirse que era á él á quien esperaban para empezar la partida.

—Caballero, cuando usted guste empezaremos: dijo uno de los jugadores.

—Vive Dios! señores, exclamó Monvillars con tono impertinente, aguardad; cuando este caballero esté dispuesto, ya nos lo dirá: ya veis que tiene primero que ajustar su cuenta; no es justo inquietarlo.

—Perdonad, caballeros, dijo Creps; pero antes de empezar á jugar, quiero solventar una deuda con el señor.

El Amante la luna puso entonces veinte y dos napoleones delante de Monvillars y le dijo:

—Caballero, contad ese dinero; me pare-

ce que es esa la suma que os debía.

Monvillars mirò aquel oro que le presentaban y exclamò:

—Cómo! qué significa esto, señor mio? vos me debiais á mí? Oh! si es una broma, esplicadme la cuanto antes, al momento.

—Yo no gasto bromas, caballero, y ya veo que teneis la memoria bien escasa. Os he dado veinte y dos napoleones; es decir, cuatrocientos cuarenta francos, que me los prestasteis cierto dia en los alrededores de Corbeil.

Monvillars se puso livido como un espectro, sus cabellos se erizaron, sus ojos querian salirse de sus órbitas y las cartas se le cayeron de las manos.

—Hola! conque habeis jugado con el señor? ya lo habeis olvidado, querido amigo? dijo Fortincourt.

Valeria que habia puesto doble atencion al oír pronunciar el nombre de Corbeil, notó la revolucion que acababa de operarse en todo el ser de Monvillars.

Este hombre de un tono tan insolente, de unas maneras tan libres, de un aire tan audaz, está ahora pálido, tembloroso y parece no tener fuerza para hablar, ni para levantar los ojos.

—Os acordais ahora , caballero? añadió Creps.

—Sí, sí , creo acordarme ; murmurò Monvillars con una voz apenas inteligible.

—Y bien , que haceis pues , querido? dejais caer las cartas?

—Perdonad, balbució Monvillars; pero un estremecimiento nervioso... una distraccion involuntaria...

—Ah! replicò Fortincourt , y ya habiais olvidado, querido Santa-Lucia , la figura de Mr. de Kreché?

—Pues lo que es yo , dijo Creps , jamás he olvidado mi encuentro con este caballero.

—Pues vea usted que casualidad , la de volveros á ver en mi casa... y era en los alrededores de Corbeil? en alguna posada? en algun castillo?

—Sucedióme , continuó Creps; en ese pais, una aventura que no me se olvidará nunca. Fui testigo ocular de un crimen infame... el recuerdo de este acontecimiento , estará siempre presente á mi memoria ; porque hay cosas tan raras y orijinales , que es muy difícil el olvidarlas jamás.

Un crimen! eso es interesante , y vos habeis sido testigo de él , sin poder impedirlo?

—Desgraciadamente nó.

—Contadnos pues eso , y supuesto que , segun vemos, Mr. de Santa-Lucia no está en estado de jugar , mejor será que dejémos la partida y escuchémos con atencion.

Monvillars no contestò nada: parecia clavado en su silla. Valeria tenia los ojos fijos sobre Creps y parecia aguardar con ansiedad lo que aquel caballero iba á contar.

—Vámos , contadnos esa historia , dijo á su vez Isidoro dirijiéndose á Creps; todo lo que pertenece á los alrededores de Corbeil, es interesante por mí.

—Vámos , ya escuchámos , dijo Fortincourt. Las aventuras criminales , tienen siempre cierta cosa que toca á los nervios; las señoras , por lo general , gustan mucho de esas historias , y sinó ved aquí á nuestra reina lady Willmore , que curiosa está yá y con qué ansias espera la narracion de ese terrible acontecimiento.

Valeria no contestó nada: solo si miró otra vez á aquel hombre que con una sola palabra habia petrificado á Monvillars. El Amante de la luna , sin aparentar que notaba las miradas ansiosas de Valeria , empezó su narracion del modo siguiente:

—Señores , era á fines de la primavera del año pasado ; hacia algun tiempo moraba yo

en los alrededores de Corbeil, y mi mayor placer entonces era el de pasearme por los campos á la claridad de la luna. Mis paseos generalmente se prolongaban hasta toda la noche, y una de una vez, no volviera á mi domicilio hasta en el momento en que el astro del día aparecía en el horizonte remplazando al otro que me habia alumbrado en mis paseos.

—A mi tambien me gusta mucho la claridad de la luna, dijo Fortincourt; si vieran ustedes, á la claridad de la luna parezco otro enteramente... Oh! esa naturaleza blancuzca y azulada, me pone en un estado tan comunicativo, que necesito otra persona allí que participe de mis sensaciones.

—No veis que impedis á este caballero el que continúe? murmurò Valeria.

—Oh! es verdad, mil veces perdon, mi querido Mr. de Krechiè... es la luna la que me transporta.

—Una noche, en que mi paseo fué mas largo que de lo acostumbrado, al atravesar un sendero, desierto é impenetrable, para llegar mas pronto á mi morada, siento pasos á mi alrededor: pongo atencion; los pasos se aproximan rápidos y apresurados; despues detienense de repente; pero entonces oigo distintamente estas palabras, pronunciadas por una voz fuer-

te y sonora: *No tenemos necesidad de ir mas lejos.*

—Pues esos eran ladrones... tunantes asesinos; dijo Fortincourt: esperarían quizás algun pobre viajero para cortarle el pescuezo.

—No, caballero, eran dos hombres que iban á batirse.

—Un duelo! exclamó Valeria cuya agitacion se aumentaba à cada instante.

—Oh! entonces, replicó Fortincourt, sino era mas que un desafio, ya es menos interesante. Todos los dias està sucediendo eso; yo he tenido tres; pero mis testigos lo han arreglado amistosamente.

—Caballero, tened la bondad de proseguir, dijo Valeria mirando á Creps con interés; mientras que Monvillars, embutido en su silla y con la cabeza inclinada al pecho, parecia querer evitar todas las miradas.

—Si, era un duelo, no habia que dudar lo; pues oí la misma voz que dijo: *Entre nosotros es un duelo á muerte.*

—Cáscaras! ya tiene pelos el asunto.

—Tal vez, señores, continuó Creps, os parezca singular que yo oyera tambien lo que hablaran; pero debeis recordar que era en medio de los campos, que apenas clareaba el dia y que el mas grande silencio reinaba en los

contornos y que yo no estaba muy lejos de los que hablaban, supuesto que solamente el tronco de una corpulenta haya, era solo lo que me ocultaba á sus miradas. Aquello que acababa de oír, lo confieso, me habia conmovido terriblemente... la hora... el sitio... la idea que dos hombres venian allí para dar ó recibir la muerte, todo esto tenia cierta cosa de grave, de siniestro y de alarmante, que bien comprenderéis, si se me quedarían impresadas ó no aquellas palabras. La misma voz que habia hablado antes volvió á decir: *Tirarémos á cinco pasos de distancia, pero como mis armas ó las vuestras pudieran tener algunas ventajas, cambiaremos.*

—Nada mas legal, ni en razon, dijo Isidoro.

—La misma voz, repitió un momento despues... *Vengan las armas y despachémos.*

—Parece que el otro no tenia mucha prisa, replicò Fortincourt.

—Entonces, señores, separè sijilosamente el verde follaje de la haya para...

—Sí, para ir á impedir á los dos hombres que se batieran... comprendo vuestro pensamiento.

—No, caballero, no era ese mi pensamiento. Cuando dos hombres están decididos

à batirse á muerte , es preciso que el ultraje haya sido muy grande; y seria muy simple, muy tonto y, sobre todo , un hombre sin honor, cualquiera que les impidiera el batirse y se interpusiera entre la reparacion y la muerte. Pero yo queria ver á los combatientes , queria saber como terminaba aquel duelo sin padrinos , ni testigos ; me pareció que el cielo era el que milagrosamente me embiara allí. Separé facilmente el verde follaje, que no era muy espeso, y veo á dos hombres situados á veinte pasos de mí. Estaban de cara para recibir los primeros rayos del sol naciente : yo estaba á la sombra y los observaba perfectamente. El uno de ellos , era un antiguo militar de unos cincuenta y tantos años ; el otro era un elegante jóven ; pero mas pálido , mas agitado que su adversario. En el momento en que yo miraba al jóven, vi que volvió la cara á su alrededor con inquietud , y se dirigió hácia su contrario con acelerado paso; en cada mano llevaba una pistola. Yo me imaginé que iria hacer el cambio de armas convenido. Sin duda lo creyó asi tambien el anciano militar , porque lo aguardaba inmóvil en su puesto ; pero no era tal el proyecto del jóven. Llegó á su adversario , y por un movimiento mas rápido que el pensamiento, le pone contra su pecho el ca-

ñon de la pistola que llevaba en su mano derecha... sale el tiro y el desgraciado, víctima de un miserable en el que habia puesto su confianza, cayó al suelo cobardemente asesinado.

—Ah! que infamia! exclamaron todos.

Valeria no dijo nada; pero agitadas sus facciones por el horror y el estremecimiento miró á Monvillars que temblaba como un azogado, y quiso hacer un esfuerzo como para levantarse; pero volvió à caer sobre su silla.

—Y qué! no detuvisteis al infame asesino? exclamó Isidoro.

—Traté de eso en un principio; corrí hácia él con esa intencion; pero... pero ya se habia marchado despues de estar seguro que su víctima habia espirado... aprocsimème hacia aquel desgraciado que yacia tendido sobre el verde musgo... quise ver si aun habia alguna esperanza de salvacion, entreabrì sus vestidos, puse mis manos sobre su corazon y busqué todavia un latido de ecsistencia... pero no sentí nada... el infeliz habia dejado de ecsistir. Pero allí, donde su corazon habia dejado de moverse, encontré un medallon de oro, dentro del cual habia un bucle de cabellos rubios; y en su rededor estaba grabado el nombre de VALERIA.

Un grito doloroso se oyò repentinamente.

—Ay! santo Dios! exclamó Fortincourt, lady Willmore se ha desmayado... socorro, señores, socorro!.. mirad como sus manos se tuercen... como sus dientes se cierran... es un ataque de nervios... abrid las ventanas... que traigan agua... espíritus... vinagre... un facultativo al momento...

Fortincourt, desesperado, no hacia mas que ir de un lado à otro, llamando y gritando à todos los de la casa para que vinieran à socorrer à la bella reina de su baile.

Este acontecimiento puso fin à la reunion. El baile se acabó lo mismo que el juego. Cada uno tiró por su lado: unos para la calle y otros para socorrer à la jóven lady Willmore.

En medio de este tumulto y desórden, Monvillars desapareció, y el Amante de la luna alejóse con Isidoro.

Fortincourt daba al mismo tiempo mil órdenes contradictorias: ajitado, tembloroso, al ver à su amada en aquel estado, no hacia mas que exclamar:

—Ah! probrecilla mia! que nerviosa es! que impresion tan terrible le ha causado la narracion de ese duelo!.. Yo no se que necesidad tenia ese Mr. de Pretz de contarlos esas aventuras tan terribles!.. luego se apoyaba

tanto en los menores detalles , que parecia que lo estaba uno oyendo... Vea usted que ocurrencia , contar esas cosas , como si eso divertiera , como si eso diera ganas de bailar!.. Ay! Dios mio! otra vez redobla sus estremecimientos! otra vez se contrae!.. Que el diablo se lleve á Mr. Krepè y á su duelo!

A fuerza de cuidados y de socórrros , pudieron apaciguar el ataque nervioso de Valeria ; pero cuando volviò en sí , estaba tan pálida y temblorosa , parecia tan sufrida y enferma , que la metieron en su carretela y la llevaron á su casa.

Con este acontecimiento terminó tan triste fiesta , dada por Fortincourt , que renegaba del jóven Isidoro Marcelay y del amigo que llevara , puesto que contaba unas anécdotas tan tristes.

Cuando salieron de la casa de Fortincourt , Creps dijo á Isidoro:

—Ya habeis oido la historia de ese duelo , ó mejor dicho , de ese asesinato , del cual he sido testigo.

—Sí , y he notado tambien el efecto que causaba vuestra narracion en la jóven lady Willmore. Tambien he visto desconcertado á ese Santa-Lucia , hasta el extremo de temblar y casi desmayarse. Es preciso convenid , ami-

go mio , en que haccis prodijios.

—Ese Santa-Lucía es un miserable... un infame!.. Ya hacia tiempo que lo sospechaba; pero al verlo esta noche , no he podido dudarlo... porque lo he conocido , sí, he reconocido en él, al vil asesino de los alrededores de Corbeil.

—Santa-Lucía!.. oh! el monstruo!

—Sí , Santa-Lucía , que entonces se llamaba el conde de Norbelle... pero es probable que ese nombre de Santa-Lucía no sea tampoco el suyo. Y aquel desgraciado á quien habia asesinado tan cobardemente , se llamaba el mayor Giroval.

—El mayor Giroval... aguardad , me parece que recuerdo... sí, un dia, estando con varios amigos en el jardin de Palais-Royal, presentóse ese mayor persiguiendo entonces á un jóven que decia habia robado á su muger.

—Sí , y esa muger que fué la querida de Santa-Lucía , se llama hoy dia lady Willmore.

—Lady Willmore!.. será posible? ah! ya lo comprendo todo ahora. Pero esa desgraciada ignoraba que su amante fuera el vil asesino de su marido.

— Por eso mismo he contado delante de ella esa historia ; he querido que conozca to-

davía mejor à ese hombre , por el cual ha olvidado todos sus deberes.

—Pero segun yo he calculado , hace tiempo , à lo menos por lo que he visto , que ella mira à ese miserable con horror.

—Probablemente ese Santa-Lucia habrá cometido otras acciones todavia mas infames, y ved aquí la causa porque esa muger se ha visto obligada á abandonarlo.

—Pero tambien creo que me habeis dicho, que ese Santa-Lucia era el amante de Camila. Oh! ahora tiemblo en pensar de lo que hubiera sido capaz ese miserable.

—Ignorais por ventura que á un malvado semejante hay siempre que temerle?

—Y si fuisteis testigo de su crimen , por qué no lo habeis delatado á la justicia?

—Olvidais que yo solo fui el testigo de ese acontecimiento y no tenia datos afirmativos que presentar? Pero ahora que ese Santa-Lucia sabe que lo conozco , me parece que no pensará en presentarse en ninguna parte donde podamos encontrarlo.

—No importa. Yo tiemblo cuando pienso que mi Emelina está al lado de Camila...

—Cálmosos , ahora velatèmos mas que nunca sobre el objeto de vuestro corazon... la salud del banquero vá mejor , esperèmos al-

gunos dias y entonces ireis á que realice sus promesas de casaros con Emelina.

—Ah! que largo se me hará el tiempo hasta entonces!

Isidoro estrechò la mano de Creps y se separò. Los acontecimientos de aquella noche habian llenado su alma de temor y de tristura. En el momento de entrar en su casa, el portero le entregò una carta. Abriòla: era de su tío, en qué, participándole que estaba muy malo, deseaba con ansia que fuera á su lado.

—Partir! exclamò Isidoro, partir en este momento en que mil temores me amedrentan y en el que no sé qué negros presentimientos se apoderan de mi alma! Dejar! dejar á Emelina en esa casa, al lado de esa Camila, querida de un infame, de un asesino!.. Pero mi tío ha sido mi protector, mi segundo padre y abandonarlo en este momento tan crítico, seria hacerme indigno del amor de Emelina. No, partiré mañana... mañana despues de haber vuelto à ver à su madre y de haber recomendado à Creps el objeto querido de nuestras ternuras y afecciones.

9.

Dulces recuerdos.

Isidoro dirigióse á Corbeil al dia siguiente, al lado de Clemencia y enseñóle la carta que habia recibido la vispera por la noche.

—Es necesario partir! le dijo la madre de Emelina; partir hoy mismo, puesto que quien os ha mirado siempre como à su hijo, está enfermo y reclama vuestro socorro; diferir vuestra partida, seria una ingratitud, pues tal vez vuestra presencia contribuya al restablecimiento de ese buen anciano. *El amor*

verdadero, no se acaba nunca. Emelina será constante en su cariño.

No quiso Isidoro participar á Clemencia los nuevos temores que le agitaran; pues seria indudablemente aumentar sus inquietudes y tormentos: confia en Creps, en Creps que velará sobre Emelina y la defenderá de los peligros que puedan amenazarla.

El enamorado doncel despídese de Clemencia y vuélvese á Paris á casa de Riberpré, donde encuentra á Emelina al lado siempre de la jóven Elvina. Las dos hermanas no se abandonan un momento. Elvina siente por su nueva compañera la mas viva amistad, el mas tierno amor y no puede estar un momento separada de su lado. Emelina por su parte, cuyo corazón no está formado sino para la ternura y el cariño, ama tambien con cordial afecto á la inocente hija de aquella muger que tantas penas habia causado á su madre.

Pero la Santa Escritura ha dicho: *«Los niños no serán responsables de las faltas de sus padres.»* Y estas palabras encierran una máxima demasiado justa para que no esté grabada en un buen corazón.

La enfermedad del banquero habia proporcionado largos momentos á las dos jóvenes para que indispensablemente su amistad na-

ciente se prolongara. Camila no habia puesto atencion, no habia comprendido hasta el estremo que su hija Elvina amara á su hermano, y daba poca importancia á esta amistad; la cual creia ella poderla destruir y acabar desde el primer momento.

Al ver la inocente hija de Clemencia á su tierno amante que se presentára con la frente empañada de una sombría tristeza, temió que alguna terrible desgracia habia acontecido á su madre. Sus primeras palabras son preguntar por ella. Isidoro la tranquiliza y le participa entonces la causa de su pena. Emelina, aunque aconseja à Marcelay que parta, no puede ocultar ni disimular la pena tan cruel que experimenta por esta brusca separacion.

Elvina que conoce ya todos los secretos del carazon de su hermana, la consuela y con estas inocentes palabras, reanima el decaido valor de los dos amantes:

Querida hermana, por qué te entristeces de ese modo, solamente por un viaje tan corto como el que vâ à hacer este caballero? Oh! es tan gentil el viajar! es tan divertido! Yo quisiera estar siempre viajando.

— Y no sabeis, amado mio, el tiempo que estareis separado de mi lado? dijo Emelina suspirando.

—Conforme mi tío se restablezca , al momento me volveré à vuestro lado.

—Pero no lo abandoneis hasta que esteis bien cierto de que vuestros cuidados no le serán necesarios ; lo contrario seria una ingratitud.

—Sin duda , replicó Elvina ; pero procurad que su restablecimiento sea cuanto antes... es verdad que es bien fastidioso el estar malo; pero al fin se pasa como todo: sino mirad á mi padre ; nosotras sentimos mucho su enfermedad ; pero mas sentimos que tenga un facultativo tan escrupuloso , que nos prohíbe el estar á su lado , so pretexto de que haríamos ruido y esto le dañaria mucho la cabeza. Como si nosotras no supiéramos ser prudentes y no hablar cuando nos lo prohiben... No es verdad , Emelina?

—Y què , dijo Isidoro contemplando á su amada , os han prohibido el que os acerqueis á vuestro padre?

—No veis que es el facultativo el que lo ha mandado, y es preciso seguir las órdenes del doctor?.. repondió Elvina. Esa jente no hacen mas que mandar cuando uno está enfermo.

—Yo no se , si el doctor habrá tambien dicho á Mr. Riberprè que no me vea , añadió Isidoro; pero si se, que siempre que he pedido

permiso para verlo , me han contestado que no está visible. Estará quizá peor?

—No ; pero sin duda el facultativo teme que papá hable , para que no se le acrecente la enfermedad... Vamos, Emelina , no os aflijais de ese modo; estoy segura que Mr. Isidoro volverá à veros pronto ; entonces mi padre ya estará restablecido y se efectuará vuestro casamiento. Oh! estoy segura que la noche de la boda tengo de bailar mucho. Ah! el baile me gusta tanto como los viajes: vos, Mr. Isidoro, me sacareis á bailar , no es verdad?

Isidoro sonrió con tristura , porque no podia ante Elvina manifestar todos sus pensamientos: miró à la amable jóven de un modo bastante singular, y sin duda su mirada espresara todo el dolor que sintiera al saber que aquella jóven era hija de Camila , supuesto que Elvina exclamó con acento tierno y cariñoso:

—Caballero , en què pensais? por què me mirais de ese modo?

—Estoy pensando , señorita , que me es muy lisonjera el veros al lado de vuestra hermana, á la que tanto amais y quereis, y os suplico, interesante jóven , que no la abandonéis un momento , y que la consoleis en su tristeza; ya veis, una hija tierna y cariñosa sepa-

rada de una madre á quien adora y separada tambien de mí que le traigo noticias suyas. Ah! os suplico que vuestra amistad sostenga su valor , que vuestra amabilidad disipe sus enojos, y si alguno tratara de ofenderla , vos seriais la primera en protegerla: no es verdad , señorita?

—Ofender á Emelina! á mi hermana! quien podria ser capaz de eso? Ah! yo quisiera saberlo , pues aunque soy pequeña , aunque soy tan jóven , yo sabria defenderla... la amo tanto! me parece que si la viera alguna vez amenazada de algun peligro eminente , daria mi vida por la suya de buena voluntad.

Por la primera vez , desde que la conoce Isidoro , coje las manos de Elvina y estrechándola con profusion entre las suyas le dice:

—Amable jóven , ya veo que es preciso amaros.

—Si , dijo Emelina ; sí , Mr. Isidoro , amareis á Elvina como yo la amo ; porque es digna de ello: Qué fuera de mí aquí , sino fuera por ella? separada de una madre á quien amo tanto , sola y abandonada? Qué fuera , digo , si esta interesante jóven , esta querida hermana , no me prodigara los mayores consuelos y caricias.

Pronunciando estas palabras , Emelina no pudo retener sus lágrimas: por otra parte , te-

nia necesidad de llorar; la noticia de la partida de Isidoro , habia llenado su alma de congojas; y estas lágrimas, derramadas ahora con profusion , desahogaban en algun tanto su corazon entristecido.

La interesante Elvina empleò toda su elocuencia infantil para consolar á su hermana. Isidoro conoció que en vez de sostener el valor de Emelina, la abatía mas, sin duda, con su tristeza: entonces hizo un esfuerzo sobre si mismo para disimular su debilidad, y lanzando una mirada à Elvina como para recomendarle á Emelina , salió de la casa del banquero sin haberlo visto tampoco esta vez.

Mientras que en Paris los dos jóvenes amantes experimentaban una pena tan viva al saber aquella separacion repentina , cuyo término ignoraban , pasaba en Corbeil otra escena no menos interesante tambien.

Clemencia , sola en el pequeño salon que daba à la calle , procuraba , trabajando en su labor, el vencer la tristeza tan grande que experimentaba al verse separada de su hija. Hacia poco tiempo que Isidoro la habia abandonado, cuando la puerta del salon se abre repentinamente y el Amante de la luna aparece ante madama Clermont.

Todas las veces que ella veia á este hombre

misterioso , á este protector valiente y decidido , la madre de Emelina experimentara una emocion violenta y desconocida y de la cual ignoraba el motivo; pero que en vez de ser esta sensacion desagradable esparcia sobre sus sentidos una dulce quietud que reanimaba su valor y su alma.

Esta era la tercera vez que Creps se presentaba ante Clemencia con el elegante vestido de un caballero noble y distinguido ; pero nunca , como ahora , examinara con tanta atencion sus facciones y sobre todo , la expresion de sus miradas: es verdad tambien que, hasta este momento , el hombre misterioso habia tenido cuidado de evitarlas y de cambiar tambien la expresion de su fisonomía; pero en este momento , preocupado de los descubrimientos que ha hecho de los nuevos peligros que amenazan á Clemencia y á su hija, el Amante de la luna se abandona á los sentimientos que llenan su alma y corresponde con ternura á las miradas expresivas de su protegida.

—Qué bueno sois en venir á verme! dijo Clemencia enseñando á Creps una silla que estaba á su lado: cuan bueno sois, repito, en venir á reanimar el valor de una pobre madre, que no tiene mas consuelo que cuando le hablan de su ausente hija! porque Mr. Isidoro ha par-

tido ; su tío está muy malo y ha tenido que irse á su lado.

—Ya lo sé , dijo Creps sentándose al lado de Clemencia ; he visto esta mañana á ese joven y me ha participado su marcha.

—Pobre Emelina! ya no tendrá á su lado personas que le den noticias de su madre.

—Verémos... puede ser que se las lleve yo.

—Vos! vais á ir á casa de Mr. Riberpré?

—Me parece que sí.

—Oh! lo creo , lo creo , porque nada os intimida cuando se trata de protejernos. Pero qué hemos hecho , caballero , para merecer de ese modo vuestro corazón , vuestra ternura y vuestro cariño?.. Cual es la causa de todo eso?

* —La causa? habeis olvidado , madama , la noche cruel en que , acompañado de otros dos hombres , vine á vuestra casa á consumir el mas inicuo proyecto , escitados por el abundante vino que habíamos bebido?

—Oh! no lo he olvidado, en verdad... pero aquella misma noche , os mostrasteis como un defensor , como un salvador ardiente... Pero, he sido muy indiscreta en haberos preguntado repetidas veces el origen de ese interés que nos demostrais; pero bien lo conozco , no debe una saber los secretos que nuestros amigos tratan de ocultarnos. Pues bien , apesar de todo

esto , siempre caigo en la misma falta , siempre quisiera saber la causa de vuestro cariño: qué quereis? al fin soy muger! pero yo procuraré el correjirme ; por lo tanto perdonadme.

—Perdonaros , señora! dijo Creps mirando á Clemencia con ternura: perdonaros , cuando es á vos á quien debo el no ser ya vagamundo?... cuando vuestra vista , avergonzándome de mi posicion miserable , me ha vuelto la enerjia , el valor y la voluntad de abandonar esta existencia; en la cual , sin esperanza , sin objeto , sin porvenir , el hombre es demasiado cobarde para vivir á espensas de sus semejantes?.. Porque creedlo , señora , aunque la fortuna no me hubiera proporcionado estas riquezas , à fuerza de trabajo y de perseverancia , yo me hubiera creado una posicion ; porque ya no queria sonrojarme à vuestra vista , por que no quiero mas entregarme à esas orjias , à ese desenfreno , que yo habia buscado para olvidar el pasado y para embrutecerme al presente. Ya veis que os lo debo todo y que procurando ser bueno para alguna cosa , no he hecho mas que prodigaros vuestra obra.

Transportado por los sentimientos que experimentara el Amante de la luna , habia dicho todo esto con fuego , con toda la fuerza de su alma: la expresion de sus facciones. es-

tando acordes con sus palabras , habia dejado ver todo el fondo de sus pensamientos , y sus ojos habian despedido un fuego abrasador , que habia magnetizado à Clemencia.

La madre de Emelina sintió instantáneamente una emocion nueva y desconocida , su frente se colorea como la encendida grana: despues una palidez extrema la sucede, y entre tanto es ella la que baja tímidamente los ojos y parece evitar la fascinacion que le motiva el hombre que tiene à su lado.

Pero Creps no ha notado aun la revolucion que acaba de operarse en la hermosa Clemencia: cuan lejos estaba èl de imaginarse que aquella muger pudiera reconocerlo... Despues de un momento de silencio, añadió el hombre misterioso , con mas calma , estas palabras:

—Y por otra parte , señora , puede uno conocer las causas que lo incitan para sentirse obligado hácia alguno? En amistad , como en amor , no pueden ecsistir las simpatias? En amistad sobre todo! porque es un sentimiento mas puro , mas constante que el otro , y proporciona al corazon infinitas garantias. Por desgracia el mas vehemente cariño es el que mas pronto se desvanece. Si , tarde ò temprano , se acaba y es preciso confesar que el afecto mas durable que ecsiste es la amistad ; esta , solo la

muerte la destruye; luego tengo razon en decir que este sentimiento promete mas garantias al corazon... el amor es una pasion que nos ciega y nos adormece; pero la amistad siempre sabia, siempre prudente, nos deja mas absoluto el corazon.

—En efecto, caballero, contestó Clemencia con una voz que apenas podia ocultar su emocion, bien sea amor, bien sea amistad, hay sentimientos mas fuertes que nuestra razon, mas que los acontecimientos; y que apesar del tiempo no se borran jamás de nuestro pecho.

—Al menos, murmuró Creps con tristura, que el objeto que inspire ese sentimiento no sea indigno del recuerdo...

—Pues bien, mucho mas, si esa persona ha cometido faltas, si su conducta ha sido indigna... tambien si despues de largos años se halla desgraciada y arrepentida de sus crímenes... creéis pues, caballero, que no exista ya nada en el corazon de aquella... ¿de aquel que lo haya amado? ¿De qué serviría entonces la amistad sino olvidase y perdonase?

Creps estaba atento y meditabundo: habia dejado caer su cabeza sobre su pecho: aquellas palabras que acababa de decir Clemencia le habian inspirado como un temor religioso: no se

atrevia à mirarla ; pero escuchaba y esperaba.

La madre de Emelina aguardaba tambien que él le respondiera ; mas viendo que se obstina en guardar silencio , vuelve à tomar el giro de su discurso.

—Escuchad , Mr. Creps , si me lo permitis , voy à contaros la historia de una de mis amigas... Es bastante corta , algo romanezca si se quiere , no obstante no dejara de interesaros.

—Ya os escucho , señora.

Clemencia se detuvo como para evocar sus recuerdos ; pero mas bien era para ocultar la terrible emoci3n que la dominara. Creps se aproxim3se mas para oir mejor : casi con la cabeza apoyado en el hombro de Clemencia , aguardaba con avidez las palabras que esta iba à proferir. Despues de un largo silencio que Creps no se atreviera á interrumpir , madama Clermont empez3 de este modo su narracion :

—Hacia algun tiempo que esta amiga mia habia perdido á su madre. Educada por un padre que la amaba con ternura , ella experimentara por él el respeto mas profundo , el mas sincero... Pero ya lo comprendereis , caballero , por mas que un padre quiera à su hija y esta á su padre , jam3s ocupar3 el lugar de una madre tierna ; porque hay mil confiancias , mil sensaciones , mil secretos del corazon , que

una jóven se apresuraria á depositar en el seno de aquella que la concibiera en sus entrañas ; mientras que temeria , retrocederia al solo pensamiento de comunicarlá al autor de sus dias. Un hombre siempre nos impone: juzgad ahora del temor y del respeto de una tierna jóven sola , sin una amiga , ni compañera á quien comunicarse. En fin , siempre hay en una madre esa paciencia , esa dulzura que incita á la confianza ; ella adivina una parte de los sentimientos que combaten á su hija , ella se anticipa á su confesion y muchas veces ella misma le ahorra la mitad. Una jóven separada de su madre , siempre guarda y encierra en su corazon sus penas ó sus esperanzas. Es una falta , sin duda , que mi amiga no se lo dijera todo á su padre ; pero vuelvo á deciroslo , ella no se atrevia. Perdonadme estos pormenores , pero tal era la posicion de mi amiga. En una de las reuniones á que su padre la llevaba diariamente , conoció á un jóven apuesto y elegante y desde este momento lo amó con delirante passion ; aquel jóven declaróse á ella , y por último , juraronse con entrañable acento amor y constancia eterna. En fin , caballero , que os he de decir? ella lo amaba , diré mejor , lo adoraba , pero no se lo decia á nadie ; porque no tenia una madre á quien comunicárselo. Sin es-

plicarle la causa , el padre de mi amiga dejó repentinamente de llevarla á las tertulias, donde ella veia siempre y hablaba al objeto de su corazon. Ultimamente , su padre le anunció que debia casarse con un hombre que precisamente habia escojido para ella. Le dijo que esta union le era ventajosa y que él la deseaba. Mi amiga , tímida y silenciosa , obedeció resignada á los mandatos de su padre ; pero al desposarse con aquel hombre, no le entregò su corazon , puesto que aquel pertenecia al primero á quien ella habia amado.

—Y ese primero que habia amado vuestra amiga , qué se hizo de él? preguntó Creps con apagado acento.

Clemencia volvió la cabeza hácia otro lado para ocultar las lágrimas que rodaban por sus párpados y contestò con voz temblorosa:

—Mi amiga supo que su amante se habia casado tambien... pero que no habia sido dichoso... que él hado infausto lo habia acribillado con golpes terribles... por último , supo que habia partido y abandonado la Francia para siempre.

—Y entonces vuestra amiga , dejó de pensar en él?

—No , caballero , las mugeres sensibles y cariñosas no olvidan tan pronto . ni dejan de

amar nunca á aquel ser primero que supo cautivar su corazón.

—Pero el tiempo... cuando no se ven las personas... cuando no se sabe de ellas... cuando tal vez hayan muerto...

—En efecto , mi amiga lo creía así: largos años se pasaron sin que oyera hablar lo más mínimo de aquel adorado objeto... Pero entonces , cuando todo el mundo había olvidado, excepto ella , á aquel que había sido su primero , su solo amor... entonces...

—Acabad , señora.

Clemencia no podía hablar: hondos suspiros escapaban su pecho y ardientes lágrimas corrían por sus mejillas.

—Acabad por piedad , os lo suplico: añadió Creps.

—Pues bien!.. un día... el acaso... la hizo encontrar... en el país que habitaba... un hombre errante... desgraciado... que no tenía por morada sino un miserable tabuco en la barraca de un infame... que llevaba vestidos miserables, que anunciaba la pobreza y el infortunio... Pues bien , á pesar de todo esto , aquel hombre misterioso se hizo el protector de mi amiga , velando sobre ella y sobre los objetos de sus afectos... de día, de noche , siempre estaba á su lado , para defenderla , para pro-

tejerla , para darle valor y esperanzas ; pero bien , aunque él no le dijera su nombre , aun que él se ocultára... ¡ay Dios mio! llegó por fin el día en que mi amiga lo conoció... por que notò que el hombre de la noche era su amante , al que habia amado tanto y estuvo à punto de decirle: «Lutgardo , sois vos... vos que quereis ocultaros aun á mis ojos ; pero mi corazon os ha reconocido.»

—Clemencia!.. ¡oh Dios mio! me habeis conocido!!!

Pronunciando estas palabras , el interesante Lutgardo se habia prosternado à los pies de Clemencia , habia cojido una de las manos de su antigua amante , cubrièndolas de besos y de lágrimas. La emocion y el placer impidieron el que se hablasen mas: durante algunos instantes , Lutgardo y Clemencia , en los brazos el uno del otro , confundian sus suspiros y sus lloros atestiguando la dicha que experimentaràn.

—Y me pregunta si lo he reconocido! dijo Clemencia luego que pudo hablar y cuando sus suspiros y sus lágrimas de alegria se lo permitieron. Si , amigo mio , os he conocido; pero ha sido en este momento ; si hubiera sido antes , antes lo hubierais sabido , porque hubiera sido tan dichosa , si desde un principio

os hubiera reconocido! Y vos, tan ingrato que os ocultábais de mí, que no queriais que supiera era á Lutgardo, à mi único y primer amante, al que yo le debia tantas muestras de amor y de gratitud.

—Ah! querida Clemencia, he cometido tantos errores, he sido tan culpable, que no he querido darme à conocer á una muger tan virtuosa.

—Al fin os he encontrado, Lutgardo, ya sé que ese hombre misterioso á quien debo tanto, sois vos; que ese personaje singular que me habia inspirado un sentimiento desconocido y profundo, sois vos; esto me basta y jamás os preguntaré nada. Vuestras faltas, vuestras aventuras, vuestros secretos, guardadlos todos. He encontrado al fin un amigo, ya soy dichosa; pero lo seria mucho mas, si este amigo quisiera confiarme sus penas y sus culpas; si este amigo me permitiese el que participara de la mitad de sus quebrantos. Pero no, solo quiero la amistad de otras veces, el amor de otro tiempo, y ese sí que lo poseo; porque hace tiempo que mi amado Lutgardo se ha hecho traicion á sí mismo, demostrándome tanto interés y deferencia.

Lutgardo, mas dichoso que lo hubiera estado jamás, continuaba besando y estrechan-

do con profusion las manos de la madre de Elnelina. Despues de haber gozado algunos momentos de esta dicha intima, le dijo á su amiga estas dulces palabras:

—Las simpatías que me arrastran hàcia vos, son tan grandes, son tan inmensas, son tan poderosas, que íntimamente se unen las mías á las vuestras. Bien lo comprendeis, querida Clemencia, y si os contàra mi historia, la narracion entera de mis infortunios, veriais entonces que mi vida toda es una imàjen de la vuestra. Pero cuando acabe de asegurar vuestra dicha, espero tambien que se concluyan mis penas è incertidumbres y luego que vuestra hija vuelva à vuestros brazos, entonces tambien estrecharé yo à la mía entre los míos.

—Vuestra hija? Qué, teneis vos una hija?

—Sí, una hija, que el abandono y las faltas de su madre, obligaron un dia à sonrojarse y á maldecirla. Pero el cielo ha tenido piedad de ella y la ha vuelto à la virtud. Su padre le ha perdonado sus errores, vos la perdonareis tambien; sí, vos, tan buena y tan virtuosa, no dudo que algun dia seréis su amiga.

—Pues qué, la habeis encontrado?.. Sabéis que existe?

—Ay! lo creo, lo espero... yo no se nada

todavía ; pero dentro de poco , será probable que todas mis dudas se disipen... y cuanto antes podrè deciros la verdad... En este momento soy tan dichoso , mi querida Clemencia, que olvido mis penas , mis desgracias y mis temores: saber que pensais siempre en Lutgardo, es una idea que me trasporta de placer.

—Y sin embargo , amigo mio , me lo ocultabais con misterio; queriais que no supiera erais mi bien adorado de otras veces.

Lutgardo pasó al lado de Clemencia largas horas , que fueron las mas dichosas de su vida , ni aun en el tiempo mismo de su juventud , habia experimentado unos momentos tan dulces , ni tan seductores.

No hay duda que el amor verdadero , el amor puro y santo , nos hace experimentar una dicha gloriosa y divina ; una dicha que absorbe todos nuestros sentidos.

No es necesario decir que las horas se pasan sin sentir entre dos personas que tienen tantos recuerdos que comunicarse y tantos sentimientos que participar.

La noche empieza á cubrir la tierra con su negro manto , cuando Lutgardo se separa de Clemencia ; la cual le tiende una mano y le dice:

—No tengo necesidad de deciros que vol-

vais pronto , puesto que lo dejo à vuestro cariño y al afecto de vuestro corazon... Cierta cosa me dice que volvereis pronto.

—Y añadido à eso tambien, contestò Lutgardo , aunque yo no estè à vuestro lado , no os abandonarà mi memoria.



El incendio.

EL gran Riffard estuvo esacto á la cita que le dió Monvillars. Al siguiente día de su encuentro en el café, estaba esactamente á las dos de la tarde al fin del desembarcadero de los caminos de hierro. Paseábase á largos pasos, fumando en una larga pipa y pensando que proyecto sería aquel que su amigo le había manifestado; de que especie sería aquel negocio que le iba á valer nada menos que seiscientos francos.

Un hombre envuelto en una ancha capa negra , llegóse á él y tocóle en la espalda: volvióse Riffard , mirólo y aunque estaba bien cierto de que no era otro sino Monvillars , apenas pudo reconocerlo , por la mutacion tan grande que se manifestára en toda su persona. Aquel hombre que llevaba antes la cabeza erguida , que manifestara tambien un aire osado é impotente y todas las maneras de un elegante y desenvuelto parisiense , mostraba ahora un aspecto inquieto y temeroso: con la cabeza baja é inclinada al suelo , apenas se atrevia à mirar à ninguna parte.

Vase derecho á Riffard y tocándole en la espalda , como hemos dicho , le dice con voz breve y entrecortada:

—Eres hombre de palabra , no has faltado.

—Voto á brios! habia de faltar cuando se trata de ganar nada menos que seiscientos francos? qué prójimo seria el que faltára á una cita de tanto precio? Al menos que no fuera millonario! Pero eso es cosa que jamás me ha sucedido. Pero hombre , es chistoso! cuando te vi , apenas te conocí... estás tan cambiado desde antier acá... has estado quizás malo? alguna indisposicion de estómago cruel? de qué te sirven los dineros? yo creo que si yo tubiera dinero , jamás habia de estar malo.

—No perdámos el tiempo... sígueme.

—Baya si te seguiré , ya lo creo! por seiscientos francos , soy capaz de seguirte hasta el fin del mundo.

Y el gran Riffard , añadiendo el hecho à la palabra , seguia á su amigo callado como un muerto y sin molestarlo en sus cavilaciones.

Monvillars , despues de haberse separado de los caminos de hierro y despues de haber tomado los senderos mas solitarios y poco frecuentados conduce á su amigo hasta los alrededores de la casita que sabe es abitada por madama Clermont.

Al llegar allí , Monvillars detiene el paso: párase y mira á su alrededor à ver si hay alguien que los vea á que los escuche. Cuando estuvo bien cierto de que se hallan solos, el amante de Camila enseña á Riffard la casita aislada y le dice:

—Ves tú aquella casa?

—Aquella que está à mano derecha , sola enteramente , como un palacio encantado?

—La misma... mirala bien.

—Sí , perdiez! no soy corto de vista.

—Es que es preciso que no la equivoques.

—No tengas cuidado , la reconozco perfectamente...

—Ecsamina bien donde está situada, mira

bien los alrededores y las localidades.

—Te aseguro que está ya todo examinado... Diantre! yo sería capaz de venir con los ojos cerrados, y apuesto cualquier cosa que daría con esa casa.

—Pues bien, esa casa!..

Monvillars acercòse à Riffard para hablar mas quedo.

—Acaba pues. Esa casa...

—Si, esa casa es preciso que mañana no exista.

—Còmo! mañana quieres tú que esa casa estè echada por tierra?... cáscaras! ya se necesitarían muchos albañiles.

—No es eso.

—Pues entonces, chico, no te comprendo.

—Pues què, no hay mil medios prontos para destruirla?

—Si, que los hay: pegarle fuego.

—Justamente, me alegro que me hayas comprendido. Es preciso esta misma noche pegarle fuego à esa casa.

—Diablo! es negocio embarazoso... mas á qué diablos quieres que se incendie esa casa tan bonita? Apuesto cualquier cosa, que te quieres vengar de la compañía jeneral de seguros, haciéndole que gaste buenos cuartos en la reedificación de esa casa.

—La causa ó el motivo , no te importa ; tu negocio es ganar tus seiscientos francos si los quieres.

—Vaya , si los quiero!

—Pues bien , para ganarlos es preciso pegar fuego à esa casa ; pero de tal modo , que se vea reducida á cenizas en nada de tiempo ; para lo cual , tendrás cuidado de ponerle fuego por los cuatro extremos... sobre todo , esto debe hacerse en silencio y que nadie lo sienta.

—Valgame S. Luis! quemar una casa! Sabes tú que tu dinero es difícil y peligroso de ganar?... Pues es friolera! si me llegan á pescar , si me cojen , ya estoy fresco.

—No te cojerán... por ventura eres algun niño de cuatro años? Toma bien tus precauciones , ya ves que esa casa està sola , enteramente sola , situada en una callejuela poco frecuentada durante el dia , ya ves si lo será por la noche: además , que no le deberás pegar fuego , sino despues de las doce y media.

—Es verdad , ya comprendo.

—Si esta fuera una calle pasajera , podrias temer algo , pero aquí , en una callejuela desierta... Vamos, decídetè quieres tú ganar los seiscientos francos? sí ó no?

—Sí , no temas , yo pegarè fuego á la casa , pero antes , dime , estás tú cierto de que

no està habitada? que no hay nadie dentro? no vaya yo à cometer alguna barbaridad.

Monvillars frunció sus espesas cejas y respondió con una voz sorda:

—Què te importa que haya gente ó no en esa casa?

El gran Riffard retrocedió algunos pasos: estas palabras le habian estremecido; el modo con que fueron pronunciadas y el aire siniestro de Monvillars, aumentaba mas el horror de que se sentia acometido: pasan algunos instantes sin poder responderle; al fin balbució con voz apenas intelijible:

—Què me importa?.. Còmo! me preguntas que qué me importa el que haya gente ó no en esa casa, á la que debo pegar fuego esta misma noche?.. es decir, à la hora perentoria en que todo el mundo està acostado? Quieres tú que esos infelices que viven ahí, mueran abrasados?

—Sí, y con ese intento es con el que quiero pegues fuego à esa casa.

Riffard se aleja aun mas de Monvillars: arroja su pipa, enjugase algunas gotas de un sudor frio que bañaba su frente y dice al fin sacudiendo la cabeza:

—No!.. no!.. eso que tu escijas, es demasiado criminal... ah! pardiez! no es chfistoso el

morir de hambre... Pero quemar á nuestros hermanos!.. no, diantre! no: yo no soy inquisidor y ya esos tiempos se acabaron, en que se achicharraban á nuestros prójimos... y cuenta que yo no soy delicado; pero hay ciertas cosas... Oh! no... eso es demasiado atroz.

—Te creia otro hombre... te suponía con audacia y valor; pero ya veo que me he engañado... tú no serás nunca nada, pobre muchacho, tñ vejetarás en la oscuridad toda tu vida; pues te ofrezco un medio de salir de la miseria y lo rehusas.

—Oh! tu medio es sublime; puede hacer marchar sin tropezar en ninguna parte derecho al cadalso.

—Niñerías! tienes la cabeza llena de quimeras. Vamos, escuchame... Tu pegas fuego á una casa y no por eso se dirá que tú quieres que perezcan las personas que están dentro... Ellas pueden muy bien salvarse... además, tú no lo has de impedir, y justamente es la primera cosa que hacen todas las personas sorprendidas por un incendio.

—Si, cuando tienen tiempo de salvarse; pero cuando el fuego las sorprende dormidas... y quienes son los que viven en esa casa?... vamos, dímelo francamente, hay por ventura niños dentro?

—No, ninguno, esa casa no está habitada sino por dos mugeres, la señora y la criada.

—Eso es todo?

—Todo absolutamente, Tambien debo decirte que la sirviente duerme en un cuarto que dá al jardin; de consiguiente à la primera apariencia de peligro abrirá la puerta y echará à correr para escaparse.

—Justamente, ya tenemos salvada á la sirviente, en eso no hay la menor duda; pero y la otra!.. y la pobre señora?

—En lugar de responder, Monvillars sacò de su faltriquera una bolsa con treinta napoleones y presentándosela al gran Riffard, le dice sonriendo:

—Vámos, estamos corriente?

—Pero y la otra muger? qué medio tiene para salvarse? probablemente dormirá en piso alto...

—Sí, pero nada le impedirá el que salte por el balcon.

Riffard titubea. Monvillars le entrega entonces la bolsa con los treinta napoleones y le dice al mismo tiempo:

—Toma, aquí tienes los seiscientos francos; los cuales te entrego desde ahora mismo y cuando hayas despachado tu comision, te regularé quinientos.

—Oh! valgame santa Genóveva! y que bocado tan apetitoso!

—Con que aceptas?

—Tienes un modo de convencer á la jente... cinco y seis son once, es decir, mil y cien francos... Haré lo que ordenas.

—Voto al chápиро! que ya nos entendémos. Ahora vamos y almorzaremos en qualquier parte.

—Nada mas justo que llenar la barriga, principalmente cuando se adolece de una cierta enfermedad llamada hambre-canina; pero antes de alejarnos de este sitio, permítame que me entere bien de las localidades, pues como ya no tengo de volver hasta la noche, fácilmente podría equivocarme.

—Vámos, anda, aqui te aguardo yo; pero sé prudente, no mires á esa casa de modo que inspires sospechas y temor á los que la viven, porque si te vieran...

—Tranquillízate, voy á dar una ojeada y al momento estoy contigo.

Riffard se dirije hácia la casa de Clemencia. Monvillars no lo pierde de vista temiendo que su cómplice le haga traicion, advirtiendo del peligro á las personas que están dentro.

El amante de Camila espia hasta los menores movimientos del gran Riffard: este no

tarda nada en venir hácia él y decirle:

—Despachado. Ya conozco el local, ahora vamos à menear las quijadas.

La intencion de Monvillars era no abandonar á su hombre hasta el momento que ejecutara lo que habia prometido y en seguida hacerlo beber de manera de calentarle bien los cascos para que no retrocediera y para que no experimentára ninguna debilidad en el momento decisivo.

Despues de su aventura de la víspera, despues que en casa de Fortincourt habia encontrado al hombre que habia sido testigo del asesinato del mayor Giroval, Monvillars no temió encontrar á este personaje en Corbeil. El vestido, las maneras, el lenguaje de aquel que el dia anterior le habia vuelto sus veinte y dos napoleones, todo le probaba que aquel hombre no era ya el mismo; seria probable que aquel misterioso personaje, no se paseara en Corbeil como un vagamundo, supuesto que lo habia dejado en Paris, en una tan brillante posicion.

Pero aunque no temiese el encuentro de aquel hombre, no queria ser visto tampoco en compania del gran Riffard; cuya estatura gigantesca, excesiva delgadez y palidez, tenia cierta cosa de notable. Ved aqui el por qué, en vez de entrar en la aldea, Monvillars tor-

sia un sendero de la derecha y se dirige el campo.

—A donde vamos por aquí? preguntò Rifflard á su compañero.

—Sigueme.

—Es que me dijistes que íbamos á almorzar y dejámos la aldea hácia aquel lado.

—Crees tú que no se almuerza mas que allí?

—Yo no digo eso; pero en medio de los campos, pocas cocinas buenas hemos de encontrar.

—Tengo motivos poderosos para no dejarme ver en Corbeil; y por tu misma seguridad, no quiero que te estrañen en la aldea.

—Es verdad, eso es mas prudente.

—No ves que con esa talla de gigante, te haces notable por donde pasas?

—Y qué quieres! la naturaleza me ha criado así... tengo de disminuirme? Pues mira, con mi talla de seis pies, la ingrata de Lodiska me plantò en la calle... Tunantuela!

—Hay ocasiones en que es peligroso tener un físico como el tuyo. Tomemos esta vereda, es imposible que no descubrámos algun ventorrillo.

Después de haber caminado algun tiempo sin haber notado la menor cabaña, casucha,

ni cortijo, Riffard dió un grito de alegría, exclamando:

—Al fin he ahí un ventorrillo, no tiene fama de ser muy abundante, pero como ha de ser, no estamos en Paris: además, ya tengo la garganta seca y no quiero ir mas léjos.

—Sea así, entrémos pues, dijo Monvillars mirando la casa que su compañero le designaba.

Esta era la cabaña de Roberdin.

Enteramente desierta estaba la sala baja cuando Monvillars entró con su amigo; pero este último dió dos golpes sobre la mesa, como un hombre acostumbrado á frecuentar esta clase de establecimientos.

La sirvienta apareció.

—Hola! muchacha, tráete dos cubiertos sobre la marcha, vino del mejor y en seguida de masear. Qué es lo que tienes que servirnos?

—Un conejo, riñones y una tortilla de huevos.

—Pues tráetelo todo al momento.

—Me parece que estamos aquí muy visibles; dijo Monvillars mirando á su rededor; y además, es una comida bien mezquina.

—Val para ti que estás acostumbrado á las hosterías de Paris, será bien cierto que no-

tes la diferencia; pero acuerdate del dia en que , muerto de hambre , te llevé al café de la señorita Melindres.

—Es verdad , contestò Monvillars quitándose la capa. Eso prueba que uno mira siempre las cosas segun en la posicion en que se halla. Hoy eres tú el que estas à secas... La fortuna ha cambiado!

—En efecto , amigo mio, hoy es muy diferente.

No tardò nada Roberdin en entrar en la sala con aquel aire desconfiado y temeroso que rara vez le abandonaba , y que se aumentaba siempre mas , cuando venian á su casa otras personas que no fueran las de costumbre.

—Sois el amo de la casa? preguntó Riffard.

—Para servirlos , caballero.

—Está bien: pues mandad que alijeren cuanto antes lo que hemos de comer.

La sirvienta apareció con el conejo , cuyo olor exquisito , transfigurò la fisionomia de Riffard. Roberdin, viendo que no le dirijian la palabra , abandonó la sala y se marchó. Pero la repentina visita de estos viajeros , dejó en su alma una secreta desconfianza. El leñador veia por todas partes á los guardias civiles , encargados de prenderlo; y la elegancia de uno de los viajeros y las maneras del otro,

le parecia que ocultaban cierta cosa alarmante para él.

Monvillars tenia cuidado de llenar á cada momento el vaso de su compa^ñero. Pero el gran Riffard sabia beber sin aturdirse: el mucho vino lo adormecia ; pero no lo emborrachaba jamás.

—A propósito , dijo Riffard luego que su hambre se habia calmado en algun tanto ; para hacer esta noche lo que quieress , es preciso proporcionarse ciertos proyectiles.

—Yo los tengo.

—Por ejemplo , estopas...

—Yo las traigo.

—Diablo! tú has pensado en todo, supuesto que vienes perfectamente prevenido.

—Sí, vengo prevenido de todo cuanto pueda hacer falta... Pero bebe , hombre , te encuentro muy sóbrio y parco hoy.

El gran Riffard , por toda contestacion, se tiró un buen vaso de vino ; pero el objeto de Monvillars no se lograba: este era el de emborrachar á el gran Riffard ; pues por mas que hacia , no podia aturdirlo y la fisonomía del gigantesco jóven , era mas triste y meditabunda . á proporcion que la noche se aproximara.

Monvillars no estaba satisfecho de su cons-

pasero; pero las cosas estaban demasiado avanzadas para retroceder.

—La noche ya! dijo Riffard con un sentimiento de horror y mirando con desconfianza á su al rededor.

—Qué! la noche te hace temblar de ese modo? dijo Monvillars mirándolo con sorpresa. Vámos, mi pobre Riffard, yo te hacia con tu fuerza de ánimo; pero ya veo que eres un hombre que, creerás en los diéufes y en las brujas.

—No, no, pero cuando pienso en...

—Bebe, hombre, pardiéz! bebe y no tengas miedo de nadie. Sabes que haces un convidado muy triste?

La sirviente apareció con un viejo candelero de metal y una vela de sebo encendida. Dejóla encima de la mesa y desapareció.

Riffard se levantó maquinalmente, dió dos pasos hácia la calle, miró á su al rededor, dióse una palmada en la frente y volvió á entrar otra vez, sentándose en la mesa y continuando bebiendo. Monvillars lo habia seguido en todos estos movimientos, temeroso de que su amigo se le escapara y retrocediese, teniendo satisfecha su hambre.

—Este muchacho es un animal, no conoce el mérito de una obra como la que va á la

cer y la cual es preciso que la termine á pesar suyo... Ah! si yo hubiera encontrado aquel hombre que llevó la carta á madama Clermont, ese sí que era decidido y no me costaría tan raro.

Aun no habia acabado Monvillars de terminar su frase, cuando Mr. Garguille entró en la barraca, siempre con su mismo vestido, con su misma facha innoble y con su mismo aplomo y sangre fria. Acababa de entrar en casa de Roberdin, cuando participándole este sus temores por los dos personajes que estaban en la sala, le dijo Garguille:

—Aguarda, yo veré á esos que tú dices que estan tragando; bien sabes que tengo unos ojos certeros; pues bien, yo los miraré y al momento te diré si son nuestros galgos; además, yo conozco á todos los empleados de la administracion del ramo. Y si son jentes de tricornos disfrazada, vendré y te lo advertiré... no tengas miedo... Escucha, si por casualidad vienesa tu antiguo comensal el Amante de la luna, avisame tambien; pues es sujeto que no me acomoda encontrar.

—Oh! desconfía, hace tiempo que no viene y la última vez que lo hizo, estuvo muy poco tiempo.

—Es igual, podría darle quizá la mania

por venir hoy ; que sabemos ese prójimo tienes las narices muy largas: pero en fin , descuido en tí que me avisarás.

Y el compadre Garguille , metiéndose las manos en la faltriquera de su esquerosa blusa , entrò en la sala baja cantando una cancioncilla popular.

Al momento conociò Monvillars en Garguille al mismo individuo en quien estaba pensando; el cual era el que habia llevado la carta á madama Clermont. Este por su parte llevòse una mano al casquetillo , diciendo con superchería:

—Si os incomoda mi cancion , decidmelo y dejaré de hacerlo.

—No , podeis continuar , pues el canto no me incomoda.

—Ya! pero teneis un amigo que creo se está durmiendo y esto tal vez podria incomodarlo.

—Me parece que vuestras canciones , por muy alto que las cantárais , no habian de despertar á mi amigo.

Garguille no contestò nada. Monvillars llena un vaso y lanzando una rápida ojeada al hombre de la blusa , le dice:

—Quereis echar un trago?

—Caballero , me haceis mucho favor y yo

seria un descortes é impolltico , si rehusase vuestra oferta.

En esto , Roberdin apareció en la puerta del fondo é interrogó á Garguille con los ojos. Este le hizo una señal que queria decir que, sus temores eran infundados y que no había nada que temer de aquellos dos individuos. El leñador se puso mas contento , aprocsimòse á la ventana y exclamò frotándose las manos:

—Buen tiempo , una noche de luna magnífica , pintiparada para los viageros que caminen esta noche.

—Qué! hace luna? preguntó Monvillers con aire visiblemente contrariado.

Despues levantòse y haciendo señas á Garguille que lo siguiera aun extremo de la sala, le dijo con voz sumamente baja:

—Se necesita un hombre diestro , audaz é intrèpido.

—Yo soy ese hombre y en pagándome con liberalidad , hago todo cuanto me dicen ; esta es mi profesion politica.

—Lo adiviné conforme os vi. Donde podré encontraros? donde vivís?

—Donde vivo? yo tengo mas de treinta y seis casas ; pero jamás me encontrareis en ninguna... despues de todo , yo vengo aquí muchas veces y en previniendo a Roberdin...

—No, yo no quiero volver mas á este pueblo.

—Eso es diferente; si quereis decirme las señas de vuestro domicilio.

Monvillars reflexionò y dijo al cabo de un instante.

—Dentro de cuatro dias estareis en Paris en la plaza de la Bastilla, à las diez en punto de la noche.

—Está muy bien, no faltará y à las diez en punto me encontrareis paseando bajo los arcos.

—Y para obligaros á que no falteis tomad estos veinte francos, los cuales, se descontarán luego, del precio del servicio.

Garguille, sonriendose, se guardó la pieza de oro en la faltriquera de su mugrienta blusa.

—Ya os he dicho, dijo, que soy vuestro hombre. Pardiez! desde que os ví, dije, ese caballero es un *hombre de negocios*. Pagais bien, de consiguiente se os debe servir de cabeza; y apostaria cualquier cosa, ha que aquel gran camuezo que está dormido sobre la mesa acabais de emplearlo tambien; no es verdad?

—Habeis adivinado perfectamente, y sinò fuera tan tarde...

Roberdin que estaba asomado á la venta-

na , volvióse á Garguille repentinamente gritándole con asombro:

—El Amante de la luna! míralo, allí abajo viene , ya puedes tocar de zuelas , Garguille, lo mas pronto que puedas antes que venga por aquí.

El hombre de la blusa , no hizo repetir la invitacion; en dos saltos se halla junto á la puerta y desapareció diciendo á Monvillars:

—Contad conmigo , no faltaré.

—Quien es ese hombre, que ha causado un terror tan grande á ese pobre diablo? dijo Monvillars á Roberdin.

—Es un individuo , con el cual ha tenido diferentes querellas y disputas y...

—Pero le habeis dado un nombre singular á esa persona.

—Sí , es un apodo , el Amante de la luna.

—Y no tiene mas nombre?

—Tambien se llama Mr. Creps.

—Creps!!!

Monvillars palideció, acordóse del nombre que Fortincourt le habia dicho la noche de su baile , cuando le preguntára , quien era aquel hombre que lo miraba con tanta atencion. Sus terrores renacen, y aunque le pareciese poco probable que el hombre que habia dejado en Paris se hallase ahora en Corbeil , levantóse

muy apresurado, apocsimòse á la ventana y dice al leñador:

—Enseñadme ese individuo.

—Mirad, caballero, al fin de esa vereda que está al frente; por ahí viene... Justamente en este momento lo ilumina la luna con sus rayos.

Monvillars apercibe al personaje que le señalan. Reconoce el vestido que llevara el hombre que habia sido testigo de su crimen; al mismo tiempo, la claridad de la luna le permitia distinguir sus facciones y reconoció en este hombre tambien, al mismo que habia estado la víspera en el baile de Fortincourt.

Al momento corre á Riffard que dormia como un lirón y sacudiéndolo por el brazo, le dice:

—Despiértate, despiértate, ya es tiempo de partir.

Riffard se frota los ojos, mira á su rededor como un hombre incierto del paraje donde se halla; pero Monvillars no le deja tiempo, arroja sobre la mesa una moneda para pagar el gasto hecho y llevando casi á remorque á su compañero, dijo al leñador:

—No tiene esta casa otra puerta sin ser la principal?

—Sí, caballero, por el jardín, es decir,

lo que es puerta no hay ninguna ; pero toda la tapia está llena de grietas...

— Bien , bien , nos deslizaremos por ellas. Anda , Riffard , anda , no debemos perder tiempo.

— Voto à sanes! á qué viene esta prisa? todavía no es la media noche.

— Anda , bodoque y callate.

Monvillers y su amigo desaparecían por el jardín , en el momento en que el Amante de la luna entraba en la barraca por la puerta principal.

.....

Sería la una de la madrugada y ya los habitantes de Corbeil andaban en continuo movimiento, corriendo por todas partes y llamándose unos á otros. La campana de la aldea, tocaba á fuego con son lamentable y precipitado. No se oyen mas que estas voces terribles:

«Fuego! fuego!! una casa se arde!!!»

Entonces todos se preguntan con ansiedad:

— Donde es el incendio?

— Es la casa de Mr. Bouchonnier que se quema; pero no hay nadie , ni aun el portero , pues está cerrada enteramente.

— Ay! que desgracia!

— No , no , es la casa habitada por mada-

ma Clermont, la que es presa de las llamas: la pobre sirvienta ha sido despertada por el resplandor voraz y destructor, se ha salvado milagrosamente y corre por todas partes pidiendo socorro para su señora que duerme sola en las habitaciones de arriba y las cuales se están incendiando.

—Es verdad, Dios mio! y el pobre tío Touchon, sabe que se le quema la finca?

—No hay que pensar ahora en el tío Touchon, sino en la pobre madama Clermont, que tal vez sea ya víctima de las llamas.

—Socorrámos à esa desgraciada!

De todas partes corren hacia la casita aislada. El resplandor del fuego era bastante para guiar à aquellos que no supieran hacia que lado era el incendio. En pocos momentos las voraces llamas habian progresado sorprendentemente. Cuando la sirvienta do Clemencia se habia despertado, estaba ya ardiendo el salon y el vestibulo.

No hay un espectáculo tan imponente como un incendio; pero si es en medio de la noche, parece que el peligro se redobra y que la desgracia sea mil veces mas eminente. Las llamas de una magnitud inconcebible, salian por las ventanas del piso alto: parte de los techos se habian desplomado.

La sirvienta de Clemencia corre de un lado á otro , gritando:

—Piedad , señores , piedad! salvad à mi ama que está durmiendo en las habitaciones de arriba y no puede bajar porque está incendiada la escalera.

—Pero por qué no se asoma á las ventanas? dijo Mr. Pastoureaux que venia corriendo con la guitarra debajo del brazo.

—Ah! pobre señora! gritaba madama Michelette ; si mi Almenor estuviera aqui , él que no retrocede ante el peligro , ya hubiera penetrado en la casa y la hubiera sacado muerta ó viva... Pero es bien singular que el fuego se halle arriba y abajo y sin intervalos , no hay duda que ha sido quemada espresamente.

Mientras que la gorda mamá hacia estas reflexiones , trataban de evitar los progresos del fuego , arrojando gran cantidad de agua por medio de las bombas , y gritando á madama Clermont que se asomara á las ventanas para salvarla por ellas ; por último , un joven bombero de la guardia nacional del país , puso una escalera de mano contra una de las ventanas del piso alto y desafiando à las voraces llamas que salian con impetuosidad , penetró al través de ellas y desapareció.

José Tourinnet , llegó acompañado de su

hermano Pedro , al lugar espantoso. El flaco Tourinet no llevaba mas vestido que unos calzoncillos de lana colorados y una camisa de lo mismo. Su hermano, envuelto y reliado en una manta de colores , seguia à Pepito , llorando y diciéndole:

—No te espongas , Joselito , inconsideradamente ; no te arrojes á las llamas ; porque no hay una cosa mas susceptible à arder que la lana ; créelo , hijo mio , con una chispa solamente , era bastante para que se te quemara todo.

—Déjame en paz , vuelve à acostarte si tienes miedo ; lo que es yo , voy á salvar à esa pobre muger.

—Pero , hijo , si te ven en medio de las llamas , con ese vestido colorado , te tendrán por un vampiro , ó por un diablo del infierno.

En este momento el jòven bombero vuelve á aparecer sofocado y diciendo, que no ha podido penetrar por las habitaciones interiores , por que estaban ya incendiadas... quiere hablar mas , pero las llamas lo ahogan y vese obligado à bajar al momento.

Un crujido terrible, espantoso oyòse repentinamente: era la casa que se habia desplomado: à este espectàculo, lastimeros gritos de terror y de estremecimiento , resonaban por todas

partes. No habia que dudarlo, la pobre Clemencia habia sido victima de las devoradoras llamas.

Pocos momentos despues, no se viera mas que un monton de escombros y cenizas.



11.

La convalecencia.

EN una silla poltrona con ruedas situada á una corta distancia de la chimenea , estaba Riberprè sentado y embutido en los numerosos cojines de pluma que lo rodeaban por todas partes. Envuelto en una primorosa bata de mañana y con la cabeza cubierta con un gorro de seda bordado de oro , el convalesciente parecia profundamente absorto en sus pensamientos.

De tiempo en tiempo , sus ojos , vagos e

inquietos , se fijaban en la puerta de entrada con indecible ansiedad , y tambien solia tocar una campanilla que tenia à su lado. Entonces aparecia Picard y el banquero preguntaba:

—Vuestra señora... ha vuelto?

—Todavia no , señor.

El criado se marchaba y Riberprè volvia á quedar solo. La enfermedad súbita y cruel habia dejado una huella terrible de sus pasos sobre el banquero. La parálisis de su lado izquierdo empezaba ya á ceder à los esfuerzos de la ciencia. Pero los ojos del convalesciente no tenian aquella vivacidad, aquella espresion de malicia y astucia que otras veces: su palabra era lenta y difícil ; en fin , el moral se hallaba tan atacada como el físico. Riberprè no era ya el hombre altanero y orgulloso; era si un enfermo débil , sufrido y maniático que no podia pasar un momento sin Camila y se creia perdido cuando aquella muger no estaba à su lado.

Riberprè volvió á sonar otra vez la campanilla. Esta vez era la camarera de Camila la que se presentó.

—No ha venido todavia? preguntò el enfermo.

—No , señor.

—Qué hora es?

—Las tres... Quiere usted algo?

—Nada.

—Quereis ver à las señoritas?

—Bueno.

Un momento despues se presentaron ante su padre, Emelina y Elvina, siempre tan unidas y cariñosas.

—Buenos dias , papá, dijo Elvina con voz argentina. Como os encontrais?.. Mejor ¿no es verdad?

—Sí, mejor... pero todavia... no estoy como quiero.

—Ya! el sanar de una enfermedad tan aguda , no son buñuelos que se echan à freir... Emelina , muchacha , que haces ahí escondida?.. arrímate, no parece sino que tienes miedo.

Emelina aproximóse á su padre.

—Buenos dias , padre mio , cuanto me alegro que os encontreis mejor... no puede usted figurarse la pena que hemos tenido por vuestros males ; mucho mas , cuando no nos han permitido el que os cuidémos tambien.

Habia tanta veracidad y melodia en estas palabras, que el banquero se sintió conmovido.

—Gracias , hija mía , gracias... pero que tienes?.. Te encuentro mas cambiada... ¿estás quizás mala tambien?

—Emelina no està mala , exclamó Elvina; pero sí muy triste... Mr. Isidoro Marcelay se ha marchado à ver á su tio que està tambien malo... porque todo el mundo està malo ahora. Vaya un fastidio!

Emelina hizo señas á Elvina para que se callara ; mas esta no hizo caso y continuò:

—Conque ya comprendereis , papá , si tendrá ó no tristeza... Yo lo siento tanto!.. por que si vierais , papá , nos queremos con unos extremos... y tambien nos tuteamos... Qué os parece?

—Que debe ser así... las hermanas...

—Oh! lo ves , Emelina? papá lo aprueba... Pues como os iba diciendo , mi hermana , cada vez està mas triste y temo mucho que tambien caiga mala... de modo que , si pudièramos ir al campo... ¡es tan divertido el campo!.. Bien sabéis que el facultativo ha dicho que , para la delicadeza de mi pecho , me convienen mucho los aires puros del campo... Y luego esa posesion tan bonita que habeis comprado en los alrededores de Meaux. ¿La verémos pronto?

—Pero , hija mia... es preciso... que yo me restablezca , para...

—Ah! es justo ; pero estoy segura que os haria mucho provecho la campiña... supuesto que se lo mandan à todas las personas achaco-

sas... por qué no se lo mandan à usted?

—Es porque... debo estar en Paris... para que mi facultativo me vea... muy amenudo...

—Ah! que desgracia!.. Oh! aquí está ya mamá.

En efecto , la puerta del gabinete se habia abierto y Camila apareció en la escena, agitada y temblorosa , pero con una señal de triunfo y alborozo á la vez.

Camila se habia llegado al convalesciente y despues de haberle dirigido una mirada llena de amor , habia dicho á las dos jóvenes:

—Señoritas , pueden ustedes retirarse.

Las dos jóvenes se alejaron.

—Cuanto tiempo habeis estado fuera ; dijo Riberpré á Camila, con el candor que un hijo enfermo habla á su madre, asi que se quedaron solos.

—Ay! amigo mio , no es culpa mia si he tardado tanto... vuestros negocios... Y como os sentís?

—Bastante regular.

—Habeis tomado algo?

—Sí, un candiel... pero no tengo apetito...

—Paciencia , él volverá.

—Y habeis despachado mis negocios?

—Sí, mañana sin falta , entrarán en caja los nuevos fondos.

—Ah! me alegro... cuan feliz soy en teneros por compañera!

Camila, despues de haber arreglado y movido de nuevo los almohadones de Riberpré, con una solicitud y cariño inconcebible, cojió una silla y sentóse al lado del convalesciente. Mas era preciso ser muy ciego para no ver la agitacion y el temblor nervioso de que estaba poseida.

—Què teneis, querida mia?... temblais!.. por desgracia estais mala tambien?... por qué suspirais?

—En efecto... no estoy mala; pero... es una cosa tan estraña!.. que...

—Vamos, contadme... Alguno de mis deudores se ha marchado de Paris?... Alguno de mis corresponsales á hecho banca rota?

—No... no es eso...

—Entonces hablad... Es algun pesar que os atlige?

—No, mentiría si os dijese que era un pesar para mí; todo lo contrario... pero la sorpresar... el momento...

—Vamos, Camila, ya estoy impaciente por saber esa noticia tan original...

—Pues bien, al salir de casa, me encontré con un hombre que venia de Corbeil à ver à la señorita Euclina, para decirle...

—Alguna niñada... noticias ó memorias de su madre.

—No, caballero, sino que esta pasada noche se ha incendiado la casa habitada por...

—Por mi muger? dijo el banquero levantándose casi de su silla.

—Sí, justamente... las llamas han devorado toda la casa, reduciéndola á cenizas y...

—No se ha salvado!..

—Solamente la criada... Vuestra esposa ha perecido en medio de las llamas, sin que nadie haya podido salvarla...

—Ella ha muerto!.. infeliz!..

Riberpré derramò una lágrima; pero pronto recobró su carácter insensible y continuò:

—Con que es decir que estoy viudo.

—Sí, amigo mio, ya habeis recobrado vuestra libertad... sois dueño enteramente de vos mismo.

—Tanto mejor.

Camila conociò que este no era el momento oportuno de obrar y hacer que el banquero le entregase la nueva libertad que él habia recobrado.

Huvo un momento de silencio; pasado el cual dijo el convalesciente:

—Y ese hombre que ha venido de Corbeil... es preciso que no vea á mi hija Emeli-

na... oh! seria matarla... y sin embargo, por mas cuidado que se ponga... en impedir que llegue hasta ella tan fatal nueva... los criados son unos brutos... y...

—No os fatiguedis, amigo mio, yo me encargare de todo. Nuestra Elvina tiene deseos de ir al campo, à esa magnifica quinta que habeis comprado.

—Es verdad, ahora poco me estaba hablando de ella y...

—Pues bien, si os parece, enviaremos à Elvina y à Emelina à esa casa de campo. Ah! no hay temor que esa pobre niña sepa noticias desgraciadas y... Qué os parece mi proyecto?

—Pero yo no quiero que me abandoneis... qué será entonces de mí?.. Consiento en que se vayan con tal que vos no las acompañeis... Porque, ós lo repito, no quiero que me abandoneis ni un momento.

—Como tengo de alejarme de vos! No debeis pensarlo, amigo mio, pues me haceis poco favor en ello. Desde que estais malo, me he ausentado alguna vez? Si lo he hecho hoy, no ha sido porque vos mismo lo habeis mandado? Me habeis oido quejar ni murmurar de disgusto, cuando he pasado los dias y las noches sentada à vuestra cabecera? Os han parecido mis cuidados alguna vez menos afectuo-

ros? mis caricias menos tiernas?

—No... no... me habeis cuidado perfectamente... habeis cumplido con la mision de una amiga tierna y cariñosa; contestò el banquero estrechando una mano de Camila. Asi es, que os probaré... que soy reconocido...

—Dejaos de eso ahora; lo que interesa es, que os restablezcáis cuanto antes. Voy á ver á esas niñas y le participaré lo que hemos decidido de que se retiren al campo por algun tiempo.

—Si, id y volved cuanto antes.

A las diez de la noche Riberprè estaba en siete sueños: Camila, aprovechando la ocasion salió furtivamente de su casa y se dirigió á la de su amante.

Monvillars aguardaba á Camila. Desde que el amante de esta odiosa muger habia encontrado al hombre que habia sido testigo de su duelo, temia el que lo delatasen por un asesino; y si antes sus salidas eran raras, ahora lo eran mas. Pero las relaciones de Isidoro Marcelay con aquel hombre misterioso, eran para Monvillars incomprensibles. No obstante, él se habia figurado una brillante fortuna, y aunque despues tuviera que abandonar la Francia, lo haria con gusto viéndose opulen-

to para procurarse en otro país los placeres que dejaba en París.

Camila apareció en el gabinete de Monvillars.

—Cómo tan tarde, amiga mía? preguntóle su amante. Decidme, como ha recibido el banquero la noticia de la muerte de su mujer?

—Con bastante indiferencia.

—De modo que ya pronto podeis decidirlo á que se despose con vos.

—Así lo espero y... aun lo aseguro.

—Tanto mejor.

—Si es que su muger no resucita antes.

—Qué ideas teneis, Camila!

—Escuchad, Santa-Lucia, se han visto cosas mas extraordinarias. Vos mismo, me habeis dicho que la sirvienta se ha salvado: y que cuando vinieron á salvar á madama Clermont, ya estaba la casa hecha cenizas; pues bien, en medio de esas cenizas, no se encontró su cadáver?

—Qué diablos quereis que se encontrara, de una persona que muere achicharrada por las llamas y que sucumbe bajo el desplomo de una casa reducida á cenizas? Nada, nada, ni aun el esqueleto.

—Bien, ya estoy mas tranquila; dijo Camila lanzando una sonrisa horrible.

—Y entre tanto, veamos... Habéis hecho lo que os dije?

—Sí, ya el banquero está decidido á dejarlas partir para la casa de campo, á Emelina y á mi hija.

—Perfectamente... trece leguas hay de aquí á esa granga... ya tengo tomadas mis medidas y...

—Sí, es preciso hacer que roben á esa niña y que sus raptores no vuelvan mas con ella.

—No, no basta eso, es preciso emplear medidas enérgicas. Es preciso que esa Emelina desaparezca de modo que no vuelva á aparecer jamás... Comprendéis?

Monvillars mira á Camila con sus siniestros ojos; y esta muger, á pesar de su depravacion, no puede soportar con tranquilidad las miradas de su amante y balbuce con apagada voz:

—Cómo! qué!.. vais á asesinar tambien á esa jóven?

—Voy á que la fortuna de Riberpré pase toda entera á vuestras manos, y que cuando seáis su esposa, nadie tenga que disputaros lo mas mínimo.

—Pero esa pobre jóven... morir...

—Pero, querida Camila, de donde nace esa piedad por la hija, cuando no la habéis tenido de la madre? Escuchadme, tengo citado

para el viérnes , un hombre pintiparado para esta clase de negocios , al cual tengo que prevenir de todo ; de consiguiente , fijad la partida para el sábado.

— Está bien.

— Tendreis cuidado que no se pongan en camino antes de la media noche , para que mis proyectos no sufran la menor contrariedad. Es preciso que instruyais de todo al cochero... Qué clase de hombre es ese?

— Oh! es un muchacho que obedece como un cosaco , sin replicas ni comentarios. Pero , amigo mio , tomad bien vuestras precauciones ; y que mi hija Elvina no corra ningun peligro.

— Tranquilizaos , bien lejos de eso , todo se hará de modo que vuestra hija no sospeche nada.

— Bien , para lo cual , como garantía de mi tranquilidad , necesito que me expliqueis vuestros proyectos.

— Dejadme obrar , yo os lo explicarè todo cuando esté concluido. Lo que necesito ahora es dinero , pues se me ha concluido el que tenia.

— Tomad , aquí os traigo tres mil francos : no hay bastante?

— Sí . eso me basta para terminar cuanto antes nuestra empresa. Camila , os prometo

que dentro de dos días, podreis casaros con el banquero. Toda su fortuna, para vos y para vuestra hija.

—Y para vos tambien, querido mio.

—En cuanto à Riberprè, vivirà todo el tiempo que yo quiera. Es chistoso! hace tiempo que me he vuelto el árbitro general de varios seres. Cuidado, amiga mia, no olvideis nada de cuanto os he dicho.

—Todo se practicará como me lo habeis prevenido. Pero... no he de veros antes de la partida de Elvina?

—No, tengo mil cosas que hacer, a demás, mientras mas nos vamos aprocsimando à nuestro anhelado objeto, mas prudencia y reserva necesitamos.

—Entonces, cuando os he de ver?

—El domingo en la noche... Venid à esta hora, ò mas tarde y entonces sabreis el resultado del viaje del sábado.

—Està bien, hasta el domingo.

—A Dios, dulce amiga

Camila estrechò convulsivamente la mano de Monvillars y desapareciò, no sin dejar de llevar bien marcadas en su frente las huellas de un horrendo crimen.

12.

Otro crimen horrendo.

ELVINA, con aquella tranquilidad y pureza de una jòven de diez y seis años, celebraba su pròxima partida á la granja. Un viage de trece leguas, era para ella ir al fin del mundo; y luego despues sin estar espiadas por sus padres, ni criado alguno, era una libertad de la que esperaba aprovecharse.

—Harcémos todo cuanto se nos antoje, respetia cien veces á su hermana Emelina. Llevaremos abundantes provisiones en el coche y

comerémos siempre que nos dé gana; además, llevarémos echadas las persianas y vidrieras para ver con descanso todo cuanto haya por el camino. Dicen que los viages instruyen mucho; de consiguiente, debémos aprovechar la ocasion; y luego que lleguèmos á la granja, redactarémos unas memorias de todo cuanto observémos y descubrámos importante.

La virtuosa hija de Clemencia aprobaba los discursos y proyectos de su hermana; pero no participaba de su alegría.

—Escucha, Julia, habia dicho Elvina á la doncella de su madre, han enganchado los caballos á la carretela?

—Todavía no, señorita.

—Y á qué aguarda el cochero?

—Espera las órdenes de vuestra madre para partir.

—Y no podemos despedirnos aun de papà.

—Tampoco, señorita, ya se os avisará.

Elvina se consumia de impaciencia. Emelina, resignada á todo, presumia que el viaje se habria diferido para otro dia. Por último, á eso de las doce y media, vinieron á avisar á las dos jóvenes que ya podian despedir de su padre.

El banquero estaba todavía en la cama: no se sentía muy bueno desde la víspera y espeta-

mentaba unos vértigos crueles. Las dos jóvenes entraron de puntillas en el aposento. Elvina murmuró en voz baja:

—A Dios, papá, no hemos querido partir sin veros antes.

—¿Qué, no es Camila? preguntó el banquero con ansiedad, donde está? por qué no se halla à mi lado como siempre?

—Está en su cuarto haciendo los preparativos de nuestro viage.

—A Dios, padre mio; dijo à su vez la pura hija de Cleuencía.

La voz de Emelina, tan semejante à la de su madre, hizo estremecer al banquero; el cual, sentándose en su lecho, hizo una seña à su hija para que se llegara à él.

Emelina aproximóse temblando; pero con grande admiracion suya, su padre le abrió los brazos, la estrechó contra su pecho y la imprimió un osculo en su frente. Por la primera vez sintióse Emelina enternecida hacia el autor de sus dias y lo estrechó tambien con toda la ternura de una buena hija.

Un momento despues, las dos jóvenes salieron de la estancia de su padre. Emelina encaminóse sola al salon, mientras que Elvina corre à despedirse de su madre.

El semblante de Camila tenia entonces

cierta cosa de espantoso: esta muger , aunque bella , parecia salir de la tumba ; pues estaba pàlida , con los lãbios cãrdenos y los ojos quebrados. A la vista de su hija , experimentò como un movimiento de frio y sus miembros se contorcieron. En medio de su infantil alegria , Elvina no notò nada.

—Vengo à abrazarte , mamá... porque tã me esperabas ;no es verdad?

—Sì , hija mia , te esperaba.

—Bien lo sabia yo... Tambien me alegro de que Julia no venga con nosotras: con eso nos divertiremos mas y... Es tan hermoso el viajar por la mañana! y ya es medio dia... y aunque esa pobre Emelina no dice nada , la creo tan impacientada como yo.

Cada vez que Camila oyera el nombre de Emelina , no podia contener un estremecimiento nervioso que hacia contrser todas sus facciones y que le daba un carácter infernal.

—Què tienes , mamá?

—Nada... ya podeis patir , la berlina está enganchada y...

—Pero , mamá , me lo dices de un modo!.. Estás incòmoda porque partimos al campo?.. si es así , nos quedaremos.

—No , partid... à Dios , hija mia , acuerdate mucho de tu madre.

Elvina abrazò à su madre y corriò à reunirse con su hermana.

En esta misma mañana, dos hombres, el uno con blusa azul y un sombrero de paja y el otro con otra blusa grisenta y un miserable casquetillo, habian llegado á la aldea de Meaux.

Hallábasen en una barraca, situada en la encrucijada del camino, comiendo y bebiendo con buen apetito. Monvillars á quien la blusa y el sombrero mal lo disfrazàran, no comia y guardaba silencio. Garguille, su compañero, comia por dos, bebia por cuatro y charlaba por veinte.

—Usted, caballero, no bebe nada?

—Ya te he dicho que me llames camarada.

—Ah! es muy justo. Y bien, camarada, usted no traga?

—Y eso qué te importa?

—A mí nada. Yo beberè por los dos... y entretanto, hemos venido de Paris aquí en coche y yo supongo que no habrá sido solamente para llenar el estómago. No me dice usted lo que hay que hacer?

—Lo sabrás cuando llegue la hora.

—Bueno! dijo Garguille apurando otro vaso.

Cada vez que un carruaje viniera hacia Meaux, Monvillars salía de la barraca á observar hacia donde se dirigía. En fin, á las cinco y media oyóse llegar al galope una elegante berlina conducida por un aldeano que blandía su látigo con orgullo, á fin de atraerse las miradas de todos, envanecido de verse transformado en postillon.

—Esta debe ser, murmuró Monvillars sentándose en un banco de piedra, despues de haber hecho señas á Garguille para que se quedara en la barraca.

La berlina se paró, el aldeano bajóse de su asiento, desengachó el caballo y poniéndole un saco de heno, lo dejó pastar á su gusto.

—Parece que se vá de posta; le dijo Monvillars.

—Sí, señor, temía el llegar tarde; pero ya veo que no me he descuidado.

—Venis de muy léjos?

—De una quinta de la cordillera.

—Ah! sí, justamente, será de esa que hace poco ha comprado un rico banquero de Paris.

—Cabalmente. Hoy parece que envía gente; y se me ha prevenido venga aquí á aguardarlas.

—Mientras tanto, venga usted y echará un trago con nosotros.

—Amigo, mil gracias. Qué os he hecho yo para que me trateis con tanta deferencia?

—Es que si usted no me lo ha hecho aun, podris hacèrmelo.

—Como?

—Venga usted y bebiendo se lo diremos todo.

Un momento despues, el conñado campesino estaba sentado á una mesa, entre Garguille y Monvillars.

—Nosotros vamos á Armentières: dijo el auante de Camila echando de beber al paisano. Y usted se marcha esta misma noche?

—Yo sí, conforme lleguen esas dos señoritas que vienen de Paris. Pero si van ustedes á Armentieres, llevan la misma ruta que yo.

—En efecto. Mas estamos tan fatigados!.. como que hemos venido de Paris á pies hasta aquí.

—Fuego! ya es buena caminata, once leguas larguissimas.

—Yo habia pensado una cosa... como quiere que usted lleva la misma vereda que nosotros y...

—Ya os veo venir. Usted quiere que lo lle-

ve yo en la berlina hasta la granja.

—En efecto, lo desearíamos, sino le sirviera á usted de molestia ; pues de lo contrario seguiremos á pié como hasta aquí.

El paisano se echó un trago y dijo:

—Verémos si se puede arreglar... ustedes me parecen buenos muchechos.

—Oh! y tan buenos , sin maldita la malicia: murmuró Garguille bebiendo con frenesí.

—Lo que es dentro de la carretela es imposible ; ya veis las dos señoritas son jóvenes... una de ellas es la hija del nuevo propietario...

—Oh! por su puesto , nosotros no decimos eso ; pero el asiento del cochero es largo y...

—Sí , cabe una persona mas ; pero ustedes son dos.

—Es verdad... pero en el estribo de detras no podía ir otro?

—Ya lo creo! pero es menester que vaya de pié , pues allí no hay asiento, y el pobre que lo intentara , se estropearía el tracero.

—Bueno , iré de pié con tal que haya donde agarrarme.

—Oh! lo que es eso no falta , pues hay dos fuertes correas destinadas para que se sostenga el lacayo.

—Camarada , creo que estamos arreglados.

—Sí, pero ustedes se están aquí y no montan hasta que las señoritas estén dentro... Además, creo será de noche cuando esas niñas lleguen, pues ya son cerca de las siete.

En esto oyóse el ruido de otro carruaje. El paisano salió de la cabaña.

—Amigo, el asunto marcha que ni á pedir de boca. Ese hombre es un bèstia y...

—Qué harémos con montar en el coche?

—Ya lo verá.

—Es verdad, se me olvidaba que á usted no le gustan las preguntas.

El carruaje que se había oído, era la carretela donde venian Elvina y Emelina. Las dos hermanas bajaron de ella y entraron en la berlina.

—Encended las linternas, mozo, pues la noche está muy oscura: gritó Elvina.

—Allá voy, señorita.

Mientras que el paisano encendia los faroles de la berlina, Monvillars aprovechó la ocasión y observó hácia que lado del carruaje estaba sentada la virtuosa hija de Clemencia, y de si las portezuelas se abrian con bastante facilidad.

—Vámos, le dijo el aldeano, suba usted, amigo, y que su compañero monte el estribo.

Monvillars subió al pescante haciendo una

seña à Garguille para que montara el estribo. Garguille lo hizo así , agarrándose á las correas de la espalda, y la berlina echò à andar.

—Cuántas leguas hay desde aquí á esa quinta? dijo Monvillars.

—Legua y media , que bien pueden contarse por dos ; luego el camino es algo escabroso, principalmente las orillas del salado y...

—Cuando lleguemos á ese sitio , para que el caballo no se fatigue , yo y mi compañero bajaremos y de ese modo continuareis vuestro camino con descanso.

—Lo harémos así , para que el caballo no se estropee ; porque sinó , quien demonio oye à mi tío!

Mientras que el aldeano hablaba , Monvillars aplicaba el oído á ver si se sentía ruido dentro de la berlina ; pero el mayor silencio reinara en ella.

Ya era de noche , y aunque se sintiera bastante frio , no dejaba de ser un tiempo hermoso. La luna , de tiempo en tiempo , descubria su argentino disco oculto algunas veces por negros nubarrones. Como lo habia dicho el paisano , el camino era tortuoso é incómodo, sombrío y alarmante. Por la derecha estaba rodeado de bosques silenciosos y por la izquierda de montañas imponentes. La vereda que

iban siguiendo, era donde principiaba el salado. Ya empezaban à subir una cuesta. El paisano soltó las riendas del caballo y acomodándose en su asiento, casi ya medio dormido, murmuró entre dientes:

—El caballo conoce su camino de consiguiente, dejémoslo que ande á su gusto.

—Oiga usted, mi amigo, dijo Monvillars bajándose del pescante, ya empezámos á subir la cuesta, y por lo tanto me he bajado para que se fatigue menos el animal.

—Ha hecho usted bien, así como así, iremos al paso y podreis seguirnos sin violentaros.

Como hemos dicho, Monvillars bajó de la berlina é hizo señas à Garguille para que lo imitára. El hombre de la blusa, bajóse de un salto del estribo, unióse á Monvillars y continuaron siguiendo la berlina; la cual estaba ya junto á lo mas hondo del salado, costeano la montaña, oscura y sombría, y bañado su pie por el imponente abismo de las encharcadas aguas.

—Ya llegó la hora, amigo mio, en que sepas la clase de negocio que vas á despachar y el cual te ha de valer quinientos francos.

—Vámos... ya escucho.

—En esa berlina que nos precede... vienen dos señetitas... y es preciso que dentro de un

momento, no haya mas que una... Comprendes?

—No soy tonto... Pero como hemos de sacarla del coche?

—Es cosa fácil. Las dos duermen que se las pelan. El aldeano está hecho un lirón. Abres la portezuela, cojes à la jóven con dulzura entre tus brazos...

—Y despues què hago?

Monvillers indicó con la cabeza á Garguille el salado profundo que estaba á sus pies. El miserable asesino hizo un movimiento que indicaba lo habia todo comprendido; pero rascóse la oreja y murmuró:

—Eso se puede hacer; pero quinientos francos es poco dinero... Yo quiero doble.

Monvillers que esperaba esta objecion, sacó su bolsa y entregando un billete de quinientos francos á Garguille, le dijo:

—Toma, ahora eso, que el otro te se dará cuando se despache el asunto.

Garguille miró el billete, se sonrió, lo metió en su faltriquera y contestó:

—Negocio concluido. Pero cual es la jóven que ha de desaparecer?

—La que está à la derecha del cochero... Comprendes? no vayas á equivocarte.

—Nosotros vamos detrás de la carretela;

pues bien , á mi derecha... la portezuela... que...

—Justamente.

—Lo hago ahora?

—Espera , yo te avisaré.

Y los dos hombres seguian silenciosos la berlina que no andaba sino al paso. Todo parecia conspirar en este momento á favorecer los proyectos horribles de Monvillars: el sueño del aldeano , la pereza del caballo , la vereda desierta que seguian y las aguas cenagosas del salado á sus pies. Este era un momento solemne y los dos miserables que meditaban este horroroso crimen , no tenian sino al cielo por testigo.

Veinte minutos mas siguen caminando: al fin Monvillars murmura con apagada voz:

—Ya... ya es tiempo.

—Voy al instante.

En dos saltos , encajóse Garguille , junto á la portezuela de la derecha , la abrió silenciosamente y... las dos jóvenes dormian profundamente. Garguille subió al estribo, estendió sus largos brazos y sacó dulcemente á la joven que tenia á su lado, que dormia con descanso y con divina respiracion. Cargado con este fardo precioso , el miserable marcha hácia la orilla del salado... oyese un ruido sor-

do... las aguas se han separado y... todo habia concluido para aquella inocente jóven.

Unos momentos despues, viòse aparecer sobre el agua un bulto que se movia... al instante desapareció enteramente bajo las olas.



15.

La recuñida.

LA noche del domingo indicado á Camila por Monvillars para noticiarle los sucesos del viaje, esta muger aguardaba con impaciencia que Riberpré se durmiera para dirigirse à casa de su amante.

Pero el banquero se sentia mucho mejor que otros dias y no tenia ganas de dormir por cierto; notaba mas que otras veces el terrible desasosiego de su querida.

—Què teneis, mi querida Camila? dijo al

•

fin el enfermo sorprendido de haber hecho ya por tres veces la misma pregunta, sin haber obtenido la menor contestacion.

—No tengo nada, amigo mio... por qué lo preguntais?

—Es que ya tres veces os he preguntado si las niñas han llegado con felicidad à la granja y no me habeis contestado.

—Oh! perdonad... en efecto, no habia entendido bien... la fatiga! à pesar mio, ya me voy sintiendo de las continuas vigiliass que paso à vuestro lado... pero que quereis, amigo mio!.. nuestro pobre cuerpo no tiene siempre la misma fuerza que nuestra voluntad y...

—Siempre, Camila, eludis mis preguntas.

—Cómo quereis que os diga cosas que ignoro completamente?

—Ah! no sabeis nada? No obstante, ya era tiempo; ese cochero, Juan, es un viento por los caminos.

—No teneis ganas de dormir, amigo mio?

—Todavia no... Estoy pensando, que no veo por aqui à ninguno de mis amigos tan asiduos y constantes à mis reuniones.

—Han venido à preguntar por vuestra salud repetidas veces; pero no he permitido que entren, porque el facultativo lo ha mandado... supuesto que el hablar os es perjudicial.

—Sí... pero la reunion... el ver jentes distrae... y tambien por vos, que estareis tan aburrida...

—Yo no me fastidio nunca ò vuestro lado!

Al decir esto, Camila miraba con impaciencia al reloj que señalaba les once menos cinco.

«No se dormirá este demonio! murmuraba para sí con ira y furor.»

—Pobre Emelina!!! balbució el banquero al cabo de un buen rato y dando un grande bostezo.

—Cómo! exclamó Camila espantada por el remordimiento. Por qué decís pobre Emelina?.. Sabeis por ventura... presentis la desgracia que...

—Qué desgracia? dijo Riberpré admirado. habeis olvidado que la infeliz acaba de perder á su madre?.. su madre, à la que tanto amaba... de la que no queria separarse... oh! el corazon le decia que no la habia de volver á ver mas... Cuando concluya el luto, la casaré con Mr. Marcelay, y la dotaré... ese jòven no es interesado y... luego ella... Emelina... debe...

Los ojos del banquero se cerraron. Estaba ya dormido.

—Al fin! murmurò Camila. Ah! tú pien-

sas... en tu Emelina?... Santa-Lucía tenia razon , no debémos tomar sino medidas enérgicas... Esta jóven siempre seria un obstáculo poderoso entre Elvina y su padre.

Monvillars habia vuelto à Paris aquella misma mañana: despues de haber dormido en Lagny , en una posada donde trocara otra vez sus miserables vestidos de bandido , por los de hombre de gran tono , habia entrado en la capital, buscando à fuerza de audacia el dar una espresion calmante y tranquila à su fisonomia; no obstante, conocia que el crimen habia marcado sus huellas.

Cuando Monvillars vió entrar à Camila en su casa , se apresurò á decirle el detall de su viaje y su resultado. Aquella muger , familiarizada con el crimen , experimentaba à su pesar un secreto rubor al escuchar aquella horrible narracion.

—Pero ya debiamos , dijo , haber recibido una carta del conserje en la que nos participara esa funesta noticia; y no obstante , nada ha mandado decir.

—Y bien , contestòle Monvillars : nada de eso debe daros que sospechar. Todos los obstáculos que se oponian à vuestra fortuna , todos estàn destruidos. Ya he cumplido mi promesa.

«hora os toca á vos cumplir la vuestra, haciendo á Riberpré que se case con vos... porque si muriera antes de hacerlo, de nada serviria el que yo hubiera trabajado.

—Sí, sí, ya lo se... oh! el se casará conmigo!... está hoy dia que no se haya sin mí; por consiguiente, si se obstina, lo amenazo con que lo dejo para siempre.

—Y Mr. Isidoro Marcelay?

—Todavía no ha vuelto à Paris.

—Procurad que el contrato se firme antes que ese jóven vuelva. Una vez esposa de Riberpré, no temais nada; pero si por desgracia se pierde algo de lo adelantado, será difícil la reparacion.

—Descuidad, amigo mio... vos habeis allanado los obstáculos, á mí me toca terminar la obra, á fin de probaros mi amor y mi reconocimiento.

Y estos dos seres, nacidos para entenderse en el crimen y el horror, se separaron, esta vez, sin darse la menor prueba de ternura.

En la mañana siguiente, un criado entregaba á Riberpré una carta timbrada en Meaux y que acababa de traer la estafeta.

Camila estaba como de costumbre al lado del banquero y aunque esperaba la noticia, no

pudo menos de estremecerse al ver la carta en manos del banquero.

—Ya hay noticias de las niñas? dijo Ribberpré abriendo la carta. Diablos!.. nos contarán que han llegados buenas y que... pero pardiez! esta letra no es de Elvina ni de Emelina... que letrazas! que palitroques!.. mirad , Camila , mirad que caractères tan terribles.

—Si , en efecto, murmuró Camila examinando la carta. Puede que sea el mismo conserje participandoos alguna desgracia...

—Qué majaderia! estais Camila alarmante. Esto será, que ese camuezo me mandará á pedir dinero , pues siempre hay reparaciones que hacer... vallados que levantar... Veamos:

«Muy señor mio: cojo la pluma para manifestarle á usted un suceso que no comprendo; por lo tanto molesto su atencion , porque así lo ecsije el asunto , pues es concerniente á usted...»

—Estos campusinos , que holonios son en todas sus cosas!

—Dejadme yo la leeré por vos.

—No... no... esto me distraerá alguna cosa.

«Me habiais anunciado que mandabais dos

señoritas y no hemos recibido mas que una.»

—Una!! exclamò Camila.

—Aguardad, sin duda este béstia no sabrà esplicarse.

«Sin embargo, mi sobrino asegura y dice, que dos señoritas subieron à la berlina ; pero lo cierto es , que aquí no ha llegado mas que una , dormida sobre la banqueta.»

—Dios mio!

—Dejadme , Camila , que acabe este gero-glífico... Vaya una cosa extraordinaria!

«La señorita única que ha llegado , y que es vuestra hija , se puso à llorar asi que se viò sola, y ha preguntado lo que ha sucedido à su hermana... Mi sobrino està perplejo, no comprende jota de esta baraunda. Solamente dice, que cuando subia la loma , unos hombres seguian la berlina de léjos. Pero... me estremezco al escribiroslo; hoy se ha encontrado á una señorita jóven , ahogada en el salado , à media legua de aquí. No he querido decir nada de esto à su hija de usted por no afligirla mas y...»

La carta se resbaló de las manos trémulas

del banquero. Camila impulsada por el mismo horror exclamó:

—Ah! pobre Emelina! yo no te amaba y sin embargo, me estremezco de tu muerte... infeliz, muerta tan joven!

Riberprè levantó la cabeza y mirando à Camila singularmente, le dijo:

—Cómo podeis afirmar que es Emelina la que ha muerto y no Elvina?... ya veis que el conserje no dice cual... todas dos son mis hijas y ante Dios y los hombres, solo Emelina era la legítima à llevar este título... Oh! Dios mio! en tan poco tiempo ella y su madre!.. Es preciso, Camila, que escribais al conserje hoy mismo para que aclare mas este punto... Lo hareis así?

—Sin duda, hoy mismo... os lo prometo.

—Ahogada!.. ahogada!.. que cosa tan espantosa!

—Pero qué quereis! vuestra hija Emelina tenia un carácter romanesco, tal vez haya sabido la muerte de su madre y se haya suicidado por no poder soportar la pena... Pero estais lívido, temblais; qué teneis, amigo mio?

—Muerta!.. mi hija!.. ahogada!

—Pero animaos... vuestros ojos se eclipsan... se tuercen, Dios mio!.. vá à morir quien?

En efecto, el banquero acababa de esperi-

mentar un nuevo ataque. Camila sonò la campanilla , grita , llama , se lamenta ; en un momento acude el doctor y se le prodigan los medicamentos.

Gracias à la prontitud con que acudieran, el doctor pudo al fin hacer volver en sí al enfermo. Pero un atontamiento, un abatimiento extraordinario sucedió á esta crisis. Durante todo el dia , Riberpré no pronunció una palabra y estaba indiferente à cuanto pasara á su redor.

Camila experimentaba las mas negras angustias ; no se atrevia á hablar al enfermo. pues el doctor habia declarado que la mas ligera emocion , podia costarle la vida ; y sin embargo , si en vez de ponerse bueno se quedaba así para siempre , tampoco Camila lograria su objeto anhelado , para el cual no habia perdonado crimen alguno.

Ocho dias se pasan: ocho siglos para Camila que no habia abandonado ni un momento la cabecera del paciente. Pero Riberpré estaba ya mejor. Ya podia levantarse y volver otra vez à su poltrona ; pero la recaída que habia sufrido , le habia acabado de aniquilar completamente todas sus facultades morales: ahora si que era un hombre sin voluntad , ni enerjia y que no presentaba resistencia à cuan-

to querian hacer de él. Por último , estaba tal como Camila lo queria.

Uno de los dias en que ella estaba á su lado como de costumbre y que lo miraba con atencion profunda , el enfermo , no pudiendo soportar aquel ecsàmen, ballució con una voz sumamente apagada:

—Por qué me... mirais... asi... con tanta... perseverancia?... qué... pensais?

—Estoy pensando en esta segunda crisis que os ha durado diez dias y en la cual, si hubierais desgraciadamente muerto , què hubiera sido de mi y de vuestra hija Elvina... Antes que erais casado , mereciais disculpa; pero ahora que estais viudo... ahora que sois libre... ¿qué es lo que haceis por nosotras?... Nada... ah! sois un ingrato... Si yo estuviera sola , sino tuviera una hija, seguro está que os molestàra ; pero yo debo mirar por el porvenir de mi Elvina , de la cual ni aun os acordais... Pues bien, en su nombre os digo , que ya es tiempo de acabar.

—Acabar!.. què? preguntò Riberpré con aire simplon.

—Que os caseis conmigo... comprendeis?... Yo quiero ser vuestra muger... yo quiero que por un contrato , en toda regla , asegureis á mi y á mi hija toda vuestra fortuna...

—Quereis... que me case con vos?

—Me parece que es cosa bastante natural y que no haceis nada con eso?

—Oh! sí... yo no digo que no lo haré... pero tiempo hay, cuando yo me restablezca completamente... cuando esté bueno...

—Cuando esteis bueno!.. qué egoista sois, caballero!.. Y si una nueva crisis os arrebatara la vida, qué será de mi hija y de mi? No, caballero, es necesario acabar de una vez. Ahora gozais de todas vuestras facultades; pues bien, haced venir á vuestro notario, declaradle vuestras intenciones... yo quiero que el contrato se firme dentro de tres dias... sí, dentro de tres dias quiero ser vuestra muger... llamad los testigos y despachémoslos en esta semana.

Riberpré escuchaba todo esto con suma indiferencia, como un hombre poco satisfecho de lo que oye. Luego que Camila concluyera de hablar, levantó la cabeza y murmuró:

—Me parece, señora, que no estoy tan malo como para que precipitémos este asunto... Lo contrario es agrabarme mas y hacer mas penoso mi estado.

—Bien, caballero, aguardareis todo el tiempo que querais, exclamó Camila levantándose; pero no será mas á mi lado.

—Pues qué vais á hacer?

—Abandonar esta casa , abandonar para siempre á un hombre que no es digno de los sacrificios que por él he hecho.

—Abandonarme!.. oh! no... no lo hareis.

—Sí , caballero , lo haré y hoy mismo. He tomado mi resolucion.

—Camila , quereis matarme?.. qué será de mí sin vuestros cuidados?

—Qué os importan , sino quereis premierlos?.. No , no sois digno del sacrificio de mi vida. A Dios , caballero , para siempre.

—Camila!.. Camila , quedaos... quedaos por piedad... yo haré todo lo que querais.

—Llamareis hoy al notario?.. Estendereis el contrato á mi gusto?

—Hoy mismo sin falta... Podeis dar para ello las órdenes que tengais por conveniente.

—Y lo firmareis hoy mismo?

—Al momento?

—Yo convidaré para la ceremonia à cuantas personas quiera?

—Sois la dueña , Camila.

—Gracias , caballero , al fin me probais vuestra amistad ; por lo tanto , teneis derecho á la mia y os consagrarè como hasta aqui todos mis momentos.

.

En la mañana del día siguiente , recibia Monvillars un billete de Camila , concebido en estos términos:

«El día del triunfo ha llegado en fin. Pasado mañana , á las tres de la tarde , se firma el contrato de mi matrimonio con el banquero. Quiero que seais uno de los concurrentes á la ceremonia. No temais nada , pues Riberpré es un autómata que se mueve á mi gusto y placer. Ya , amado mio , llegó la hora de la felicidad; y nuestra dicha será completa. No quiero hacer venir á Elvina del campo , hasta que todo esté terminado ; es preciso que crea he sido siempre la esposa lejitima de su padre. A Dios , tuya siempre.—

«CAMILA.»

Monvillars , apenas concluyó de leerla, la arrojó al fuego y exclamó con alegría infernal:

—Bien... me protege la fortuna!.. Pero necesito agotar mi venganza... yo no abandonaré la Francia , mientras la ingrata Valeria quede aquí para gozar de su amor con otro... Venganza!.. Venganza!

Ultimo asesinato.

LLA víspera del día fijado para el casamiento de Camila con Riberpré, Monvillars, mas sombriamente que nunca, había salido de su casa, dirigiéndose hacia la de lady Willmore.

Cual era su esperanza, su deseo, al dirigir sus pasos hacia la calle de la Torre d'Avergne? Era el ver salir á Valeria y seguir los pasos de su elegante cupò? Tal vez ni él mismo lo supiera; mas lo cierto es, que acechaba y espía aquella casa de la que había sido rechazado ig-

nominosamente ¿con qué fin? lo ignoramos completamente: luego verèmos.

De repente àbrese la puerta cochera de lady Willmore, un hombre sale de ella; trata de reconocerlo... es el bendito Fortincourt.

—Calla! esclama este al reconocer á Monvillars: es mi querido Santa-Lucía!.. donde andais, querido, que habeis olvidado á vuestros mas caros amigos?

—Escusadme, mi amado Fortincourt... pero tengo tantos negocios!

—Ya! ¿quehaceres en la bolsa... oh! sois un hombre hábil... cuadruplicais prodigiosamente vuestro caudal... Cuanto tiempo hace que no os veo? Toma!.. desde la noche de mi baile... de mi delicioso baile, que concluyó tan tristemente por la terrible anèdota que contó ese endemoniado de Mr. Krey... ò de Kraje... jamás puedo acordarme de ese maldito nombre.

—Habeis vuelto à ver à ese caballero?

—No, pero ni falta... Tiene el aire tan grave como un juez de instruccion... Ademàs, no puedo ver à esas personas que no son divertidas sino para un entierro y que cuentan cosas que cesaltan los nervios á las señoras... Pobre lady Willmore!.. Os acordais con la convulsion, el rebolcon que se diò un mi al-

fombra... Si la escena no hubiera sido tan triste, ya hubieramos sacado partido de ella... Vos mismo, amigo mio, ahora recuerdo que teniais la cara como un difunto.

—Sí, un ataque de bilis, repentino!.. Y lady Willmore sigue mejor?

—Iremos muy poco á poco. Al dia siguiente vine à su casa à saber como seguia. Me dijeron que milady estaba mala y que no recibia à nadie. Muy bien! Vuelvo al dia siguiente, la misma respuesta. Volví mucho dias despues... idem. Al sétimo estaba mejor; pero tampoco recibia. No me desanimé por esto. Todo lo contrario, con las mujeres se necesita perseverancia y firmeza... Oh! si uno desmaya!.. entonces... De qué estaba yo hablando? No me acuerdo...

—De que no os recibia.

—Ah! sí, pues bien, querido, al fin hoy he sido mas dichoso. Me ha recibido. Acabo de verla.

—Ah! la habeis visto?

—Pobre jòven! parece mentira lo que este ataque de nervios la ha cambiado. Está mas delgada, mas ojerosa... mas triste... No obstante, siempre está hermosa y divina... Yo le he aconsejado los baños de... los baños de Baden... Baden. Bien sabeis que esas aguas con-

fortan , robustecen y quitan los humores... en fin , las mugeres todas debian bañarse en esas aguas.

—Y de qué os ha hablado la jòven lady?

—De qué? ah! de una sola cosa que... la verdad , me ha picado mucho y si yo fuera celoso... pero quid! ella se pirra por mí.

—Y qué cosa es esa?.. De quien os ha hablado?

— De ese jòven Isidoro Marcelay.

—Y qué os decia de él?

— Parece que ese jòven le interesa mucho...

Yo no sè el porqué , pues al fin , aunque ese chico tenga algunas pulgadas mas que yo... la altura no constituye el mérito... Napoleon era pequeño... tendria mi talla , sobre poco mas ó menos... Yo estoy persuadido que con un sombrero de tres picos , su facha y un leviton gris, me pareceria al emperador, por detras... todo el cuartel de inválidos correria tras de mí creyendo...

— Ah! Fortincourt! acabad lo que deciais.

— Y qué estaba yo diciendo?.. Ah! sí; lady Willmore me preguntaba: «Mr. Macelay está todavia con su tio?» Y cuando yo le dije: «No, madama, ya ha vuelto.» Entonces se sonrió con dulzura.

—Y qué... es cierto que ha vuelto ese Isi-

doro Marcelay? exclamó Monvillars sacudiendo el brazo de Fortincourt con furor.

—Poco á poco, que me zamarreais. Creo que os va à repetir otra vez el ataque de bilis repentino?

—Como sabeis que Mr. Isidoro està en Paris?

—Pardiez! porque lo he encontrado esta mañana mismo, al dirigirme á casa de mi bella viuda. Le di los buenos dias. Habia una hora solamente que habia llegado. Yo quise informarme de la salud de su tio; pero abandonóme repentinamente... como cuando le hablan á uno de la luna y piensa en el sol.

—Y quien le ha dicho à lady Willmere que ese caballero estaba ausente de Paris, supuesto que desde el dia del baile ha estado mala y no recibia à nadie?

—Calla! y es verdad! Quien puede haberla dicho eso?... Yo no habia hecho esa reflexion y sin embargo, como amante, tenia derecho ha hacerla primero... pero estoy tan distraido! Le he contado á mi bella anglo-francesa la gran noticia...

—Qué gran noticia?

—Pues qué, no lo sabeis? Vos, amigo intimo de la casa, no estais tambien convidado à la ceremonia?

—Qué ceremonia?

—Riberprè que se casa con... su muger...

A fé mia , os confieso que cuando recibí la invitacion , me quedè lelo. Y vos?

—Yo no... Qué tiene eso de estraño , amigo mio?

—Es que yo creia à la bella Camila la muger del banquero; y ahora salimos con que es *buenamente su querida*. Este diablo Riberprè nos ha pegado un pastel bueno. Y vos sabiais que no estaban casados?

—Yo no ; pero ademàs , à mí qué me importa?

—Sin duda , pero estoy observando que mientras mas funantas son las mugeres , mas hipócritas son. No es por la bella Camila por quien yo lo digo , sino por *lo general*. En cuanto à Riberprè , hace bien en casarse. Cuando uno ha vivido mucho tiempo con una muger y tiene un chiquillo de ella , bueno es que se case; es verdad , que es una desgracia el matrimonio ; pero las costumbres ante todo. Vos , Santa-Lucia , me seguis?

—No , tengo que hacer , espero á un sujeto...

—En ese caso os abandono. A Dios , querido , hasta mañana en casa de Riberprè... Pobrecillo! hará un estropeado marido!.. Dícen

que está casi impotente... Si convidarán por eso tantos testigos... Ah! si yo me casara, qué fiesta!.. qué embriaguez!.. qué voluptuosidad!.. qué... De que estaba yo hablando?..

—Hasta mañana.

—Ah! sí... es muy justo... amigo mio, hasta mañana.

Fortincourt alejóse: Monvillars retiróse otra vez á su emboscada. El interés de la bella viuda por el jóven Isidoro , las preguntas que le habia hecho á Fortincourt, la noticia de que el doncel estaba en Paris; todo se reunia para mortificar las sospechas y los celos de Monvillars.

Veinte minutos liciera que este estuviera de nuevo en observacion, cuando ve salir á un criado de Valeria con una carta en la mano. Monvillars lo sigue. El criado toma el camino que conduce para la casa de Isidoro Marcelay. No hay que dudarlo, la carta es una cita para el jóven. En efecto, al criado entra en casa de Isidoro; pero sale inmediatamente.

Monvillars adivina que Isidoro no está en su casa, puesto que no ha tenido tiempo para subir la escalera; de consiguiente, la carta está en poder del portero. Y cómo hacerse de ella? Cómo arrancar aquella carta de las manos del conserje? Cómo enterarse de lo que Vale-

ria escribe al doncel? No obstante, todo esto es preciso, es indispensable poseer el billete. Durante algun tiempo Monvillars se pasea pensativo é ideando como ha de solventar tan grande dificultad, cuando repara en un pilluelo, en un granuja que estaba comiendo pan y naranja, sentado en el escalon de un zaguan.

—Muchacho, le dice Monvillars, te doy diez francos, como me traigas una carta que un criado acaba de dejar en la casa de enfrente... dirigida á Mr. Isidoro Marcelay.

El granuja echa á correr y no tarda nada en volver con la deseada carta. Monvillars se queda admirado.

—Diablo! como te has compuesto para obtenerla tan pronto?

—Diantre! fui y le dije á la portera, que tiene una cara como una sibyla: «Señora, Mr. Isidoro Marcelay que está en el café de enfrente, me envia por una carta que dice han dejado aquí ahora poco para él.» «Toma.» Y me la dió; era *negocio fácil*.

Monvillars sonriéndose de tan prematura malicia, le dió el doble de lo que le habia prometido. El granuja se retiró diciendo que *iba a sacse el vientre de mal año*.

La mano de Monvillars temblaba con el peso del billete y ardiéndole la sangre en las

venas , abriólo con desesperacion y leyó lo siguiente:

«Caballero: al recibir esta , no dejareis de sorprenderos de la libertad que me tomo al escribiros , cuando apenas os conozco. No obstante, disculpareis mi confianza cuando no ignoreis la causa que la motiva. Quiero, incauto jòven , libraros de mil peligros y desgracias haciendos conocer á un hombre... á un hombre que se dice amigo vuestro... un hombre que vuestra sencillez no se desdeña en estrechar su mano ; pero que si lo conociérais como yo, retrocederiais de él horrorizado. Este hombre que se llama hoy dia Santa-Lucia , es un infame , un miserable , á quien quiero arrancar la máscara ante los ojos de la sociedad... Yo desafío y arrostro la venganza de ese monstruo... sí , conozco que mi deber es hablar... Esta noche , entre nueve y diez , os espero ; sed generoso y no falteis á una entrevista tan importante para vuestra tranquilidad. Mi portero está prevenido , yo no estaré visible sino para vos. Nombraos y es suficiente , al momento os llevarán á mi lado. Hasta esta noche , caballero , y confio en vuestra finura y delicadeza que no os esperaré en vano.—

«LADY WILLMORE.»

Una infinidad de veces releyò Monvillars la deseada carta: despues la hizo una pelota y se la metiò en el bolsillo murmurando:

—No, Valeria... no, aguardarás en vano... Te lo aseguro.

A las diez menos cuarto de aquella noche, un hombre cubierto con un enorme sombrero, reliado en una capa negra y enbozado hasta los ojos, entrò en la elegante casa ocupada por la jòven viuda lady Willmore.

—Yo soy Isidoro Marcelay, dijo el incògnito al portero: vuestra señora os habrá dado òrdenes de que me lleveis à su presencia.

—Está bien, caballero, contestò el conserge... Tenga usted la bondad de seguirme.

El portero, seguido del embozado, subió la escalera. En el primer tramo apareció la doncella.

—Aquí está ya Mr. Isidoro Marcelay; dijo el conserge.

—Muy bien, contestò la doncella; pueden retiraros, yo conduciré al señor.

El portero se alejó: la camarera, despues de haber atravesado inmensas habitaciones, à cual mas elegantes, seguida del incògnito, abrió una mampara que daba à un hermoso gabinete y anunció:

—Mr. Isidoro Marcelay.

Despues alejóse.

El embozado entrò, cerrò la puerta tras de sí y pareció esperar á que no se oyera ni los pasos de la sirvienta... los que se perdieron pronto en el silencio sepulcral de los departamentos.

La habitacion estaba alumbrada por una lámpara sombría que colgaba del medio del techo. La interesante Valeria, pàlida y ojerosa, estaba recostada muellemente sobre el sofá.

—Entrad, caballero... no temais... estoy sola.

El desconocido volviòse de espaldas y cortó el cordon de la campanilla con mucho disimulo: despues encamínase á Valeria, siéntase á su lado en el sofá y quitándose el sombrero y desembozándose, murmura con una siniestra sonrisa:

—No era á mí à quien esperàbais... eh?

—Ah!

Valeria diò un grito de terror: acababa de reconocer á Monvillars: lívida como un cadáver y aterrada, no podia ni aun moverse del sofá. Su ex-amante, con los brazos cruzados, la contempla: un momento despues, esclama con dulzura:

—Hoy no tendràs, ingrata, el gusto de

echarme á la calle... Oh! no... estás en mi poder. Mira , el cordon de la campanilla está cortado... la puerta tiene echada la llave... y si tratas de chillar , de llamar , ahogare tus gritos. Ah! me mandastes echar de esta casa y creistes escaparte de mi venganza!.. Habias prohibido á tus gentes el que me dejaran penetrar tus umbrales y, sin embargo , aqui me tienes... débil criatura, que habias querido luchar conmigo!.. Oh! no, soy yo quien dispondrá de tu suerte... Soy yo el que quiero verte suplicándome á mis plantas... y á mi vez no tendré piedad de tí.

Valeria no pronunció una palabra. Fuera miedo , fuera que no quisiera abatirse hasta la súplica , habia escuchado á Monvillars sin hacer un movimiento , sin arrojar un grito. Este sacó la carta del bolsillo y entregándosela á Valeria , continuó:

—Toma , he ahí el billete que escribieras al hombre á quien aguardabas... á ese Isidoro que te agrada... al que amas; he leído ese sentimiento en tus ojos; y no contenta con rechazarne, con amar á otro , querias aun perderme... desenmascaramme á los ojos de la sociedad... Porque todo eso dices en tu carta y tú no negarás lo que has escrito... me tratas de miserable , de infame , de...

—Y aun no es bastante! dijo Valeria alzando la cabeza y mirando á Monvillars con horror. No, no es bastante, porque debia tratáros tambien de asesino.

—Desgraciada!!

—Sí, vil asesino, y ahora conozco la infamia de vuestra conducta... No fué en un duelo en el que matasteis al mayor Giroval; fué un asesinato infame... Ah! ahora no extraño que su sombra ensangrentada se me haya presentado tantas veces, pidiéndome venganza... Gran Dios! yo fui bien culpable al abandonar á mi esposo... para vivir con su asesino!.. No obstante, yo debia haberlo sospechado... los ladrones, los estafadores, son siempre unos cobardes... El hijo que habia renegado y rechazado á su padre, no podia legalmente batirse con un antiguo soldado del imperio.

—Cállate, Valeria... cállate... guárdate bien de aumentar mi ódio.

—Creéis que gaste súplicas con un monstruo de vuestra especie?... Oh! maldito mil veces el dia en que os vi por vez primera y en el que oí vuestros juramentos!.. la coquetería me ha perdido, no el amor... oh! gracias al cielo, tengo la gran satisfaccion de no haberos amado nunca.

Monvillars cojió à Valeria por un brazo y sacudiéndola con furia exclamó:

—No digaseso... cruel, no lo digas; porque entonces nada podrá sustraerte à mi furor... Ah! no digas que nunca me has amado, cuando todos mis crímenes los he cometido por tí... sí, por poseerte; era preciso dinero para robarle, para procurarte mil placeres de los que eras idólatra; yo no tenía dinero, fué preciso que en el juego lo hallara... Sí, siempre serán las mugeres la causa de los crímenes de los hombres; porque ellas quieren lujo, diamantes, carretelas... sin esto, no conceden nada y obligan al hombre à que se los prodiguen, sin preveer los medios que tendrá que valerse para conseguirlo. En cuanto al mayor, él fué el que buscó su muerte... Yo Valeria no quería esponer tu posesion, para mí tan amada, al capricho de un combate... y hoy mismo que me reprochais mis crímenes... cuando sois vos la que me habeis indignamente abandonado y engañado... pero basta ya... yo no sé, mujer, que poder ejerceis sobre mí, cuando siento, hasta en este momento, olvidar todo lo que ha pasado... sí, si tú lo quieres, Valeria, todavía puedo arrojarme á tus pies... No me rechaces, cede á mi amor, vuélveme á quella muger que he amado tanto y à quien amé siempre.

Monvillars, con los brazos tendidos hacia Valeria, con los ojos lanzando fuego, corría á estrecharla contra su pecho, mientras que lady Willmore, temblando y con los ojos desencajados, le gritaba:

—Tenéos, miserable... no os acerqueis, porque os odio y os maldigo.

—Valeria, Valeria, es preciso que cedas á mi súplica.

—No, vil asesino, jamás.

—Tú piensas en ese Isidoro, tú lo amas.

—Sí, sí, lo amo, y á vos os aborresco.

—Valeria, tú serás mía.

—No, monstruo, primero la muerte.

—Pues bien, tómala!

Monvillars no habia acabado su frase y ya el agudo puñal que ocultaba debajo de su capa habia atravesado el corazón de Valeria.

Lady Willmore cayó á sus pies, arrojó un débil grito y no murmuró sino estas palabras:

—Perdon, Dios mio!.. es mi castigo.

Monvillars permanece algunos instantes inmóvil ante el cuerpo ensangrentado de su víctima que yacia á sus pies. La contempla breve tiempo, mas notando que sus vestidos estaban llenos de sangre, embózase de nuevo hasta los ojos, echase el sombrero á la cara, abre

la puerta del gabinete , atraviesa con precipitacion los aposentos , llega à las galerias , baja las escaleras y en pocos momentos se halla fuera de la casa.



El contrato.—Impedimento.

Tono estaba dispuesto en casa del banquero, para la ceremonia que habia de tener lugar y à la cual la bella Camila habia convidado un gran número de testigos; porque en el carácter de aquella muger, era un triunfo, lo que en otra hubiera sido una humillacion atroz, el saberse bajo que forma habia vivido tanto tiempo con el banquero. Como la firma del contrato debia ser seguida de un opiparo ambigú, los testigos habian acudido con punta-

lidad y ninguno de ellos faltó á este acto.

A las tres de la tarde el soberbio salon de Riberpré empezaba à llenarse de gente. Entre los innumerables personajes que se encontraban, veíase al bello Julio Savignon, al viejo Mr. Serinet y detrás de este al glorioso Fortincourt, mas perfumado y ataviado que una niña del conservatorio.

—Buenos dias, amigo, dijo este último encaminándose al bello Savignon. Ved aqui una ceremonia que hacia tiempo no gozábamos.

—Yo, dijo el viejo Serinet, hácia tiempo que sospechaba que Riberpré no era casado.

—Bah! y como habiais adivinado eso?

—Porque veia al banquero muy enamorado todavia de su muger.

—Pues, señores, à pesar de todo lo que ustedes digan sobre el matrimonio, creo que dentro de poco me caso yo tambien. Sí, queridos, estoy decidido á ello.

—Hola! vais á sentar plaza en el regimiento.

—Vos, Fortincourt? vos casaros?

—Hombre, qué diablos!

—Sí, señores, me caso.

—Diga, Fortincourt, y *contra* quien os casais?

—*Contra* quien! es chistoso! este diablo de Savignon saca unos términos... que cuando

quiero recordarlos jamás los hallo en mi memoria.

—Pero, señores, continuó Julio, por qué no habrán convidado señoras?.. Esto no está divertido!.. ¡pardiez! parece que estamos convidados para un entierro!

—Si el marido os oyera, podía tomar la espresion por una indirecta.

—Asegúrase que está casi impotente.

—El casamiento quizá le dé nueva fuerza.

—Señores, lo dificulto, pues la bella Camila, para saciar su apetito, necesita, por lo menos, veinte Riberprés.

—Señores, haya piedad.

—De algo tenemos de hablar... á bien que estamos hombres solos.

—Señores, dijo Mr. Serinet, he oido decir á una muger de mucho talento que, *en el matrimonio no hay mas que dos dias buenos, el dia en que uno se casa y en el que uno se divorcia.*

—Querido Serinet, ese dicho es ya añejo y puede aplicarse tambien á todas las intimidades galantes y mucho mas á las amorosas, pues los amantes se cojen y se sueltan á placer... Pero no vemos á la bella Elvina...

—Está en el campo. Aquí entre nosotros, está bien hecho que no asista á la ceremonia...



Su padre y su madre que se casan!.. Diab!o! Haria un papel chistoso una señorita de quince años! Si fuera un chicuelo de tres ò cuatro... pase! le pondrian una corona de rosas y unas aletillas y representaria al amor.

—Aun todavia no ha venido Mr. de Santa-Lucia.

—Es verdad... andará de negocios.

—Sin embargo, à mí me aseguró que asistiria tambien.

—Silencio, señores, he aquí los contratados.

La puerta del fondo entresabrióse y apareció Riberpré, apoyado en el brazo de Camila. Esta, estaba brillantísima: un traje de una completa elegancia, un magnifico tocado de diamantes, un collar de pérlas, pulseras y brazaletes hermosos, aumentaban esta magnificencia y le daba el aspecto de una reina.

No es pues una desposada tímida que se presenta con los ojos bajos, el paso modesto y el aire embarazado; es una muger que quiere gozar de su triunfo y que parece decir à todos los que la rodean:

«Yo sola soy ahora la que mando aquí.»

El pobre Riberpré, no es por su parte mas que una sombra de si mismo: pálido, vacilante, envejecido, apenas puede dar un pa-

so sino apoyándose en el brazo de Camila y en su baston. Sus ojos apagados, se esfuerzan en vano en animarse al recibir los cumplimientos que le dirigen los convidados; no contesta sino por algunas palabras inconexas y se apresura á ganar su poltrona, en la cual cae como un hombre estenuado de fatiga.

Camila recibia con graciosa sonrisa y con un aire casi orgulloso los cumplimientos que le hicieran los individuos convidados á la ceremonia. Empero mientras que respondiera graciosamente á los homenajes que le proligaran, sus miradas se dirigian con avidez á la puerta de entrada.

—Todavia no habia venido el notario: cuando volviéndose á abrir la puerta del salon, apareció Mr. de Monvillars.

—Ah! he aquí ya al invicto Santa-Lucia! exclamó Fortincourt corriendo á Monvillars. Buenos dias, querido; pero diantre! qué cambiado estais... os duele algo?

Monvillars tenia la cara espantosa, los ojos hundidos y el aire sombrío; sus miradas que el estendia sin cesar á su rededor, sin fijarlas en ninguna parte, tenian una expresion siniestra, que en vano trataba de disimular, esforzándose en sonreír. Las palabras que le habia dicho Fortincourt, parecia que le habian lisonjado

poco. No obstante, se apresura á responder afectando un tono ligero:

—Yo indispuesto?.. Jamás me he sentido tan bueno... veis mal, mi pobre Fortincourt, y me parece que ya es tiempo que os pongais gafas para aumentar la vista.

Fortincourt que encontró esta respuesta de muy mal gusto, volvió la espalda á Monvillars y dirigiéndose al bello Savignon, le dijo:

—Parece que Santa-Lucia se ha picado por que le he dicho que está pálido... Pero mírelo usted bien, es aquella cara propia para concurrir á una boda? Si hubiera matado á su padre y á su madre, no tendria una figura mas cruel.

Camila acababa de apereibir á Monvillars, y su frente se habia esclarecido con radiante alegría. Monvillars vá y saluda respetuosamente á los dos esposos. Camila le dirige una elocuente sonrisa: Riberpré responde al saludo de Monvillars como á los otros que le habian hecho. La presencia del jóven no produjo en sus sentidos la menor emocion.

Todo el mundo habia llegado ya, excepto el notario: al fin aparece y se excusa de haberse hecho esperar, diciendo con voz conmovida:

—Señores, me he detenido porque me han estado contando una noticia... un acontecimiento terrible...

—Vaya! y qué es?

—Vamos, cuente usted, gritaron todos.

El notario vá, pone los papeles sobre una mesa, enjúgase el sudor que corría por su frente y volviéndose à la sociedad dice:

—Vosotros, señores, conoceriais à lady Willmore... esa linda viuda de un rico inglés...

—Sí, la conocémos.

—Vaya! y tanto.

—Y bien, qué?

—Pues bien, ahora mismo me acaban de asegurar que está muerta.

—Muerta!!

—Dicen que ayer fué asesinada en su misma casa.

Una espresion de estupefaccion y tristeza, se pinte en todos los semblantes. Monvillars púsose blanco como la pared, su mirada tomó una espresion espantosa y se dejó caer en una otomana. La misma Camila que todo lo observava, tembló tambien de ver à Monvillars.

Empero Fortineourt, abriendo tanto ojo, como buen incrédulo, esclamò con indignacion:

—Pero, señores, como pueden correr semejantes voces por Paris?.. Es un absurdo... Ayer mismo ví yo à lady Willmore y estaba completamente buena.

—Eso no prueba nada... si ha sido asesinada!

—Es verdad!

—Pero, señores, puede eso caber en sentido comun?... De ese modo se asesinan à las mugeres hermosas?... Càscaras! la broma no me parece oportuna ni de buen gusto... Quien os ha contado eso, caballero notario!

—Mr. Mondesperos.

—Ah! Mr. Mondesperos! ya lo conozco... ese es un gascon... mentiroso y embaucador.

—Y han cojido al asesino?

—No... pero se sabe quien es.

Monvillars diò un salto sobre su silla. Camila lo observaba siempre.

—Pues bien, caballero notario, díganos quien es el autor de ese infame atentado.

—Lo conocémos por casualidad?

—Debe ser así... pues concurre á esta tertulia.

—Oh! delicioso!

—Magnífico!

—Señores, dijo el bello Savignon, tengámos cuidado; el culpable estará quizá en medio de nosotros, conque cerrémos las puertas para que no se escape.

—Nombradlo pues.

—Si, eso es, nombradlo.

—El criminal es Mr. Isidoro Marcelay.

—Já! já! já!

—Mr. Mondaperos me lo ha asegurado.

—Què Mondaperos, ni Mondamauzanas! eso es una galanteria.

—Una chascada.

—Han abusado de la credulidad del señor notario.

—El pobre de Mr. Isidoro!.. què ajeno estará del crimen que le imputan.

—El! tan cándido y sencillo como un cordero pascual!

—Yo no se como hay gentes que se desviven por contar atrocidades... Ese Mr. Mondaperos debia redactar un periódico.

—Es igual! dijo Fortincourt; en saliendo de aqui, iré á ver á lady Willmore y la haré reir un poco con semejante patraña.

—Señores, dijo Camila con tono solemne, siendo asi que todos estamos reunidos, me parece que el caballero notario podrá empezar la lectura del contrato.

Esta invitacion era una orden. El notario sentose á una mesa; todos los demás lo imitaron y reinó el mayor silencio para escuchar al funcionario público.

Habiendo concluido la lectura del contrato, el notario lo estendió sobre la mesa y exclamó con amabilidad:

—Señores, no falta mas que firmar.

En este momento abrióse la puerta del salón y el Amante de la luna apareció en medio de la asamblea.

El recién venido, al cual habían mirado todos, dijo con una voz terriblemente acentuada:

—Señor notario; este matrimonio, que los contrayentes se disponen á firmar, no puede efectuarse; yo me opongo.



Reurreccion.—Castigo.

Todos se quedaron admirados. La elegancia distinguida , el aire severo de aquel que se presentara , daba harto apoyo à sus palabras. El notario lo mira con inquietud: todos los concurrentes lo ecsaminan con curiosidad; pero Monvillars estremeciòse de terror y Camila quedó como herida del rayo , porque en las facciones , en la voz de aquel elegante , habia cierta cosa que le recordara al hombre cuya existencia habia negado.

El banquero fué en el que menos impresion causara aquella incidencia.

Sin esperar à que lo obligàren à explicarse, Lutgardo de Clarafuente volvióse hácia Camila y le dijo con ironía:

—Queréis volveros à casar, madama, sin esperar siquiera à que vuestra primer marido muriese?.. Y ya veis que Lutgardo de Clarafuente no ha muerto.

—Mi esposo no existe... balbució Camila bajando los ojos al suelo por no encontrarse con los del Amante de la luna. Mr. de Clarafuente ha perecido en un naufragio... tengo pruebas... tengo testimonios.

—No, madama, Lutgardo de Clarafuente no ha muerto... y bien lo sabéis vos, porque vuestra conciencia os està prediciendo que lo teneis à la vista... Mirad, señora, mirad la cicatriz que atraviesa mi frente; ella sola es suficiente prueba.

Camila quedóse aterrada, anonadada y con la cabeza humillada por el oprobio. Todos los asistentes estaban asombrados y admirados. El hombre de la noche continuó dirijiéndose al notario:

—Si, caballero, yo soy Lutgardo de Clarafuente, esposo de madama; si lo dudais traigo suficientes datos para aclararlo; pero ade-

más, aunque yo hubiera parecido en las ondas, aunque mi esposa estuviera evidentemente viuda, su union con Mr. Riberpré es imposible de todos modos, porque este caballero no es viudo. Clemencia Marigny, su legítima consorte, no ha muerto, como creían, en el incendio de la casita de Corbeil.

Monvillars no pudo retener un movimiento de sorpresa. Lutgardo que hasta entonces no había reparado en él, se volvió y replicó mirándolo con énfasis:

— Oh! yo bien sabía que os lisongeabais de su muerte y de que no hubiera escapado de las llamas... Todo lo habíais meditado... calculado para que el horrible atentado produjera sus frutos; pero siempre hay un Dios justo y benévolo que destruye los planes de los asesinos... El hombre que estaba encargado de incendiar la casa, no era tan malvado como lo creyerais; advirtiéndome del plan, con palabras escritas con el dedo sobre la mesa en que lo creíais dormido. En fin, á tiempo oportuno saqué á Clemencia Marigny de la casa, antes que le prendieran fuego: y para que nadie dude de la existencia de esa mujer... miradla.

La puerta del salon abrióse otra vez y la interesante madama Clermont apareció en medio de la sala, llena de candidez y dulzura.

Los concurrentes miran con sorpresa aquella hermosa muger que ha aparecido repentinamente y cuya modestia y sencillez contrasta con la altanería y descaro de Camila.

—Venid, señora, venid, le dice el Amante de la luna; entrad sin temor en esta casa, de la cual nunca debiais haber sido rechazada. Si vuestro ciego esposo ha desconocido vuestras virtudes hasta aquí, ya es tiempo que conozca el tesoro que posee y haga justicia á los infames que lo rodean recibiendoos como merecis.

Riberprè sintió una violenta emoción al ver á Clemencia: sus ojos se reanimaron, un vivo encarnado coloreó sus mejillas y gritó con voz fuerte y clara:

—Ah! vivis, madama, existis! Ah! perdonadme; pero me habian engañado!

—Al ver aparecer á Clemencia que eclipsaba por su modestia y belleza, Camila experimentó un transporte de rabia: sus miradas se dirijieron hacia Monvillers, como para reprocharle el no haber cumplido sus promesas: despues, evocando su antiguo valor para desafiar los acontecimientos que destruian sus esperanzas, levantóse exclamando:

—Supuesto que madama ha resucitado, y que vuelve otra vez á recobrar su mando, me

toca à mí hacer dimision del mio; y le aconsejo al pobre Riberpré, que no se separe mas de su virtuosa esposa.

Y ya Camila habia dado algunos pasos para salir, cuando el Amante de la luna la detuvo con voz terrible:

—Todavía no, señora, aun no he concluido mis revelaciones... tengo otros acontecimientos que contar, porque es preciso que hoy todo se descubra... que los mas ocultos crímenes, hoy se sepan; porque el dia de la suprema justicia ha llegado en fin y esta seria incompleta si salvando á las victimas, no hierrera á los culpables.

Camila, fascinada por la mirada de Lutgardo, volvió á caer sobre su silla, sobrecogida de un nuevo terror. Monvillars, no hacia ningun movimiento: con los ojos fijos en tierra, se asemejaba á la estatua del terror presidiendo la asamblea de las furias.

Todos los testigos de esta escena, estaban mudos y estupefactos, aguardando con ansiedad el fin de esta tragedia.

—Caballero notario, dijo Lutgardo, en el contrato que acabais de leer, Mr. Riberpré reconoce por hija suya á la jóven Elvina; pero de ningun modo se ocupa de la verdadera y legitima la señorita Emelina.

—Caballero, contestó el notario, cuando madama Camila me dictó las condiciones del contrato, me dijo que Mr. Riberpré no tenía hijos ninguno de su primer matrimonio, supuesto que la señorita Emelina había muerto de viruelas desde la mas tierna edad.

—Os ha mentido, caballero. Gracias à la Providencia que tuvo piedad de la buena madre, de la muger virtuosa, no quiso que su corazon fuera herido en sus mas caras afec-siones. Gracias al Dios de la clemencia que vuelve contra los malvados las mismas armas que emplean contra sus victimas, la jòven Emelina, no ha perecido en las ondas del salado... Entrad, pobre niña, entrad, y que vuestra presencia confunda tambien à vuestro cobarde asesino.

Otra vez abrióse la puerta del salon y la interesante Emelina apareció conducida por el jòven Isidoro Marcelay. Todas las miradas se fijan con horror sobre Monvillars, mientras que la jòven corre à precipitarse en los brazos de su madre.

Al ver à Emelina, Camila, lívida y yerta como un cadáver, dirige sus ojos espantosos sobre su cómplice, balbuciendo con una voz embargada por el terror:

—Pero Dios mio! si esta jòven existe, quien

es la que ha perecido?.. quien es la que se ha ahogado?

—Una pobre niña inocente de los crímenes de su madre, y á la cual hubiera salvado si hubiera estado en mí poder hacerlo. Desgraciadamente no llegué á la granja sino algunas horas despues de la berlina. Allí supe por esta señorita, que su compañera de viaje habia desaparecido durante la corta travesia que separa la quinta del banquero de la villa de Meaux... Era de noche, las dos jóvenes dormian profundamente. No obstante, á la subida de la colina la jóven Elvina, temblando de frio por la procsimidad del salado, suplicò á su hermana que cambiara de sitio con ella; esta circunstancia tan simple, fuè causa del error del miserable que creyendo sacar á Emelina de la carretela, sacó á la desgraciada Elvina y la arrojó en el salado.

Un grito de horror escaldò toda la concurrencia al oír la narracion de este terrible crimen. Pero con què pincel se podrá pintar, con què pluma se podrá describir la desesperacion, el delirio, el dolor de Camila, al saber que era su Elvina la que habia perecido? Precipitòse sobre Monvillars, que al ver á Emelina ante sí, creia ver un espectro, que venia á reprocharle sus crímenes; Camila arrojòse á su cue-

llo y oprimiéndole fuertemente con sus manos, le gritaba con voz lamentable:

—Es á mi hija á la que has matado... monstruo... asesino, es á mi hija, á mi inocente Elvina á la que has precipitado en las ondas.

Esta nueva revelacion, aumentò el asombro de los testigos. Monvillars desembarazòse de Camila y murmuró con infinita calma:

—Vamos; esta muger delira... no hay duda, está loca.

—No, caballero, interrumpió el Amante de la luna, vuestros crímenes están conocidos y comprobados. Señores, (volviéndose á los concurrentes) he aquí el cobarde asesino del mayor Giroval; el protagonista infame del desafío que conté la noche de vuestro baile caballero Fortincourt, y ved aquí tambien al miserable que asesinó ayer á lady Willimore en su misma casa. Si, hombre cruel, no escapareis á la justicia. Esperabais, quizá, que al presentaros bajo el nombre de Mr. Isidoro Marcelay, seria á él á quien achacarían el asesinato. Pero ignorábais que yo seguia vuestros pasos y que cada atentado vuestro, era una prueba incontestable que en mis manos poniais. Andad, miserable, andad, id á dar cuenta á vuestros jueces de vuestra infame vida, sembrada de horrendos crímenes... Andad, que os esperan.

Por última vez se abrieron de par en par las puertas del salón y pronto se vió este invadido por los municipales y por los guardias civiles. Los esbirros se abalanzaron á Monvillars y lo amarraron; el amante de Camila, no puso la menor resistencia. Al ver todos sus crímenes descubiertos, este hombre audaz, perdió repentinamente todo su valor; pálido y tembloroso apenas podía sostenerse, fué preciso que entre dos municipales lo suspendieran para sacarlo fuera del salón, mientras que su cómplice, la bella Camila, se hallaba poseída de convulsiones terribles, maldecido á su amante y maldecido á sí misma por haber sido la causa de la muerte de su inocente hija.

En la noche que siguió á este día memorable, Camila era víctima de un violento delirio... dos horas mas tarde, sucumbió á un acceso de furor, al considerarse partícida y causa de la muerte de su querida Elvina. Empero, antes de espirar, en sus violentas convulsiones, esta muger endurecida hasta entonces en el crimen, sintió remordimientos; el arrepentimiento tocó en su corazón y confesó á su esposo que, bajo el nombre de madama Delacroix, abandonó á su hija Clemencia, con el nombre de Adriana, en la casa de pension de madama

Hamelot , calle de Piepus. Ya no le quedaba duda alguna á Lutgardo sobre sus vínculos con Felicia , y luego que volvió á su lado , pudo sin temor estrecharla entre sus brazos y llamarla su adorada hija.

Riberprè sostubo algunas semanas mas una salud vacilante , durante las cuales recibió con infinito placer los cuidados de Emelina y de Clemencia. Pero los acontecimientos terribles, de los cuales habia sido testigo , habian herido tan vivamente el corazon de este hombre , que todo le aterraba y sobrecojia. Una nueva crisis puso fin à la existencia del banquero , el cual, murió sin ser llorado de persona alguna, porque en toda su vida no podia citársele una buena accion , que pudiera atenuar un poco las malas que habia cometido.



Conclusion.

ESTAMOS á principios de Junio del año de 1845: dos antiguos conocidos nuestros se paseaban por Paris. Estos eran el anciano Martinot y su hijo Joaquinoto ; este último iba á casarse con el objeto de su corazón, la jóven Serafina Ledru , y venia á la capital á comprar las cosas indispensables para su enlace.

El viejo viñero habia querido acompañar á su hijo en este viaje, aunque Joaquinoto habia tratado de disuadirlo de su empeño , pues

aquel buen hijo queria impedir à su padre cualquier encuentro que pudiera afligirlo de nuevo. Despues que en la *hosteria económica* habia encontrado à Constancio, despues que allí se habian cerciorado de que su hijo y hermano era el mismo Monvillars que los habia despreciado y desconocido, el padre y el hijo no habian vuelto à tener noticias suyas.

—Mejor será que no lo veamos mas, decía el anciano de vez en cuando enjugándose las lágrimas que rebosaban de sus párpados. Porque Dios sabe cuantos crímenes habrá cometido ya.

Joaquinito no contestaba nada; pero lo mismo que su padre, lejos de desear ahora tener noticias de su hermano, un secreto presentimiento le hacia temer saber de él.

Entretanto, la casualidad acababa de llevar al padre y al hijo sobre el Puente-Nuevo y al mismo sitio en que habian estado un año antes: esto mismo pensaban los dos borgoñeses al atravesar el Puente para entrar en el barrio de san Germain: por una singular coincidencia, lo mismo que en aquella época, vieron correr al pueblo hácia la plaza de Palacio para ver la esposicion de los reos.

—¿Oh! lo que es ahora no tengo yo ganas de ver eso por cierto; dijo Joaquinito llevan-

do à su padre hacía otro lado.

Empero esta vez, era el anciano el que quería ver á los miserables espuestos á la vergüenza. En vano Joaquinito quería disuadirlo de su intento, diciéndole que un tal espectáculo no haria mas que entristecerlo; pero el anciano Martinot, persiste en su intento y está resuelto á contemplar el terrible espectáculo.

Como en el año precedente habia ocho reos atados al fatal tablado; uno solo por su vestido y elegancia parecia pertenecer á otra clase distinta que sus compañeros de infamia. Estos estaban vestidos con malas blusas y miserables casquetillos, mientras que aquel tenia un elegante redingote negro y un virré de terciopelo carmesí.

—Y sin embargo, decian los de la multitud, ninguno es mas criminal que el del paletò y el gorro encarnado, parece que ha cometido asesinatos, incendios y mil atrocidades.

—Y què, no lo han condenado á muerte?

—No, pues segun parece, se han encontrado *circunstancias atenuantes* (contestó uno de los concurrentes, moviendo los dedos en señal de contar dinero).

—Y á què lo han condenado?

—A los trabajos públicos por toda su vida.

—Atrás... atrás, gritó un sargento de pre-

licia, de una talla gigantesca, rechazando à la multitud que se aprocsimaba à los condenados. Es preciso ponerse tan cerca para ver?

—Calla, dijo una vieja à su vecina, no conoces à ese sarjento de policia?... es el gran Kiffard... Ah! querida, que bien le sienta el uniforme; mejor está con este empleo *que con el otro.*

De repente un grito doloroso se oye de entre la muchedumbre y vióse caer un anciano sin conocimiento en los brazos de su jóven hijo. Este era el padre Martinot, que en el elegante hribon espuesto à la vergüenza, acababa de reconocer à su hijo Constancio.

Pero quitémos los ojos de este cuadro doloroso, que nuestra pluma no está acostumbrada à describir, y hácia el cual nos sentimos arrastrados à pesar nuestro.

Llevémos nuestras miradas hacia otra parte.

Mirémos à la encantadora Emelina, esposa ya del jóven Isidoro Marcelay, gozar de su dicha con su amado y con su madre; mientras que Felicia dichosa por haber encontrado à el autor de sus dias, buscaba en el dulce retiro que habia escojido el olvido de sus errores pasados y la contriccion de sus culpas inocentes.

Pasado revista a una parte de los personajes que han figurado en esta historia, veré-

mos tambien à madama Bouchonnier tan linda y coqueta como siempre y à su marido, corriendo à caza de grisetas y coristas de la ópera, pero teniendo buen cuidado en no olvidar sus chalecos de franela en casa de estas señoritas.

La bella Mirobelly, maltratada por los caminos de hierro, ha tomado su rebancha con el lansquenet. Sostiene en su casa una gran partida todos los dias; bien entendido que todos los sábados es citada en la casilla de seguridad calificándola de estafadora.

Madama Mazzepa se ha casado con su viejo adorado Mr. Romarantin, este le jura todas las mañanas, que tiene cinco años menos que la vispera, ella por su parte le dice otro tanto, de manera que, dentro de poco, llegarán estos dos esposos à ser dos niños de pecho.

La alta Tintin, permanece con sus innumerables amantes chupándoles las entreñas y dando calabazas à placer. La buena Adela, à tomado esta divisa de una ilustre pecadora:

Mucho se le ha perdonado,
porque mucho ha amado.

Los hermanos Tourinet, continúan siempre inseparables. José se desayuna aun con un

huevecito frito y media taza de café con leche, y su hermano Pedro llora como una Magdalena cuando dá la oracion y Pepito no está ya recojido en casa.

Madama Michelette, ha estado largo tiempo privada de la presencia de su hijo Almenor. Por último, el bello señorito á vuelta al nido maternal, trayendo casi á remorque al doctor Saucissard y prometiendo no hacer mas raptos y atenerse solo à la cocina de su gorda mamá.

El bien aventurado Fortincourt, vivamente afectado por la muerte de lady Willmore, ha sufrido una enfermedad, en la cual ha perdido su enorme vientre; pero viéndose mas esbelto y elegante à causa de esta desgraciada pasion, á jurado no tener otros amores supuesto que este lo ha rejuvenecido.

En cuanto á nuestro héroe, dichoso con gustar la calma y la paz, despues de una vida tan ajitada; se habia unido para siempre con madama Clermont, cuyo deseado enlace habia sido el complemento de todas sus dichas. Será necesario decir que un tierno sentimiento de una pasion delirante reina siempre entre Lutgardo y Clemencia? EL AMOR VERDADERO SOLO LA MUERTE LO DESTRUYE.

FIN

BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

EL BASTARDO

AGENOR DE MAULEON.

Por Alejandro Damas.

PROSPECTO.

CONCLUIDA ya la interesante publicación del AMANTE DE LA LUNA y deseando el editor de la *Biblioteca económica popular* continuar publicando las mejores novelas, tanto originales como traducidas, y al ver como lo favorecen sus numerosos suscritores, y no deseando más que agradarlos y complacerlos, ha determinado el publicar inmediatamente, cediendo a las reiteradas instancias de la mayor parte de ellos, la interesante cuanto histórica novela del célebre Damas, titulada: ***El bastardo Agénor de Mauléon***; traducida con

PROSPECTO.

toda precision y esmero por D. José Ignacio de Michelena.

En efecto , la novela que se anuncia merece la preferencia á todas : porque siendo su argumento puramente español, debemos preferirla á cuantas otras representen costumbres extranjeras.

La pluma elegante y apreciable de *Dumas*, ha sabido en esta obra describir con maestría y precision esas escenas palaciegas, esas intrigas de gobiernos, esa ambicion de los gobernantes que siempre han sucedido y sucederán en todas las potencias donde el trono se levante sobre las masas.

Los amores de D. Pedro *el cruel* y D.^a María Padilla, el gobierno despótico y extraordinario del primero, y la pasion , ascendencia y poder de la segunda, son páginas tan delectables como deseadas por el lector.

El retrato que *Dumas* hace del valiente bastardo AGÉNOR DE MAULEÓN, los amores de este con la mora Aissa, hija de Motril, ministro y valido de D. Pedro. Los temores de Mauleón al saber que el rey ama tambien á su apasionada. El honor, valentía y arrogancia del ilustre guerrero, descuellan en la novela con una gracia y gallardía que, absorbo el lector en las páginas que recorre, desea llegar con ansia al fin y tiene al mismo tiempo el encontrarlo, porque no se desvanezca el brillante cuadro que magnifica su alma.

Si dejando al mundo moral de cada indivi-

PROSPECTO.

duo que figura en la presente novela, pasámos al mundo físico particular de cada uno, verémos la fuerza atlética y contumaz de un D. Enrique de Trastámara, hermano del rey D. Pedro, luchando contra este y conquistándole su trono con batallas y combates, tan interesantes como bien descritos.

La pintura que el escritor hace de nuestra fértil nación, de sus costumbres y de su bélico carácter, nos parece que no dejará de interesar á cuantos se precien de buenos y patriotas españoles.

Por último, hasta nuestras amadas conciudadanas, principalmente las andaluzas, salen á relucir en la presente novela. ¿Y no es esto interesante también? ¿Nuestras lindas lectoras no lisonjearán su amor propio al recorrer estas páginas? No hay duda, estamos íntimamente convencidos que la preferencia que hemos dado á esta obra, será del agrado de nuestros suscritores.

CONDICIONES Y PRECIOS DE SUSCRICION.

Todos los Lunes se publica en Cádiz una entrega de cuatro pliegos, con su cubierta, al precio de ¡UN REAL!!! ó sean *dos cuartos pliego*, recogida en su imprenta y demás puntos de suscripción. Fuera de esta ciudad diez maravedis pliego, franco de porte.

Los señores suscritores que deseen, como hasta aquí, recoger los pliegos un día sí y otro no,

PROSPECTO.

lo podrán efectuar en los puntos de suscripción; pero los que prefieran el que se los lleven á sus casas, solo recibirán una entrega semanal; debiendo abonar, á mas del real, dos cuartos al repartidor.—Los pliegos y entregas, serán pagados en el acto de recibirlos.

El primer pliego se repartirá el dia 12 de Marzo de 1848.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

Por Eugenio Sue.

Se publica todas las semanas una entrega de ocho pliegos, al precio de *dos reales* cada una, ó sean *dos cuartos pliego*.—Esta edición está adornada con magníficas láminas.

Historia de los Girondinos.

Por M. A. LAMARTINE.

Todas las semanas se reparten dos entregas.

PROSPECTO.

de cuarenta y ocho páginas en 8.º mayor.—Precio de cada entrega *real y medio*.

Puntos de suscripción.

CÁDIZ: Librerías de Nuñez, calle Ancha; Moderna, calle de S. Francisco; Española, esquinas de las Flores; Vazquez, calle de Cobos; Moyano, plaza de la Constitución; y en su imprenta, calle de la Torre, número 58½.

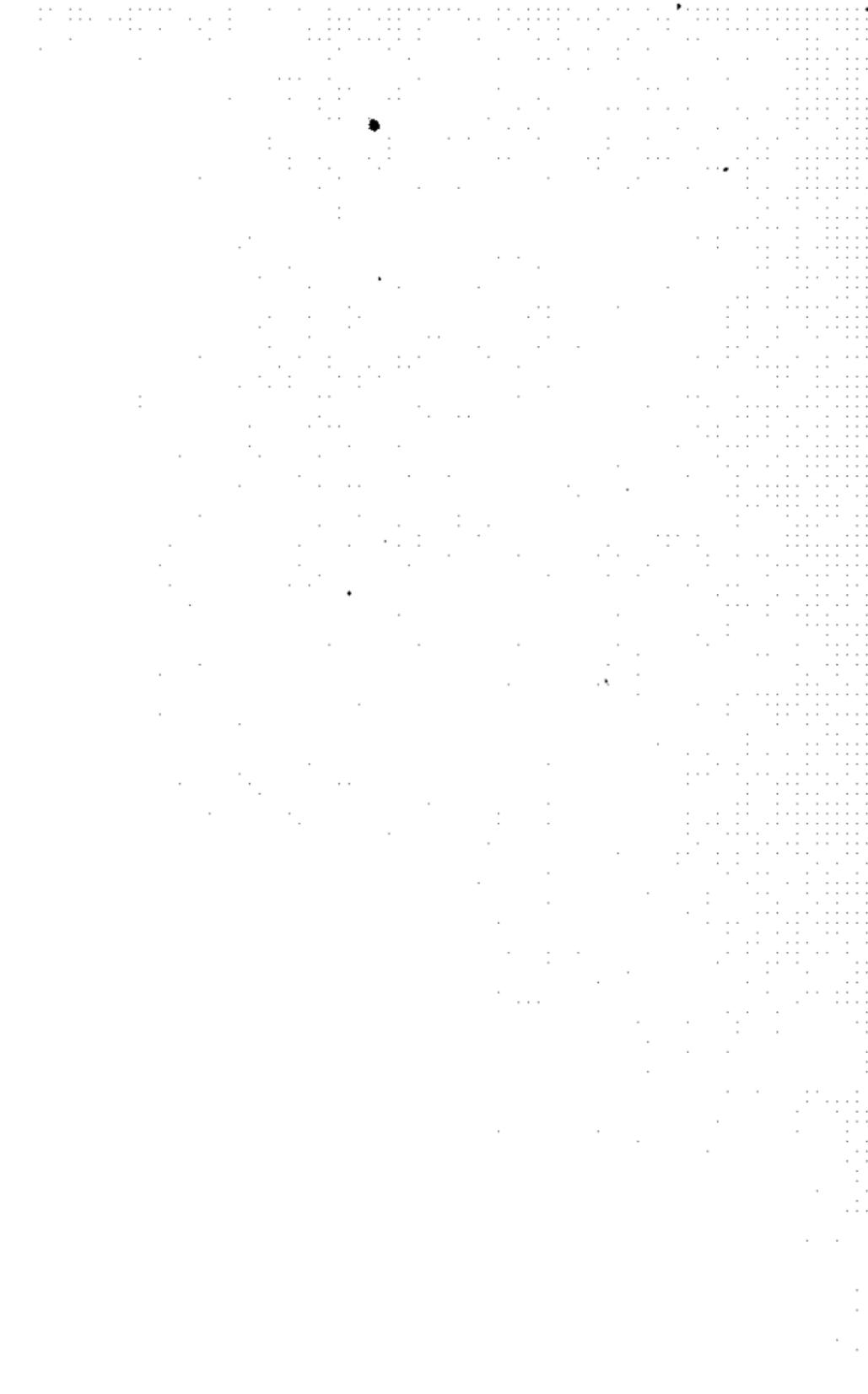
SEVILLA: imprenta y librería de D. José Gómez, calle de las Siérras, número 13.

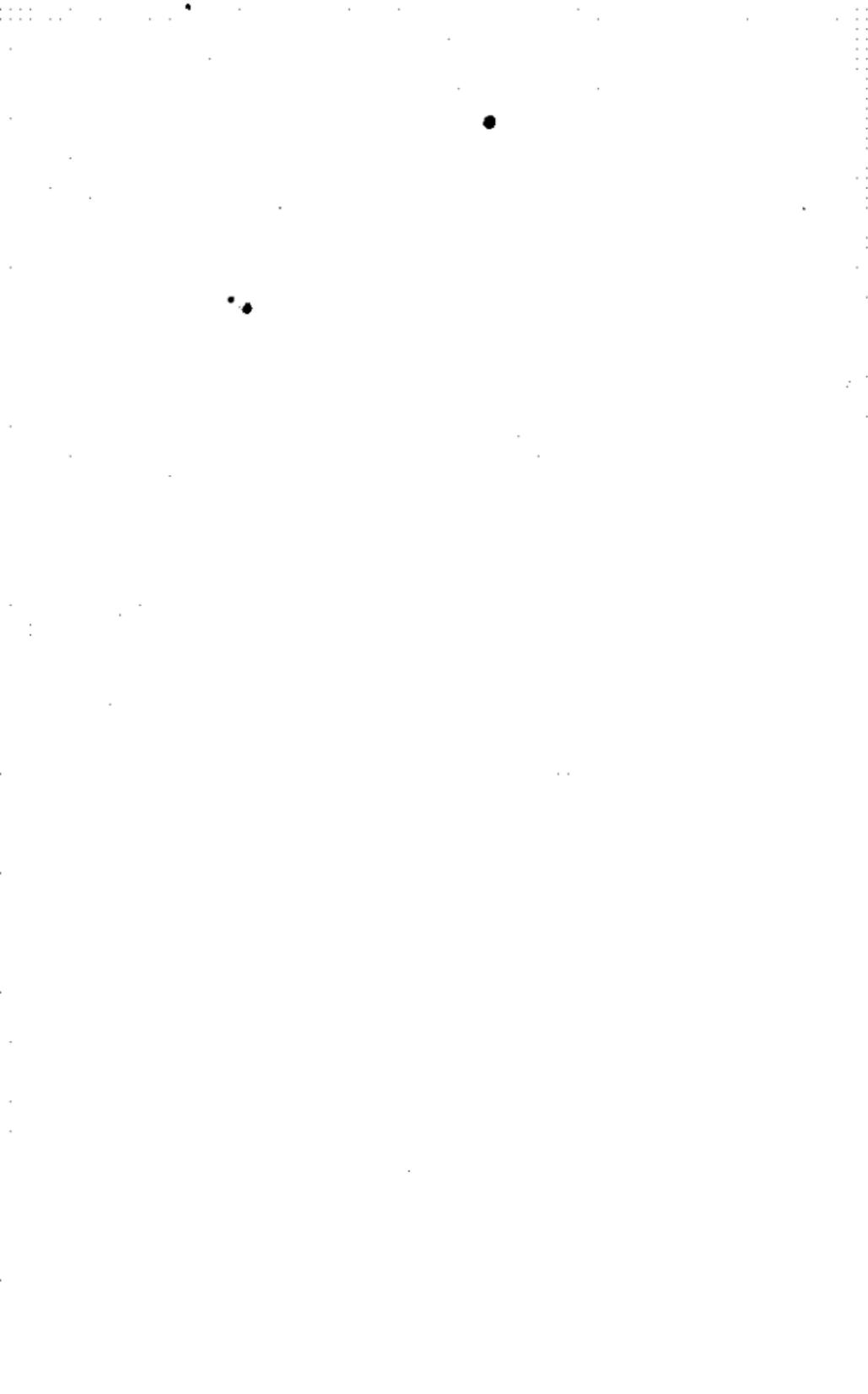
S. FERNANDO: D. José García, calle de la Constitución.

PUERTO DE SANTA MARÍA: D. José Paredes, calle de Palacios.

La puntualidad con que el editor de la *Biblioteca económica popular*, ha cumplido siempre todas sus promesas, es la mejor garantía para los señores suscritores.







the 1990s, the South African government has been successful in reducing the unemployment rate from 26% to 18%.

It is important to note that the unemployment rate is not the same as the underemployment rate. The latter is a more comprehensive measure of the extent of unemployment, as it includes those who are employed but whose hours of work are insufficient to meet their needs. The underemployment rate in South Africa is 27% (Statistics South Africa 2000).

There are a number of reasons why the unemployment rate is not the same as the underemployment rate.

First, the unemployment rate is based on the number of people who are actively seeking work. This does not include those who are discouraged and have given up looking for work. These people are included in the underemployment rate.

Second, the unemployment rate is based on the number of people who are employed full-time. This does not include those who are employed part-time but would prefer full-time work. These people are also included in the underemployment rate.

Third, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the formal sector. This does not include those who are employed in the informal sector. These people are also included in the underemployment rate.

Fourth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the public sector. This does not include those who are employed in the private sector. These people are also included in the underemployment rate.

Fifth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the manufacturing sector. This does not include those who are employed in the services sector. These people are also included in the underemployment rate.

Sixth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the agricultural sector. This does not include those who are employed in the mining sector. These people are also included in the underemployment rate.

Seventh, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the construction sector. This does not include those who are employed in the education sector. These people are also included in the underemployment rate.

Eighth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the health sector. This does not include those who are employed in the social services sector. These people are also included in the underemployment rate.

Ninth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the transport sector. This does not include those who are employed in the communication sector. These people are also included in the underemployment rate.

Tenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the energy sector. This does not include those who are employed in the information sector. These people are also included in the underemployment rate.

Eleventh, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the finance sector. This does not include those who are employed in the real estate sector. These people are also included in the underemployment rate.

Twelfth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the insurance sector. This does not include those who are employed in the legal sector. These people are also included in the underemployment rate.

Thirteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the advertising sector. This does not include those who are employed in the media sector. These people are also included in the underemployment rate.

Fourteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the publishing sector. This does not include those who are employed in the entertainment sector. These people are also included in the underemployment rate.

Fifteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the food and beverage sector. This does not include those who are employed in the retail sector. These people are also included in the underemployment rate.

Sixteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the clothing and footwear sector. This does not include those who are employed in the electronics sector. These people are also included in the underemployment rate.

Seventeenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the furniture and home furnishings sector. This does not include those who are employed in the telecommunications sector. These people are also included in the underemployment rate.

Eighteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the toys and games sector. This does not include those who are employed in the pharmaceutical sector. These people are also included in the underemployment rate.

Nineteenth, the unemployment rate is based on the number of people who are employed in the sports and recreation sector. This does not include those who are employed in the health care sector. These people are also included in the underemployment rate.

